



**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES / FACULTAD DE MEDICINA**  
**Magíster en Psicología Clínica de Adultos**

**Tesis para optar al Grado de Magíster**  
**en Psicología Clínica de Adultos**

**“Lecturas psicoanalíticas de lo traumático. Hacia una comprensión del**  
**abuso sexual como problemática clínica a partir del análisis de un**  
**caso”**

**ALUMNO**

**Leonardo Medeiros Ruiz**

**PROFESOR GUIA**

**Roberto Aceituno Morales**

**Enero de 2010**

**SANTIAGO**

“Se ruega  
Cerrar los ojos”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Es la frase de un sueño que Freud le confiesa a Fliess, “de la noche que siguió al entierro” del padre. El extracto se encuentra en la Carta 50 de los “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I, Pp.273-274.

## **Resumen**

*Esta tesis consiste en el estudio de un caso clínico abordado psicoanalíticamente, donde una experiencia infantil de abuso sexual constituyó el principal nudo de una problemática clínica. En un recorrido por la obra freudiana, el autor intentará despejar la pregunta iniciática por lo que se hace traumático para un sujeto, partiendo por la hipótesis de lo inconciente y la temporalidad del a posteriori {nachträglich} y su principal fundamento, la sexualidad infantil. Sin embargo, incluso desde Freud, la introducción de una pulsión de muerte tendrá el efecto de subvertir el programa clásico de la fantasía inconciente en el campo de las neurosis, con la figura del “traumatizado de guerra”. Es en los trabajos de Ferenczi donde esta hipótesis gana vitalidad, cuando intenta dar cuenta en su trabajo clínico con pacientes que habían sufrido experiencias reales de abuso sexual, para constatar que lo traumático allí siempre tiene que ver con el encuentro del niño con una “pasión” sexual y, de manera determinante, con la respuesta del Otro. Tomando esa pista de trabajo, el autor vuelve sobre su pregunta original, ¿qué es lo traumático en un abuso sexual? Al alero de la inspiración del pensamiento de Patrick Guyomard, el giro que va a operar el plan argumentativo de la tesis es el trayecto que va de la fantasía inconciente hacia la pregunta por las consecuencias subjetivas en un sujeto neurótico de un acto impulsado por el discurso de la perversión. Dicha discursividad, como posición subjetiva, se estudia en la pista de los desarrollos de Jacques Lacan y Serge André, cuyo referente son los trabajos póstumos de Freud sobre el mecanismo psíquico de la desmentida {Verleugnung}. En esa perspectiva, puede llegar a percibirse como resultado de la tesis la interrogación por el estatuto metapsicológico de los recuerdos de abuso sexual infantil, cuando no tendrían ganado a priori su inscripción psíquica como fantasmización ni, por ejemplo, como recuerdo encubridor, más bien una parte de ellos permanecerían “encriptados” -según la expresión de Abraham y Torok- traumáticamente, al resguardo de la mirada social. Esta problemática se captaría en la sesión analítica, cuando la desconfianza en el encuentro analítico y la credibilidad se elevan como rasgos comunes en esta clínica. En particular, el caso que aquí se estudia –y sobre la cual gira toda la argumentación teórica- representa una apuesta clínica: la de resolver bajo transferencia y en la pista de lo que Freud denominó “construcción” esos nudos traumáticos, que haga posible a su vez una resolución sintomática de los recuerdos de abuso sexual.*

## INDICE

	Pág.
<i>Prólogo</i> .....	<i>i</i>
Introducción.....	vi
<b>Capítulo 1. Primera localización de lo traumático en la obra freudiana.....</b>	<b>1</b>
1.1. Proton Pseudos histérica: El caso “Emma”.....	2
<i>Temporalidad traumática</i> .....	2
<i>Trauma e inscripción psíquica</i> .....	8
1.2. La seducción: escena y teoría.....	13
1.3. <i>Carta 69: “Romper y reanudar”</i> .....	16
1.4. De los fundamentos: notas breves del <i>Proyecto {Entwurf}</i> .....	21
<i>“Primera proposición principal”</i> .....	21
<i>La naturaleza del objeto</i> .....	23
<i>El objeto en el neurótico</i> .....	25
<b>Capítulo 2. Introducción a la sexualidad infantil en sus fundamentos</b>	
<b>de la tesis freudiana del inconciente.....</b>	<b>29</b>
2.1. ¿Por qué <i>es siempre</i> la sexualidad para Freud?.....	30
<i>Los maestros no hablan de la cosa genital {chose gènitale},</i>	
<i>sólo la nombran</i> .....	31
<i>El valor etiológico de la sexualidad: reseña histórica</i> .....	32
<i>La sexualidad infantil y el “niño de la</i>	
<i>sexualidad perversa polimorfa”</i> .....	37
<i>Teoría sexual infantil</i> .....	42
2.2. Del trauma a la fantasía.....	44
<i>Anna O. y los phantasien</i> .....	45
<i>Fantasía de seducción</i> .....	48
<i>La fantasía en el síntoma neurótico y en la psicosis</i> .....	50

<i>Novela familiar</i> .....	52
<i>Sobre los recuerdos encubridores</i> .....	53
<i>Fantasías originarias</i> .....	56
<i>Fantasia fundamental del “niño pegado”</i> .....	59
<b>Capítulo 3. Lo traumático más allá del principio de placer</b> .....	<b>63</b>
3.1. Clínica y metapsicología del trauma.....	64
<i>Las neurosis traumáticas: la sexualidad infantil en cuestión</i> .....	66
<i>Sobre el estatuto de la repetición</i> .....	68
<i>Angustia, miedo y terror</i> .....	72
<i>Situación traumática y Hilflosigkeit</i> .....	74
<i>Del Fort-Da como ejemplo princeps del trabajo elaborativo infantil</i> .....	76
3.1. Freud con Lacan.....	79
<i>De lo real y el trauma: más acá de la representación</i> .....	79
<i>El “sueño del niño que se abrasa”</i> .....	83
<i>La letra y la marca del trauma</i> .....	86
<b>Capítulo 4. Lo traumático en el abuso sexual infantil</b> .....	<b>92</b>
<i>Fantasia y pareja inconciente</i> .....	93
<i>Perversión y fantasma pedófilo</i> .....	97
<i>La problemática del secreto en el abuso sexual</i> .....	101
<i>Crimen neurótico y crimen perverso</i> .....	103
<i>El “niño del abuso” y la transferencia analítica</i> .....	108
<i>El sujeto de la vergüenza</i> .....	111
<i>Trauma, develación y credibilidad</i> .....	113
<b>5. Lectura del caso: Escansiones</b> .....	<b>116</b>
3.1. El caso en psicoanálisis.....	117
<i>Acerca del trabajo de publicación</i> .....	117
<i>“El ejemplo es la cosa misma”</i> .....	118
<i>La temporalidad del caso</i> .....	119

5.2. Presentación del caso.....	120
& 1: <i>El recuerdo traumático</i> .....	120
& 2: <i>El padre</i> .....	122
& 3: <i>La madre</i> .....	123
& 4: <i>El “enredo” con los primos</i> .....	123
& 5: <i>La trasfendencia</i> .....	124
& 6: <i>La justicia</i> .....	125
& 7: <i>La angustia, el miedo, los cortes</i> .....	126
& 8: <i>“Las palabras ya no son suficientes”</i> .....	127
& 9: <i>Construcción del fantasma</i> .....	128
<b>Capítulo 6. Discusión del caso y reflexiones finales.....</b>	<b>129</b>
<i>Sobre el estatuto del recuerdo traumático</i> .....	130
<i>El problema del abuso</i> .....	133
<i>¿Por qué el silencio?</i> .....	134
<i>Se desgarró el velo del deseo</i> .....	135
<i>Camino a casa</i> .....	136
<i>Alguien tiene que pagar</i> .....	137
<i>Sobrevivir al trauma: el padre</i> .....	140
<i>Más allá del trauma: la mirada como objeto pulsional</i> .....	142
<b>Capítulo 7. Conclusiones y aperturas.....</b>	<b>143</b>
<i>Bibliografía</i> .....	151

## **Prólogo**

*Este prólogo fue escrito al final de la tesis, ¿quiere decir por ello que tendría que ser lo último para ser leído? No, porque su lectura tendría que proporcionar una suerte de justificación al lector acerca de la manera en que escogió construir el texto y su argumento. En este preámbulo, el autor puede hallar un espacio en el texto más propio, digamos, para testimoniar lo que fue su experiencia de escritura. ¿Qué puede moverlo a uno a escribir sobre psicoanálisis, y particularmente, aventurarse a redactar un caso clínico tomado de su propia práctica analítica? Pueden esgrimirse infinidad de motivos, por lo tanto prefiero resaltar aquí razones que interrogan mi transferencia al caso y al psicoanálisis. En efecto, el recorrido de la tesis, sus avances, cortes, interrupciones y giros, en fin, las “imperfecciones” en su construcción, coinciden con la difícil apropiación del conocimiento, en este caso, de la clínica. De otro modo no se explica la ubicación del caso en la tesis, ya que sólo se llega a él una vez que el autor ha concluido su debate con Freud, principalmente: el caso tiene ese efecto de lo que no “anda” bien con los conceptos metapsicológicos. Sólo en el capítulo cuarto el autor se propone “romper” provisoriamente con Freud, y extraer las consecuencias clínicas cuando se toma el abuso sexual como lo realmente acontecido. Pero esto es lo que hay que destacar: ¿Qué valor puede tener ese “giro” si antes no se llegó a los callejones sin salida de la apuesta freudiana en el campo de las neurosis?, ¿qué valor pueden tener las concepciones, por ejemplo, de Ferenczi, sobre lo traumático y su llamativa manera de intervenir –tanto así que si uno lo sigue merecería llamarse “ferencziano”–, si se le quita la historia de donde se originaron, es decir, de las concepciones freudianas, y sobre todo de la transferencia con Freud? De igual modo, el caso avanza en lo que yo pude captar en las sesiones, y eventualmente en lo que no alcancé a escuchar, o tal vez también en mi adhesión al método de trabajo que Freud nos legó, y de lo que de eso yo podía entender. ¿No es esto un asunto de transferencia entonces? Está claro: en los tres primeros capítulos el autor concentra sus esfuerzos no tanto en establecer dogmáticamente los pilares de la doctrina psicoanalítica, de la represión y la sexualidad infantil, fundamentalmente, sino en una búsqueda por la obra de Freud, a ratos errática, del estatuto de lo traumático de una experiencia real de abuso sexual infantil en un caso tomado de mi propia práctica del psicoanálisis.*

*Entonces decía que el efecto de escritura que el lector podrá encontrar en esta tesis, es comparable con los avatares de la relación del autor con el texto y la historia del psicoanálisis. Creo que en este punto un pasaje de la correspondencia que Freud y Ferenczi mantuvieron se expresa mejor que yo. Poco después del viaje a los Estados Unidos, donde Freud había sido invitado a dictar unas conferencias sobre psicoanálisis en la Clark University, en Septiembre de 1909, estas dos personalidades sostuvieron un intenso intercambio de ideas de lo que había sido ese viaje y de la relación entre ambos. Aunque Ferenczi en sus cartas a Freud nunca explicitó el “incidente” que ocurrió entre ellos, sí se encuentra la versión de Ferenczi en su correspondencia con Groddeck: “Freud me parecía demasiado grande, demasiado padre. A consecuencia de ello, en Palermo, donde pensaba redactar conmigo el famoso ensayo sobre la paranoia (Schreber), el primer día de trabajo, cuando se disponía dictarme, me levanté de un salto en un repentino arrebató de rebelión y le dije que eso no era trabajar juntos, si él simplemente me dictaba. “Pero bueno, ¿así es usted?, contestó asombrado. “Por lo visto se lo quiere quedar todo”. Eso es lo que él dijo y desde ese día trabajaba todas las noches solo” (p.258)<sup>2</sup>. ¿Qué le responde Freud? Veamos, en la carta del 2 de octubre de 1910: “yo, por mi parte, deseaba que abandonara esa actitud infantil, que se pusiera a mi lado como un compañero, lo que usted no consiguió”. En una extensa carta siguiente, donde Ferenczi capta la decepción en Freud sobre su persona, le escribe: “¿Sabe cuáles fueron las horas de nuestro viaje que con más agrado recuerdo? Aquellas que usted dedicaba a revelarme detalles de su personalidad y de su vida. Sólo entonces –y no durante las conversaciones científicas- me sentía liberado de mis inhibiciones como un “compañero igual”, como usted deseaba que fuera y como a mí siempre me habría gustado ser (...) Estoy convencido de no ser el único que, ante cualquier decisión importante o al hacer autocrítica, siempre se ha preguntado y se pregunta: ¿qué haría Freud en mi lugar? Y con “Freud” quería decir sus doctrinas y su personalidad fundidos en una totalidad armónica” (p.262). A lo que Freud testimonia ante Ferenczi su rango de hombre “común”, contándole lo que a él le ocurriera en ese “incidente”: “Es curioso cómo se explica mucho mejor por escrito que hablando. En*

---

<sup>2</sup> Sigmund Freud/Sándor Ferenczi (2001). “Correspondencia completa (1908-1911). Vol. I.1”. Madrid: Editorial Síntesis.



*realidad, sabía mucho o la mayor parte de lo que escribe, y no le debo ahora más que unas pocas aclaraciones. ¿Por qué no le respondí para desbloquear el entendimiento? Es cierto, fue por debilidad mía, pues yo tampoco soy el superhombre ψα que hemos construido, y no he superado la contratransferencia” (p.265).*

*De nuevo, se trata de un asunto de temporalidad, no tiene sentido mi recorrido si no es en un efecto de après coup. Pude haber iniciado la tesis por el caso –habría sido lo natural- pero preferí comenzar de la mano de Freud, con todos los extravíos que eso puede significar para una lectura del caso. En realidad esta opción no fue demasiado pensada, reflejándose aquí mi propia escritura. Es también la intención se arrebatar de la figura de Freud el anacronismo histórico en el cual me ha parecido que a veces ha caído- o lo hemos dejado caer-, incluso en algunos círculos psicoanalíticos: se trata de valorar en la medida más justa que puedo encontrar sus aportes, sobre todo cuando la clínica hoy parece perseguir otros imperativos, la medición de los “cambios” o la eficiencia de los resultados. En efecto, ¿qué razones puedo tener para volver a leer a Freud cuando lo que me ocupa es la actualidad de un caso clínico? Esta reflexión tendría que llevar a una pregunta que pase por mi práctica: ¿cómo era la clínica freudiana y cómo es la mía entonces? Es cierto que la tesis la escribo desde el lugar de discípulo (de Freud, en primer lugar), pero esa posición en ningún caso puede equivaler al ejercicio de una práctica timorata, o peor aún, anónima. Entre otras cosas, mi autoría se reflejaría en el encadenamiento lógico de la argumentación, hasta llegar a la lectura del caso, siendo que éste sólo se lee por unas “escansiones”, puntos de corte seleccionados arbitrariamente para hacer más nítida el asunto o la cosa que está en juego. Así empezaba Freud sus apuntes personales en el caso del Hombre de las ratas, que, según su costumbre respecto a este género, nunca escrito para ser publicado, sí, para ser presentado en alguna de sus reuniones científicas: “De las sesiones siguientes sólo anotaré algunos hechos esenciales, sin plegarme a la marcha del análisis”<sup>3</sup>.*

*Esta opción metodológica, ¿hace que pierda objetividad la exposición del caso? Es una interrogación difícil, por cuanto en psicoanálisis la objetividad es problemática per se,*

---

<sup>3</sup> Freud, S. (1991). “Anexo. Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva”. Volumen X, p.203.

*para la verdad inconciente que persigue. Porque el psicoanálisis, es así como lo entiendo, trabaja menos con “hechos” o una realidad posible de objetivar, que lo que ocurre en lo que Freud trabajó como historisch, es decir, la historia como ocurrió para cada uno, con todas las deformaciones y “errores” respecto a la historia acontecida, que indican por ese mismo motivo el efecto sujeto. Por eso, el interés por la pregunta de “si hubo o no hubo abuso en la infancia” no es para zanjar la “verdad” de una anamnesis, sino para situar la particularidad de una problemática clínica cuyos puntos la tesis pretende distinguir, que parte de la pregunta más elemental: ¿qué tiene de traumático un abuso sexual? Con todas las precauciones de ese ejercicio inductivo: del caso avanzar a generalizaciones que luego constituyan una teorización inerte. Si, como dice Freud, el caso “es la cosa misma”, tenemos que aceptar la resistencia de la cosa a ser abarcada en una suerte de concepción del mundo {Weltanschauung} que no admite deudas consigo misma. Por eso el imperativo del analista tendría que ser siempre a volver sobre el caso, en otras palabras, a revisar su práctica<sup>4</sup>.*

*Mención aparte es lo que se refiere a mi método de no tomar notas durante las sesiones, en este sentido sigo el consejo de Freud, y sólo al final me animo a escribir lo que me había parecido revelador, incluso lo que sin entender aún, me parecía importante en lo que pudiera proyectar en un segundo tiempo. ¿Quién no ha experimentado una extrañeza y hasta una disconformidad con su trabajo, cuando se atreve a leerse? Más aún, cuando el tratamiento de M. (paciente que personifica el caso) se mide en años, y por lo tanto uno puede distinguir momentos distintos. Tomar notas sólo después de las sesiones es un ejercicio que aún mantengo, para captar en su literalidad la discursividad, una manera de construir la historia de la “enfermedad”, inseparable de la historia del “tratamiento”, tal como era el modo de trabajar de Freud. Hasta puede decirse que el conjunto de esas notas pudieran formar un diario, pienso por ejemplo en el diario clínico que Freud conservó de su paciente*

---

<sup>4</sup> Es importante destacar la reunión del 18 de abril del 2008 efectuada en el Auditorio de la Facultad de Ciencias Sociales, organizada por la coordinación del Magíster y cuyo propósito era entregar testimonio personal de los avances de la tesis. Se contó en esa oportunidad con la presencia del psicoanalista Patrick Guyomard, además de la asistencia de otros profesores de la plana docente, cuyos aportes iluminaron el plan argumentativo de mi problema de investigación.

*inmortalizado como el “Hombre de las ratas”, verdadero testimonio del trabajo psicoanalítico. O en el mismo Ferenczi, que escribe todo un “Diario clínico”, lo que resalta ahí es la figura del destinatario, otra manera de decir, una vez más, la transferencia. En Wladimir Granoff encontramos con lucidez esta idea: “El motor en Ferenczi para hacer un diario es –manifiestamente- la transferencia. La transferencia hacia Freud, la transferencia de sus pacientes, la transferencia hacia sus pacientes”<sup>5</sup>.*

*Es por eso que en el esfuerzo de escribir el autor pasa a ser el principal crítico de sí mismo, si está dispuesto a “desnudar” todo lo que de inconcluso su trabajo supone. Un segundo deseo tendría que animarlo, y es el deseo de publicar, de mostrar a otros la convicción que su trabajo puede ser una contribución para otros profesionales que se desempeñan en la clínica; en cuanto a este punto, pienso en la labor “reparatoria” de las instituciones que trabajan con personas que han sufrido abusos sexuales<sup>6</sup>, y el testimonio aún “vivo” del trabajo terapéutico sostenido hace mucho tiempo con la paciente cuyo “caso” es el eje y fin de la tesis. Pienso que el espíritu crítico de la tesis podría animar a otros a volver sobre sus propias prácticas o a renovar preguntas que parecerían resueltas, por ejemplo, ¿qué concepción de lo traumático sostiene la noción psicojurídica de la “reparación”?*

---

<sup>5</sup> Granoff, W. (2004). “Lacan, Ferenczi y Freud”, p.108.

<sup>6</sup> En particular, el autor se desempeña profesionalmente en el Centro de Asistencia a Víctimas de Atentados Sexuales (C.A.V.A.S.).

## Introducción

El campo temático que estudia la tesis entrelaza dos dimensiones: clínica y metapsicología; la primera estudia el problema del abuso sexual tal como se presenta en la clínica para despejar algunos “rasgos” que pudieran elevarse como dificultades comunes a la práctica, mientras que la segunda dimensión traza un trayecto desde la noción de trauma a la cuestión de la perversión como posición subjetiva. Dicha dualidad -clínica y metapsicología- no puede ser novedosa al clínico, puesto que es la marca de su propia división *{spaltung}*: debe partir de la observación *in situ* de un real clínico para, desde allí, aunque llegue tarde, elaborar un saber *a posteriori*, que conviene más a la *verdad* –que siempre es patrimonio del campo de la palabra- que a la exactitud. ¿No es ésta la *verdad* que Freud recoge de su maestro Charcot cuando inmortaliza para nosotros su enseñanza?, cuando aconseja: “a examinar de nuevo las mismas cosas tantas veces como fuera necesario para que ellas por sí mismas empezaran a decir algo”<sup>7</sup>. Esto quiere decir, para esta tesis, que es el *caso* el que tendría que desnudar los “callejones sin salida” de la apuesta metapsicológica, y no al revés.

La tesis se encumbra desde el referente clínico mínimo: “*eso que a mí me pasó...*”, escuchamos que trata de una historia infantil donde la sexualidad resultó violentada, cuyo recuerdo jamás pudo ser olvidado y que apenas puede ser enunciado en la sesión sólo a condición de atravesar la barrera del pudor, de la vergüenza y la culpa. La temporalidad de la tesis se ordena en un *tiempo lógico*, quiere decir que el relato del caso es el punto de llegada que inevitablemente hará defasaje o desencuentro con la parte inicial (que agrupa los cuatro primeros capítulos), que se organiza en torno a unas “lecturas psicoanalíticas de lo traumático”: en éstas, se trata de seguir un recorrido *programático* por la obra freudiana para estudiar el valor –y eventualmente la utilidad para el estudio de nuestro caso- que pudo darle a la noción de trauma, el cual, para decirlo prematuramente, siempre tuvo relación con la sexualidad.

---

<sup>7</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV, p.21.

El problema general que compromete a la tesis es cómo un acontecimiento, en este caso, una vivencia sexual en la infancia que llamamos “abusiva”, se vuelve traumática. En términos amplios, existirían *a priori* tres maneras de abordar esa pregunta que al mismo tiempo exigen –cada una a su manera- repensar la noción de *trauma psíquico*; la primera es la que ocupó a Freud en sus primeras curas “pre-psicoanalíticas”, para decir que en lo traumático es determinante la represión *{Verdrängung}* que, como operación psíquica, recae con posterioridad en un segundo momento *{nachträglich}* para volver inconciente la vivencia. Tal como enseña en su *Carta 52*<sup>8</sup>, la represión escribe *sobre la huella* de la vivencia, hasta volverla irreconocible. Esa vivencia siempre era de carácter sexual –un adulto seduciendo sexualmente a un niño-, y sólo tras grandes dificultades los pacientes lograban recordarla, bajo hipnosis o bajo la técnica de la “presión sobre la frente”. Así, la llamada *escena de seducción* sólo se convierte en la “causa específica” de la neurosis gracias a una “causa concurrente”, generalmente esta última de connotación “trivial”, pero que *sorprende* al “niño de la pubertad” con una nueva pero *prematura* posibilidad de entendimiento de la sexualidad, siendo ahora lo verdaderamente traumatizante el recuerdo y no la vivencia en sí. Con esto, Freud encontrará su “*Caput Nili*” {“fuente del Nilo”}, entroniza una escena de seducción como *causa sui* de las neurosis: su esfuerzo era completar una serie etiológica cuyos lugares ya estaban reservados. Su orientación clínica se guiaba por los *espejismos* del recuerdo: ¿Hubo o no escena de seducción; a qué edad le ocurrió, fue su padre el perverso? Con todo, nosotros subrayamos que la importancia de los primeros trabajos freudianos en la clínica de las neurosis<sup>9</sup> es haber hecho de la temporalidad *nachträglich* un modo privilegiado de elaboración psíquica: “La hipótesis del trauma psíquico constituyó uno de los primeros esfuerzos de Freud por establecer los efectos que, a escala individual, producían eventos o impresiones disruptivas en la historia *psíquica* de sus pacientes, en función de una inadecuación fundamental entre aquello traumático y la capacidad del aparato anímico “infantil” –un aparato de representación y de lenguaje todavía en formación- para elaborarlo como pensamiento o como acción psíquicas”<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

<sup>9</sup> Expuestos fundamentalmente en los “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

<sup>10</sup> Aceituno, R. (2006). “Los retornos de Freud”, Pp.77-78.

La segunda “alternativa” representa un momento de crisis en el pensamiento de Freud<sup>11</sup>, porque en la *Carta 69*<sup>12</sup> a Fliess se decide por considerar aquélla vivencia sexual de seducción como unas fantasías “producidas” por los mismos pacientes en sus recuerdos, ¿era posible que uno mismo pudiera producir *su* trauma? Esto parecía más factible que el supuesto de que siempre hubiese un adulto dispuesto a seducir a un niño. Como apunta Assoun, Freud debió elegir entre *testimonio y verdad*<sup>13</sup>, para decidirse por este último: paradójicamente, la duda de Freud sobre la veracidad de la escena de seducción, lo pone sobre la pista de la *verdad* de la realidad inconciente. El paso de la sexualidad como atentado a una sexualidad inconciente se zanja cuando se orienta de la *realidad material* a la *realidad psíquica*, para estudiar la función de la fantasía (“edípica”) en la formación de los síntomas. Eso determina que Lacan pueda decir, “Seamos categóricos: no se trata en la anamnesis psicoanalítica de la realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades por venir (...)”<sup>14</sup>. El abandono de la “catártica” (junto con el desasimiento de su transferencia con Breuer) por el método de la “asociación libre” es el testimonio del *trabajo* de Freud: ya no se trata de “inyectar”<sup>15</sup> un saber pre-fabricado en la escena de la cura, sino suponerlo por-venir en la palabra de su analizante.

Freud es radical: dado que las fantasías de seducción son un producto –digamos, el residuo- de la rememoración en las curas, entonces tenía que haber un núcleo de verdad en ellas, de allí que a ese Freud le otorgara el estatuto de *fantasía primordial*<sup>16</sup>,

---

<sup>11</sup> O tal vez inaugura el “*entendimiento freudiano*” con el que Assoun (2002) concluye su “Introducción a la metapsicología freudiana”, a saber, “recoger la racionalidad por aquello que la hace tambalearse necesariamente, o sea la distancia que introduce el síntoma en ella” (p.383).

<sup>12</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

<sup>13</sup> En su “Introducción a la metapsicología freudiana”, se lee: “Dicho sujeto se perfila en esta vacilación patética de Freud: el sujeto no ha dicho la verdad, por lo tanto tengo que elegir entre su testimonio y la verdad. *Sí*, el sujeto ha dicho la verdad, *pero* él mismo quedó apresado en el atolladero de *su* verdad y de su insabido”, Pp.351-352.

<sup>14</sup> Lacan, J. (2005). “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. *Escritos I*, p.246.

<sup>15</sup> Aludo directamente a la conducción de la cura con Irma, cuya problemática se manifiesta con crudeza ante la vista de Freud en un sueño propio, el “Sueño de la inyección de Irma”, (en Freud, S. (1991). “La interpretación de los sueños (1900 [1899])”. Volumen IV, p.128)

<sup>16</sup> Sobre todo en Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII.

patrimonio “filogenético” de lo reprimido desde el cual se ordenan las posteriores fantasías. Si la temporalidad *nachträglich* es una exigencia del presente para la construcción de un origen histórico y mítico que haga posible la proyección de la significación en el futuro<sup>17</sup>, de allí la importancia para Freud de instituir un tiempo lógico de la represión, como “represión primordial” o un tiempo –que es un acto de “asesinato” del padre- de inauguración de la cultura y de la ley. Ella sería necesaria como operación primera sin otro antecedente más que ella misma –tiempo absoluto- que haga posible a la par un primer efecto de alienación respecto al deseo del cual el neurótico sabe decir muy bien en sus síntomas, sueños, *lapsus* del habla o equivocaciones del acto, etc.

Este “efecto sujeto” –como prefiere decir Lacan- se despliega en el *tiempo segundo* que desdichadamente siempre llega tarde para suturar la falta, que a su vez, arribó prematura. Entre ese “demasiado pronto-demasiado tarde” del mundo de las representaciones, se manifiesta el carácter *compulsivo* que Freud exploró en la *repetición* de los llamados “traumatismos de guerra”: se discierne un efecto propio a la dinámica de la escritura de la representación que no alcanza su significación *{Bedeutung}* plena de sentido (digamos, una “falla” inherente a la temporalidad *nachträglich*), que, cuando se conjuga con el “retorno de lo reprimido” el síntoma cobra carácter compulsivo (o de “empuje”, “*Zwang*”): el Hombre de las ratas<sup>18</sup> entrega testimonio de ello, al convertir el “*Raten*” en la letra que hace de material inconciente que se repite en todos sus síntomas. Desde esta perspectiva, lo traumático es la repetición de la letra que interseca con lo *real*, que hace de la repetición misma el fracaso del encuentro con la significación. En todo caso, habría que ver de qué manera la especulación freudiana en su *Más allá del principio de placer* puede fundamentar apropiadamente lo traumático en el abuso sexual, es una pista que vamos a tomar en el capítulo cuarto de esta tesis.

---

<sup>17</sup> Esto da pie para que Ferenczi se pregunte: “qué es recordar? Es conservar un marca de memoria con miras a su aprovechamiento futuro” (Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”, p.243).

<sup>18</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X.

La tercera y última “alternativa” en realidad representa la apuesta clínico-teórica a la que arriba la tesis; Freud no la elaboró directamente pero sí entregó las referencias que resultarían ser las claves para comprender mejor lo traumático en el abuso sexual<sup>19</sup>. Lo fundamental será la elaboración psíquica –o no- que pueda hacer el niño derivado del encuentro con la puesta en acto de la perversión del adulto. ¿Esta “postura” quiere volver simplemente a la ingenuidad del realismo de la escena de seducción, a la teoría del niño inocente y en consecuencia a la negación del sujeto? De ningún modo, ya se verá por qué. En todo caso, es un campo de investigación que pudo abrirlo Ferenczi, y otros autores contemporáneos iban a tomar su “posta” de diversas maneras, como Serge André, Patrick Guyomard o Nicolás Abraham y María Torok.

En términos más amplios, a estas tres “alternativas” subyace una postura ética (digamos, una política en la conducción de la cura) que debe tomar el analista, ya que, si se orienta por una lectura en la lógica de lo reprimido de la sexualidad infantil, podrá tomar ese relato de abuso sexual –para decirlo rápidamente- como construcción fantasmática de donde encontrará la clave por donde quedó “fijada” la satisfacción pulsional; o desde la perspectiva del sujeto *{Subjekt}*, en su identificación al lugar *faltante* de donde se supone se dirige el deseo de la madre, posición que tradicionalmente adoptó para el psicoanálisis el “niño de la sexualidad perversa polimorfa”. Al contrario, si opta por el Freud de la escena de seducción, seguramente adscribirá a una postura “higiénica” de la cura, para intervenir como el “amo de la verdad”<sup>20</sup>, es la entrada en escena del “hipnotizador”: intentará liberar el afecto supuestamente estrangulado. Sin embargo, la *confesión* del abuso sexual en la sesión no se inscribiría en la rememoración simbólica del síntoma neurótico<sup>21</sup>, este hecho clínico tendría que interrogar al analista sobre el estatuto metapsicológico de ese recuerdo, su noción “clásica” de trauma, y sobre las posibilidades de elaboración psíquica para retomar *de otro modo* la pregunta freudiana

---

<sup>19</sup> Por lo demás, Freud estaba advertido sobre el hecho que la ciencia autoriza a tomar otros caminos; en su especulación teórica en “Más allá del principio de placer (1920)”, Volumen XVIII, se lee: “También hay que estar preparados para abandonar un camino que se siguió por un tiempo, si no parece llevar a nada bueno. Sólo los creyentes que piden a la ciencia un sustituto del catecismo abandonado echarán en cara al investigador que remodele o aun rehaga sus puntos de vista” (p.62).

<sup>20</sup> Expresión que pertenece a Guyomard (1985).

<sup>21</sup> Nos parece que no, al menos en el caso clínico que estudiamos en esta tesis.



“pre-psicoanalítica” del encuentro originario del niño con la perversión del adulto en una supuesta “escena de seducción”.

No obstante hayamos tomado esta última “alternativa”, el analista a mi juicio no pone en riesgo al psicoanálisis ni traiciona la “bandera de lucha” freudiana, que es la sexualidad infantil. Al contrario, exige pensar en primer lugar de qué se trata ese “niño del abuso”, para diferenciarlo del “niño de la sexualidad perversa polimorfa”<sup>22</sup> (clásicamente llamado el “niño del psicoanálisis”), y posteriormente decidir si la dirección de la cura tendría que ver con cómo puede transitarse hacia “el niño del síntoma”, en otras palabras, la pregunta clínica decisiva sería cómo la represión puede actuar sobre una vivencia *{erlebniss}* demasiado no olvidada. Con la lucidez que ofrece la lengua alemana, para distinguir “*erlebniss*” de “*erleben*” (“vivenciar”), este último término, más afín con nuestra idea de ficcionario –la historia *{Historich}* que cada uno hace sobre el deseo-. Esta intelección supone un trabajo *previo* al trabajo analítico propiamente tal con lo reprimido. Este “previamente” supone la pregunta por las condiciones para que la palabra tenga efectos de verdad, como Freud enseñó en su *Traumdeutung*. Patrick Guyomard lo dice fuerte: “la verdad está sometida al tiempo lógico”<sup>23</sup>, para recordar lo que Lacan había formalizado como “*El tiempo de apertura del inconciente, tiempo de palpitación, escansión de aperturas y cierres, momento en que habla el ello antes de guardar silencio*” (ídem). En efecto, ¿no se olvida demasiado rápido que Freud planteaba la necesidad de un primer “*rapport*” entre analista-analizante para que la palabra tenga valor analítico<sup>24</sup>?

Así es como ya hacia el final de su pensamiento, Freud abrió la perspectiva de una operación psíquica que eleva a la condición de *posición* del yo frente a la realidad de la

---

<sup>22</sup> ¿No enseñó Freud que es la sexualidad perversa polimorfa lo que se reprime?

<sup>23</sup> Guyomard, P. (1985). “El tiempo de la acción. En Mannoni, M. “Un saber que no se sabe”, p.129.

<sup>24</sup> En Freud, S. (1991). “Sobre la iniciación del tratamiento (1913)” se lee: “¿Cuándo debemos comenzar a hacer comunicaciones al analizado? ¿Cuándo es oportuno revelarle el significado secreto de sus ocurrencias, iniciarlo en las premisas y procedimientos técnicos del análisis? La respuesta sólo puede ser ésta: No antes de que se haya establecido en el paciente una transferencia operativa, un *rapport* en regla. La primera meta del tratamiento sigue siendo allegarlo a la persona del médico. Para ello no hace falta más que darle tiempo” (p.140).

castración, que no es una *Verdrängung*, sino una *Verleugnung* {desmentida o rechazo}, por lo tanto, una condición subjetiva que más que producir efecto *nachträglich* como “retorno de lo reprimido”, se niega a aceptar la existencia de la falta. Freud pudo ver en el modelo del fetichismo<sup>25</sup> una *escisión o clivaje* en el seno del yo: una parte de él reconoce la castración para posteriormente reprimirla, al mismo tiempo que otra se compromete en desmentirla. Esta perspectiva abre al clínico la pregunta por el estatuto del recuerdo del abuso en la sesión como *secreto*<sup>26</sup>, como aquél que aparentemente no inscribió pérdida alguna –condición del “enlace falso” en la cadena simbólica {*Bahnung*}-, sino que se preserva, por así decir, “enquistado” como recuerdo, protegido de la “mirada” social. Esta lectura de lo traumático no congenia con las referencias “clásicas” que amparan el saber del analista. Tendría que reorientarse hacia la cuestión del lazo en la perversión, quien obliga a participar contractualmente como objeto del goce del Otro, pero bajo el estigma de un “*pacto de silencio*”, como muchos pacientes pueden “confesar” en la sesión de análisis. Para Ferenczi, lo fundamental es la *confusión*<sup>27</sup> entre la posición del niño (su “lenguaje de la ternura”<sup>28</sup>) y la del adulto (su “lenguaje de la pasión”), que *simetriza* la relación, transformándola en una suerte de “torre de babel”. Como señala Serge André, a diferencia del neurótico, que hace pasar la cuestión del lazo social por la ley (fundamental del incesto), el perverso lo aborda por otra vía: “microsociedades de amos, amistosas, redes fundadas sobre una especie de pactos o de contratos que hoy en día no han sido verdaderamente estudiados, pero en los que se puede subrayar que lo que aparece en la base del lazo es el fantasma y no el síntoma, y que la exigencia de singular se opone a cualquier idea de universalidad”<sup>29</sup>. Lo que resulta traumatizado –o *clivado*<sup>30</sup>, para usar una expresión de Ferenczi-

---

<sup>25</sup> Freud, S. (1991). “Fetichismo (1927)”. Volumen XXI.

<sup>26</sup> Al respecto, son relevantes los desarrollos de Abraham y Torok (2005). “La corteza y el núcleo”.

<sup>27</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”.

<sup>28</sup> En efecto, para Ferenczi, “las perversiones no son infantiles más que si permanecen a nivel de la ternura”, ídem, p.7.

<sup>29</sup> André, S. (1999). “La significación de la pedofilia”, p.8.

<sup>30</sup> La pluma de Ferenczi (1985) es clarísima: “B. es incapaz de asociación libre. Causa: 1) malas experiencias con autoridades (madre) cuando cedía al ruego “Dilo ya todo, no te pasará nada”, y después la castigaban sin embargo” (Pp. 226-7). E inmediatamente después nos trae a la memoria la célebre estética de ese *clivaje* en la figura de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

fundamentalmente sería la *confianza* del niño en el adulto que le llega como una experiencia catastrófica de *traición*, dado que este último habría, en su acto, revocado la ley.

Esto tendría que tener consecuencias para el trabajo *bajo* -y con- la transferencia y para la dirección de la cura. Un problema clínico fundamental que destaca Guyomard<sup>31</sup> en su revisitaje a Ferenczi, es el fracaso del análisis cuando una parte del niño no puede comprometerse verdaderamente, porque no confía ni en la palabra ni en la presencia del analista: “la cura se ve mutilada, como el sujeto ha podido ser mutilado también”. En efecto, “En aquella configuración, para emplear términos de Lacan, el analista no es tanto en el lugar del objeto causa del deseo, se le exige otro trabajo, es solicitado, interrogado en su capacidad para estar de una manera fiable, aseguradora, de una manera que no sea perversa, de un modo que está protegido de los efectos de una pasión destructora. Es el lazo psíquico lo que está en cuestión mucho más que el contenido de las fantasías” (ídem).

En relación con lo anterior, la tesis debate el problema clínico capital de la *credibilidad* del abuso sexual, en efecto, hemos dicho cómo Freud tuvo que dudar de la realidad de los recuerdos de seducción de “su neurótica” para descubrir la universalidad de la sexualidad infantil en el sujeto hablante<sup>32</sup>. En este caso, la verdad del recuerdo no coincide con su realidad. No obstante, frente a un recuerdo cuyo cuestionamiento recae sobre la eficacia de la lógica de la represión y por lo tanto la “sustentabilidad” de ese tiempo originario que hace posible la temporalidad *nachträglich*, la credibilidad no significaría un desafío a la preciada *neutralidad* analítica ni menos volver al ingenuo realismo de la teoría traumática<sup>33</sup>, se trata más bien que el analista trabaje en el

---

<sup>31</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

<sup>32</sup> En esta perspectiva, Philippe Julien señala que, “La verdad habla por la boca del analizante que dice siempre la verdad, aunque nunca toda. Respuesta: “Le creo, por más que usted diga”, lo cual no implica “creo en ello”, el sentido de adhesión a un saber referencial. El saber textual, no referencial, de lo que se dice basta por sí solo”. (En Julien, P. (2002). “Psicosis, perversión, neurosis”, p.167)

<sup>33</sup> El analista erraría en su acto si quisiera resolver el problema de la veracidad de los abusos, en efecto, ¿no es tarea de la *verdad judicial* determinar esa objetividad?

horizonte de una afirmación *{Bejahung}* del juicio, de lo que no ha tenido *existencia psíquica* como representación. Ello tiene consecuencias para un trabajo con el tiempo y con los lugares de la representación. Esta intuición teórica Freud pudo desarrollarla en el texto “La negación”<sup>34</sup>, mientras que la puesta a punto en su vertiente clínica se encuentra como novedad expresada en “Construcciones en el análisis”<sup>35</sup>. Ya que el problema clínico es evidente, ¿Cómo hacer analíticamente cuando el abuso sexual retorna traumáticamente en la *realidad* de la sesión como des-confianza, como experiencia de traición? ¿Qué se juega para la paciente de Ferenczi cuando lo interpela con desesperación: “¡Usted no me cree! ¡No toma en serio lo que he comunicado! ¡No puedo creer que se quede ahí sentado, insensible e indiferente, mientras yo lucho por representarme algo trágico de mi niñez!”<sup>36</sup>.

Ahora bien, ambos textos (“La negación” y “Construcciones en el análisis”) son bastante tardíos en la obra freudiana y tienen el valor de encarar la difícil pregunta que algunos análisis presentan como desafío: a volver a hacer hablar a lo inconciente cuando falta la palabra, porque, convengamos, lo inconciente nunca está dado de antemano para el trabajo analítico. La credibilidad entonces se alza verdaderamente como un problema clínico de importancia, cuando, *a fortiori*, muchos pacientes detectan en el descreimiento de la veracidad de los abusos por parte de los adultos, de los padres, como lo más traumático del trauma. Según esta perspectiva, sería la negación *{Verneinung}* de los adultos lo que eclosionaría la posibilidad de subjetivar el abuso. ¿Después de todo, no había Ferenczi “machacado los oídos”<sup>37</sup> de Freud con esta

---

<sup>34</sup> Freud, S. (1991). “La negación (1925)”. Volumen XIX.

<sup>35</sup> Freud, S. (1991). “Construcciones en el análisis (1937)”. Volumen XXIII.

<sup>36</sup> Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”, p.41.

<sup>37</sup> Y sabemos cómo Freud cerró las puertas a Ferenczi, para impedir que presentara su artículo “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” en el Congreso de Wiesbaden (1932). Ferenczi protesta y Freud le responde duramente: “Yo no creo que usted se vaya a corregir, como yo me corregí una generación antes... Desde hace dos años se ha apartado usted de mí planificadamente... En realidad creo que podría mostrarle el error teórico de su construcción, pero, ¿para qué? Estoy convencido de que usted se mostraría inaccesible a los reparos...” (citado por Judith Dupont, en Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”). ¿No practicó Freud –con Ferenczi- esa “política del avestruz” que aludía en “Recordar, repetir y reelaborar (1914)” cuando intentaba retratar los obstáculos que sus pacientes oponían al análisis? Por supuesto, la hipótesis de Ferenczi no amenaza la intelección freudiana sobre la fantasía inconciente, antes

intuición clínica? En su “Diario clínico” de deja leer la siguiente conclusión: “A la confusión traumática sólo se llega, las más de las veces, cuando ataque y respuesta son desmentidos por el adulto cargado de culpa, y se los trata como si fueran algo punible”<sup>38</sup>.

---

bien, corresponde al clínico distinguir entre aquella con todas sus consecuencias clínicas y el problema clínico particular derivado de los efectos que pueden desprenderse de experiencias tempranas de abuso sexual. En efecto, el analista no debería *traicionar* ni al sujeto del inconciente ni desconocer lo traumático en el abuso sexual. Delgada línea ésta en la que debe moverse.

<sup>38</sup> Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”, p.241.

## **1. Primera localización de lo traumático<sup>39</sup> en la obra freudiana**

---

<sup>39</sup> Escribimos “lo” traumático y no “el” trauma, ya que queremos referir un campo de estudio –de elaboración de saber, si se quiere–, que parte del encuentro de Freud con “el” trauma en sus primeras curas.

“He obtenido por primera vez una vislumbre cierta sobre la estructura de la histeria. Todo se reduce a la reproducción de escenas. Unas se alcanzan directamente, otras, sólo a través de fantasías antepuestas. Las fantasías provienen de algo *oído* que se comprendió *supletoriamente*, desde luego son auténticas en todo su material (...)”<sup>40</sup>.

### **1.1. *Proton Pseudos*<sup>41</sup> histórica: El caso “Emma”**

Escribir sobre los lugares de lo traumático en la obra de Freud es destacar los jirones de una metapsicología organizada alrededor de un *origen, tiempo uno* que justifica y además sostiene todo el desarrollo ulterior del edificio teórico y clínico del psicoanálisis. Es en este sentido que puede decirse que en Freud, el trauma tiene una función más *axiomática*<sup>42</sup> que hipotética. El primer momento clave de esta *genealogía* freudiana es la *Proton pseudos* o “primera mentira histórica”. ¿Por qué la histeria le entrega la ocasión a Freud para introducir lo traumático?

#### ***Temporalidad traumática***

Con el término *formación de símbolo*, Freud da cuenta, en el *Proyecto de psicología*<sup>43</sup>, del mecanismo de la *represión*, lo que será a la postre un acontecimiento inaugural de uno de los pilares más importantes del psicoanálisis: se comprueba en la

---

<sup>40</sup> Freud, S. (1986). “Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904”, p.254.

<sup>41</sup> Expresión que procede de Aristóteles, *Primeros analíticos*, Libro II, capítulo 18, 66a, 16 (en Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología 1950 [1895]”, Volumen I, p.400). Corresponde a “una premisa mayor falsa en un silogismo, que da como consecuencia una conclusión falsa”.

<sup>42</sup> Como lo subraya Miller (2007), un axioma es el fundamento de un sistema lógico, “no se dejan modificar por las leyes de transformación del resto del sistema. Son su punto de partida” (p.53).

<sup>43</sup> Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología (1950 [1895])”. Volumen I.

psicopatología de la histeria la existencia de una representación hiperintensa<sup>44</sup>, esto es, que por sí misma no justificaría el desprendimiento de afecto, las inervaciones motrices o los impedimentos que someten al enfermo. En otras palabras, el fundamento de la represión sería una *incongruencia* entre la representación *A* y sus efectos, entre causa concurrente o “auxiliar” y de lo que esta se padece “Antes del análisis, *A* es una representación hiperintensa que con frecuencia excesiva se esfuerza dentro de la conciencia y provoca llanto. El individuo no sabe por qué llora a raíz de *A*, lo encuentra absurdo, pero no puede impedirlo” (p.396). Después del análisis, es decir, con el *esclarecimiento* de la incongruencia entre la representación *A* y sus efectos, se llega a otra representación, *B*, “que con derecho provoca llanto”. Podemos tomar *B* como la *causa específica* de la histeria, que Freud definiera en su “serie etiológica”<sup>45</sup>.

¿Cómo llegó a establecerse una relación entre *A* y *B*? Freud agrega que “Hubo una vivencia que consistió en  $B+A$ <sup>46</sup>. *A* era una circunstancia colateral, *B* era apta para operar aquel efecto permanente, en otras palabras, se establece una relación de *contigüidad* entre *A* y *B*. Pero la reproducción de aquel suceso en el recuerdo se ha plasmado como si *A* hubiera remplazado a *B*. *A* ha devenido el *sustituto*<sup>47</sup>, el *símbolo* de *B*” (p.396). Podemos entonces transcribir esta operación en el algoritmo de *A* sobre *B*:

$$B \text{ --- } A \qquad A$$

$$\qquad \qquad \qquad \frac{\quad}{B}$$

---

<sup>44</sup> Para precisar en qué consisten las “representaciones hiperintensas”, Freud habla de la *compulsión histérica*, siendo esta la constelación de comportamientos o manifestaciones observables en la histeria, guiadas por una representación cuyas consecuencias por sí solas resultan incomprensibles.

<sup>45</sup> Freud, S. (1991). “La etiología de la histeria (1896)”. Volumen III.

<sup>46</sup>  $B + A$  y no  $A + B$  es la propuesta algebraica de Freud que tiene resonancias a partir del *a posteriori* {*Nachträglich*} que es la temporalidad del trauma.

<sup>47</sup> El subrayado es mío.



En efecto, el símbolo histérico quiere decir que el sujeto *no sabe* nada de *B*, que es la representación originaria reprimida. Al mismo tiempo, se ha producido, por esta “complicada operación psíquica” un despojamiento de  $Q^{48}$ , la *suma de excitación* de *B* a la representación *A*, que se ha vuelto compulsiva, por capturar todo el ámbito de la conciencia, sin embargo, con un tinte de displacer. Ahora bien, ¿qué características tiene que haber tenido la vivencia, para que su representación haya caído bajo represión? Aquí Freud introduce el *yo*, que muy bien podemos nombrar como el representante del sistema conciencia, “la represión atañe por entero a unas representaciones que al yo despiertan un afecto penoso (displacer); en segundo lugar, son unas representaciones provenientes de la vida sexual” (p.397). En conclusión, de la pretensión de Freud por establecer cuantitativamente los procesos psíquicos de la vida “normal” y “patológica”, llega a formular una *ley del simbolismo* para las representaciones “neuronales”. ¿Cómo puede existir un grupo de *neuronas* que ya no se comporta mecánicamente<sup>49</sup>, sino simbólicamente? Este contrasentido llevará a Freud finalmente a renunciar al marco neuronal del *Proyecto*, incluso a olvidarse completamente de este escrito –al menos no encontramos referencias de él en sus artículos posteriores- hasta oponerse inclusive a su publicación hacia el final de su vida. Desde este punto de vista, podemos decir que el *Proyecto* representa un fragmento del inconciente en el pensamiento de Freud.

Todavía en el *Proyecto*, Freud pretende mostrar con el caso *Emma* el funcionamiento de la represión como *formación de símbolo patológico*. A nosotros nos interesa destacar la articulación que presenta Freud entre *trauma*, *represión* y *temporalidad*, a propósito del síntoma histérico. Emma sitúa su malestar sintomático alrededor de la siguiente escena:

Emma está hoy bajo la compulsión de no poder ir *sola* a una tienda. Como fundamento, un recuerdo de cuando tenía doce años (poco después del a pubertad). Fue a una tienda a comprar algo, vio a los dos empleados (de uno de los cuales guarda memoria) reírse

---

<sup>48</sup> *Q* se define como la *cantidad*, que calza con las magnitudes del mundo externo.

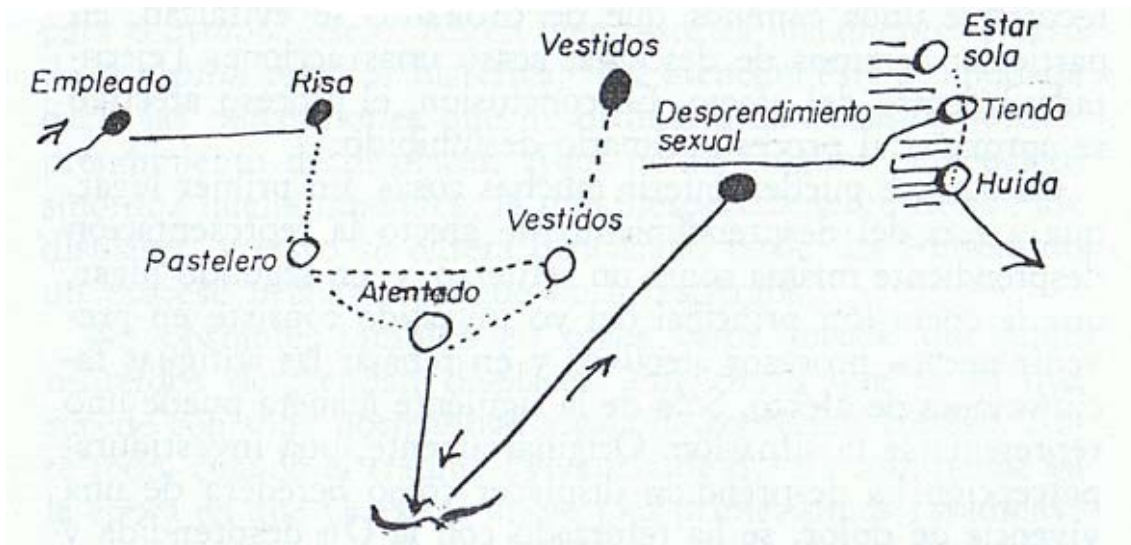
<sup>49</sup> Entendemos lo “mecánico” como el *empuje* de la *Q* de una representación a otra, sin la mediación de un *trabajo psíquico*, que ya incluiría aquella operación de “formación de símbolo”, que estamos examinando.

entre ellos, y salió corriendo presa de algún *afecto de terror*. Sobre esto se despiertan unos pensamientos: que esos dos se reían de su vestido, y que uno le había gustado sexualmente (p.400).

Freud concluye que este recuerdo, por sí mismo, no es causa de la compulsión que afecta a Emma. En otras palabras, existe una relación incomprensible entre el recuerdo de la vivencia y su efecto. Esto porque, si el efecto de horror es por la risa de sus vestidos, no sería posible ya que desde hace tiempo que Emma viste “como una dama”. También resulta inconciliable la agorafobia con el hecho que uno de los pasteleros le gustase. La causa del síntoma entonces tendría que ser otra representación. Ella es descubierta por Freud en una exploración ulterior, y consiste en una segunda escena, olvidada y sólo recordada posteriormente gracias al *análisis de esclarecimiento*, la cual –por su naturaleza sexual- sí podría ser considerarla como originalmente traumática:

Siendo una niña de ocho años, fue por dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y este caballero le pellizcó los genitales a través del vestido. No obstante la primera experiencia, acudió allí una segunda vez. Luego de la segunda, no fue más. Ahora bien, se reprocha haber ido por segunda vez, como si de ese modo hubiera querido provocar el atentado. De hecho, cabe reconducir a esta vivencia un estado de “mala conciencia oprimente”. (p.401).

La escena II (pastelero) explica la escena I (tenderos). Ambos recuerdos estarían conectados asociativamente por la representación “*risa*”: “dice que la risa de los empleados le hacía acordarse de la risotada con que el pastelero había acompañado su atentado” (p.401). La representación “*vestidos*” sería la única que llega a la conciencia, pero entretanto subroga el recuerdo del atentado. Freud llama a este proceso psíquico *enlace falso*: a la conciencia ingresa la representación *vestidos*, como símbolo de la otra que genuinamente despierta el interés o el rechazo: la representación del *atentado sexual*. El esquema figurativo que propone Freud es el siguiente:



Donde los círculos blancos representan elementos inconscientes, mientras que los negros, elementos conscientes. Este es el verdadero sentido de la *Proton pseudos*, o “enlace falso” entre representaciones. Tenemos que una representación (la más “inocente”) sustituye a otra, que en adelante se hace *inconsciente*. Ahora bien, ¿Cómo es que el recuerdo del atentado, a la edad de ocho años, no es inmediatamente rechazado de la conciencia al momento de ser vivenciado? Freud explica que la alteración de la pubertad “posibilita otra comprensión de lo recordado”, siendo el *desprendimiento sexual* la causa del proceso patológico. La pubertad tiene función de *desfasaje* entre las escenas. Freud concluye que: “dondequiera se descubre que es reprimido un recuerdo que sólo *con efecto retardado* {*nachträglich*} ha devenido trauma. Causa de este estado de cosas es el retardo de la pubertad respecto del restante desarrollo del individuo” (p.403). La temporalidad *nachträglich* viene en Freud a subvertir el orden cronológico del *simple paso del tiempo*, y lo que denuncia, como señala Laplanche<sup>50</sup>, el “esquema *A+B*, que en este caso se aplica a conjuntos de elementos y no a dos elementos aislados, y que juega con el desfasaje y la resignificación [*après coup*] entre ambas escenas” (p.129). Dos escenas *articuladas* por el *après coup*, en que la consecuencia más visible es el diferimiento temporal, que quiere decir que el efecto retroactivo del trauma no puede fijarse ni exclusivamente en *A*, ni exclusivamente en *B*.

<sup>50</sup> Laplanche, J. (1987). “El inconsciente y el ello”.

Lo esencial en este ejemplo de Freud, respecto de la temporalidad, como lo señala Miller<sup>51</sup>, es la *suspensión del tiempo* entre las dos escenas-representaciones. En efecto, el esquema de la represión en la teoría traumática define una temporalidad que es distinta a la continuidad cronológica, es la de la *suspensión-precipitación*: eso nos autoriza a hablar de “tiempo uno”, “tiempo dos”, etc., siendo el *tiempo uno* el del acontecimiento en suspenso, mientras que el *tiempo dos*, el de la precipitación de la represión y su consecuencia, el trauma. Deducimos que lo traumático, con relación al tiempo, siempre tiene un carácter de *sorpresa* (en el caso de Emma es la manifestación del “afecto de terror”), que supera las posibilidades de anticipación del sujeto. Éste falla en ubicarse en la escena uno porque “ya ocurrió” y nunca lo está completamente en la dos, porque llega tarde. Así pues, la represión no es más que la evidencia de su falta. Las resonancias de esta idea para nosotros son múltiples. Diríamos *a priori* que lo traumático y lo inconsciente comparten ese carácter de sorpresa, de precipitación. Es en la sesión analítica que esto se comprueba: en un momento de corte temporal, el sujeto es asaltado por un *lapsus* del habla, por ejemplo, motivo que justifica la pregunta de su analista: ¿quién acaba de hablar por usted ahora?<sup>52</sup>

Siempre en el examen de la temporalidad de lo traumático, podemos remontarnos a la tradición de la lingüística de Saussure que retoma Lacan para el psicoanálisis, donde subraya la oposición entre el discurso diacrónico y sincrónico. El *discurso diacrónico* es definido simplemente por la dirección lineal que el sujeto da a su discurso cuando habla (el relato de los hechos históricos ordenados cronológicamente, si nos situamos en el

---

<sup>51</sup> Miller, J.-A. (2004). “Los usos del lapso”.

<sup>52</sup> Cuestión que puede fundamentarse en la manera como Lacan<sup>52</sup> volvió a pensar el inconsciente freudiano a partir del estatuto *sujeto*. En su conferencia “Posición del inconsciente” (en Lacan, J. (2005). “Posición del inconsciente”. *Escritos II*) celebrada en el Congreso de Bonneval en el año 1960, escribe lo siguiente: “Al sujeto pues no se le habla. “Ello” habla de él (...)” (p.814). Es cierto que Freud se refirió al *subjekt* en escasísimos pasajes de su obra y aún para muchos analistas es discutible su introducción en el pensamiento psicoanalítico. Assoun (2002) concluye su “Introducción a la metapsicología freudiana” para decir que el *subjekt* es un “prejuicio necesario” en tanto “función sujeto”, categoría que trasciende a la tradición mnemónica de yo y que designa fundamentalmente un momento póstumo en la obra freudiana: las diferentes posiciones subjetivas respecto de la castración en “La escisión del yo en el proceso defensivo 1940 [1938]”. En este caso, aquí, se trata de la *spaltung* {*escisión*}: sujeto –efecto del inconsciente- dividido entre reconocimiento y denegación.

campo de la clínica), mientras que el *discurso sincrónico*, por el contrario, se caracteriza por la existencia del *significante*, que, por ahora digamos simplemente que corresponde al elemento estructural del lenguaje en su materialidad fonológica. Para precisar lo sincrónico, Lacan<sup>53</sup> toma el caso ejemplar de Schreber, para llegar a señalar que “La existencia sincrónica del significante está caracterizada suficientemente en el hablar delirante por una modificación que ya señalé, a saber que algunos de sus elementos se aíslan, se hacen más pesados, adquieren un valor, una fuerza de inercia particular, se cargan de significación, de una significación a secas”. Para Lacan, el estudio de la *lengua fundamental* de Schreber muestra cómo el significante puede erotizarse. Sin embargo, al igual que la indeterminación traumática que se juega entre causa concurrente y causa específica, no se trata de la preeminencia absoluta a una temporalidad lógica, ya que toda lógica necesita inscribirse en una línea de tiempo. En efecto, ¿Cómo puede operar el efecto retroactivo del significante si no hubo sucesión temporal, en otras palabras, si no hubo acontecimiento? La constante dialéctica del acontecimiento y de la historia es reconocida por Lacan en su discurso de Roma<sup>54</sup>: “Los acontecimientos se engendran en una historización primaria, dicho de otra manera la historia se hace en el escenario donde se la representará una vez escrita, en el fuero interno como en el fuero exterior”. Pero no vayamos demasiado lejos ahora en esta reflexión introductoria. Nos parece importante destacar cómo en *Emma* y a consecuencia del trabajo “analítico” con Freud, aparece el *efecto sujeto*: pueden llegar a aislarse ciertas representaciones del conjunto discursivo (“vestidos”; “risa”), y deducir de ellas un *ciframiento* de significación “oculta”. Traducimos entonces “mentira histórica” (*Proton pseudos*) por *ciframiento* de la significación.

### ***Trauma e inscripción psíquica***

Ya hemos visto brevemente la cuestión de *los tiempos* de lo traumático (nos oponemos a hablar *del tiempo*, ya que como hemos visto, no es el tiempo *lineal* simplemente). Ahora veamos la cuestión de *los lugares*. Debemos decir que la teoría del trauma en este “primer Freud” es fundante de sus primeras elucidaciones sobre la *memoria*. En la

---

<sup>53</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis”, p.84.

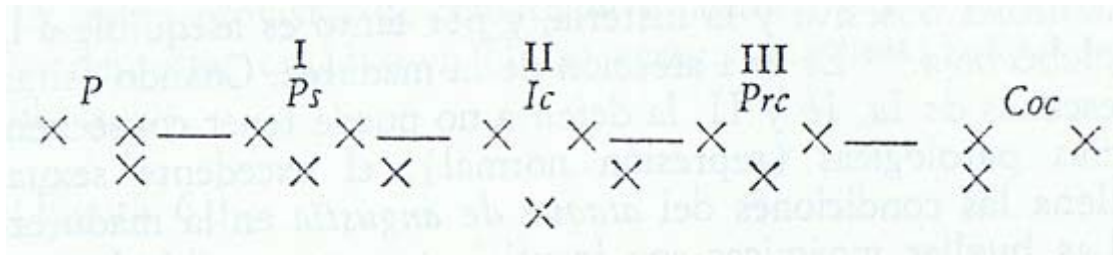
<sup>54</sup> Lacan, J. (2005). “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. *Escritos I*, p.250.

*Carta 52*<sup>55</sup> escribe a Fliess: “Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción* {*Umschrift*}. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos” (p.274). Otra manera de decir que los acontecimientos se inscriben en la memoria por sincronía; este es acaso el fundamento metapsicológico del método de la asociación libre. En efecto, las representaciones recuperables en el trabajo rememorativo se “aparean”, ya sea por homofonía, contigüidad, etc.

En este mismo texto, distingue entre conciencia y memoria “*Es que conciencia y memoria se excluyen entre sí*” (p.275), la primera adolece de cualquier transcripción {*Niederschrift*}, es representada por *P*, que “son neuronas donde se generan las percepciones a las que se anuda la conciencia, pero que en sí no conservan huella alguna de lo acontecido” (ídem). Entonces, en oposición a *P*, podemos definir una transcripción (o inscripción) como una *huella*. Digamos que una huella es un lugar reservado por donde transitará *Q*. Las tres clases de transcripciones que distingue Freud son atribuidas a los “portadores neuronales” que se deslindan de la función exclusiva de la conciencia, siendo *Ps* (signos de percepción) la *primera transcripción* de las percepciones “por completo insusceptible de conciencia y articulada según una asociación por simultaneidad” (p.275); *Ic* (inconciencia) es la *segunda transcripción* “ordenada según otros nexos, tal vez causales. Las huellas *Ic* quizás correspondan a recuerdos de conceptos, de igual modo insusceptibles de conciencia” (ídem). Por último, *Prc* (preconciencia), es la *tercera retranscripción* “ligada a la representación-palabra, correspondiente a nuestro yo oficial”.

---

<sup>55</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess 1950 [1892-99]”. Volumen I.



El esquema anterior de Freud propone gráficamente que el inconciente-memoria se ubica entre percepción y conciencia. Quiere decir que la representación se acompañó de una percepción, siendo posible la evocación perceptiva en la rememoración; el esquema muestra cómo el aparato se constituye en la delimitación topológica interior/exterior. Además, en relación con su mecánica de funcionamiento, el proceso de formación de las huellas-recuerdo es por completo diferente del *recordar*. Así, las investiduras del sistema preconciente “devienen concientes de acuerdo a ciertas reglas, y por cierto que esta conciencia-pensar secundaria es de efecto posterior *{nachträglich}* en el orden del tiempo (...)” (ídem). En esta perspectiva, el recordar no es un volver atrás cronológico, es la recuperación inesperada de una huella inconciente con efecto posterior, es decir, el destello de la significación cuando la represión se levanta. En este esquema, la represión es *defensa patológica*, es decir, fracaso de la “tendencia hacia la nivelación cuantitativa” –otra manera de decir “principio de constancia”–, en efecto, la *defensa normal* es el efecto de las diferentes transcripciones de los sistemas mnémicos que tienen como fin tramitar la excitación, siendo la represión el mecanismo psíquico que introduce un obstáculo mayor a este trabajo. Y la represión es inevitable cuando se ha producido una vivencia de seducción en la infancia, debido al despertar sexual de la pubertad, que actualiza el desprendimiento de displacer “el recuerdo se comporta en tal caso como algo actual” (p.276). Tenemos entonces que, si la “defensa normal” actúa ligando *{Bindung}* excitación, la represión se opone con un esfuerzo de desligadura *{Entbindung}* de la representación traumática: su fin es mantenerla “aislada” del resto del sistema mnémico. Sin embargo, al mismo tiempo la represión actúa como causa de las ligaduras posteriores, tiene como función empujar al aparato a producir constantemente “enlaces falsos”. Si para Freud lo inconciente calza exactamente con lo

reprimido<sup>56</sup>, se desprende que la *memoria* se reordena en torno a lo reprimido originario, es decir, la escena de seducción, y todas las transcripciones de los sistemas *Ps*,  *Ic*, y  *Prc* son “portadores neuronales” que trabajan para la represión. Acá, la represión funciona como una gran “aspiradora” o “núcleo-agujero” que atrae hacia su centro otras representaciones que puedan asociársele por contigüidad o semejanza. En “Sobre la psicoterapia de la histeria”,<sup>57</sup> Freud enseña que el material psíquico de la histeria figura como una triple estratificación; en primer lugar un *núcleo* de recuerdos en que halló lugar el momento traumático o la idea patógena, en torno a ese núcleo, se ordenaría una “muchedumbre” de un material mnémico de “increíble riqueza” (ídem). Esa “muchedumbre” de pensamientos pueden agruparse por temas y presentan entonces un triple ordenamiento: lineal cronológico, estratificados de manera concéntrica en torno a un núcleo patógeno, y en tercer lugar –el más esencial a juicio de Freud– ordenamiento según el contenido de pensamiento, “el enlace por los hilos lógicos que llegan hasta el núcleo” (p.294). Este último posee un carácter “dinámico” (las “múltiples vueltas” que puede ofrecer cada tramo de ilación) a diferencia de los dos anteriores, cuyo carácter es morfológico o estructural.

En este esquema salta la pregunta por los efectos de la represión para el devenir de la representación, donde no parece fácil decidirse entre dos alternativas: si la represión impide incluso la primera traducción o solamente las siguientes. En el último caso, la represión requeriría de una primera inscripción, siendo tal vez la excepción a esta regla la *represión originaria*<sup>58</sup>, que Freud conceptualizara ulteriormente en su obra. La teoría del trauma –la representación-recuerdo de la escena de seducción– desde esta

---

<sup>56</sup> Tanto es así, pensamos, que Freud excluye para su elaboración de lo inconciente en la clínica a las *neurosis actuales* –el “pariente pobre” de la psicopatología freudiana–, en ellas no se reconocería nada parecido a un “retorno de lo reprimido”.

<sup>57</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

<sup>58</sup> En su texto metapsicológico *La represión*, (Freud, S. (1991). “La represión (1915)”. Volumen XIV), Freud distingue la *represión primordial* de la “represión propiamente dicha”, definiéndola como un *supuesto* (una exigencia de la teoría) de una primera represión que recae sobre “la agencia representante {*Representanz*} psíquica (agencia representante-representación de la pulsión” (p.143), a la que se le deniega el acceso a lo conciente. La represión originaria es a su vez la *Primera fijación* de la pulsión a un representante psíquico.



perspectiva es el motivo de la represión, siendo su consecuencia la producción de unos *relictos* de un proceso psíquico de transcripción no llevado a cabo, debido a que su traducción provocaría automáticamente *desprendimiento de displacer*. La represión entonces actúa impidiendo el *recordar*. ¿Es el recordar análogo a una retranscripción de los materiales psíquicos? Con Freud, diríamos que *el recordar es siempre traducción de efecto posterior*. En efecto, señala Freud, que “La denegación {*Versagung*} de la traducción es aquello que clínicamente se llama “represión”. Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer (...)” (p.276). Si la traducción es la producción de una significación {*Bedeutung*}, entonces la represión es la denegación (en el sentido de impedir una operación) y al mismo tiempo transcripción –a la manera de un *relicto*- de una significación asociada a una huella “primitivamente” reprimida. Queda claro que lo que es *por recordar* es la representación de un fragmento de pieza histórica -la escena de seducción realmente vivida-. La teoría del síntoma parece guardar esta problemática en Freud: siendo construcción simbólica, que cumple con las reglas de una temporalidad *nachträglich*, mantiene en el olvido una escena de seducción realmente vivenciada. La conclusión más simple de este enunciado, es que la representación “primera” para Freud en ningún caso es “creativa”, al contrario, refleja con exactitud lo percibido.

En síntesis, para Freud, en esta primera época, *no hay trauma sin represión*, siendo la represión {esfuerzo de desalojo} aquella operación psíquica que recae sobre la representación del acontecimiento en un tiempo posterior {*nachträglich*}. En otras palabras, es posible distinguir una sincronía entre trauma-represión, no cumpliendo ellos con la simple cronología temporal antes-después, antecedente-consecuente; por el contrario, el antecedente se realiza por su consecuente. De este modo, la verdad del síntoma se juega entre las representaciones *B* y *A*, sólo que el sujeto nada sabe de eso<sup>59</sup>. Por último, *el acontecimiento es idéntico a su recuerdo*, la represión sólo opera para imponer la resistencia del acceso a *A* –la representación de la vivencia sexual cronológicamente anterior-, mediante el rodeo ya explicado, de la formación de símbolo

---

<sup>59</sup> De ese “no sabe”, que la traducción clínica lleva a un “yo no sabía”, Assoun (2002) reconoce allí una nueva racionalidad que va aparejada con la introducción del síntoma psicoanalítico, y que promueve el *entendimiento freudiano*. El sujeto es “lugarteniente” de esa verdad, “la de su propia verdad que él tan mal sabe y tan bien dice (...)” (p.383).

por sustitución de una representación por otra “inocente” y por el desplazamiento de *Q*. La hipótesis que recorrió esta primera aproximación a lo traumático, es que *la represión, y no la escena de seducción como tal, fija el trauma*.

## 1.2. La seducción: escena y teoría

El acontecimiento que devendrá traumático con *efecto retardado* siempre consiste en una *escena de seducción {Verführung}*, un atentado sexual de un adulto practicado contra un niño inocente en cuanto a la sexualidad . Se trata para Freud de una vivencia que, como ya hemos dicho, tiene carácter de realidad-objetiva y se le presenta como el último eslabón rememorativo de sus “análisis de esclarecimiento”. La conferencia que Freud pronunciada ante la *für Psychiatrie und Neurologie {Sociedad de Psiquiatría y Neurología}* en 1896, titulada “La etiología de la histeria”<sup>60</sup>, significa la primera apertura pública de sus descubrimientos sobre la histeria y en ellas comenta: “el comportamiento de los enfermos mientras reproducen estas vivencias infantiles es en todos sus aspectos inconciliable con el supuesto de que las escenas serían algo diverso de una realidad que se siente penosa y se recuerda a disgusto (...)” (p.203). El verdadero origen del síntoma histérico es la escena de seducción, tendría ésta un carácter universalizante, y hasta estereotipado (algo así como un *esquema*), es determinante “que estos traumas sexuales correspondan a la niñez temprana *{frühen Kindheit}* (el período de la vida anterior a la pubertad), y su contenido tiene que consistir en una efectiva irritación de los genitales (procesos semejantes al coito)” (p.164).

Con esta cita, Freud subraya lo *prematureo* de la vivencia sexual que explicaría definitivamente el devenir traumático de la escena, puesto que, el niño en su inocencia, antes de la *pubertad* no está en condiciones ni de reaccionar sexualmente a la escena de seducción, ni de comprender el significado de ella. ¿Qué es este *comprender* el significado de la escena? Es el retorno de *Emma*, en la escena II, al pastelero, tentativa de ir a buscar una clave, de hallar el significado *{Bedeutung}* de la escena, en el entendido que la sexualidad hace enigma en el *infans*. Para Freud ese significado es el

---

<sup>60</sup> Freud, S. (1991). “La etiología de la histeria (1896). Volumen III.

*atentado sexual*, que como representante de la escena, será lo originariamente reprimido, es decir, inscripto en lo inconciente. El primer encuentro con la sexualidad quedará memorizado como un des-encuentro, en realidad, es la sexualidad que encontró al niño. Con la *verführung*, Freud puede decir que el encuentro con la sexualidad para el pequeño humano es siempre prematuro. Dicho de otra manera: si la llegada de la sexualidad es siempre violenta, lo es por su carácter de *diferimiento temporal* más que por el hecho de venir de afuera. Este “venir de afuera” no sería más que la necesidad de Freud por darle una consistencia histórica a dicha distensión temporal, pero la clave está en que la “neurótica” nunca estará preparada para el encuentro con la sexualidad. Para Freud, la represión está en el programa de la sexualidad. El “llegó antes” de la causa específica es el mismo tiempo conclusivo del “llegó tarde” de la causa concurrente. Aquí, la sexualidad hace como el *lapsus*: es ante todo *tropiezo*, se trata de un inconciente que no responde puntualmente cuando el niño pide significación.

Para defender el carácter de realidad-objetividad de la escena, y así poder otorgar credibilidad a los abusos, Freud<sup>61</sup> apela a un criterio estadístico-descriptivo: “En los dieciocho casos sin excepción (de histeria pura, y de histeria combinada con representaciones obsesivas, seis hombres y doce mujeres), tomé noticia, como ya he consignado, de tales vivencias sexuales de la infancia” (p.206). Y para acallar las dudas sobre la veracidad de las escenas, Freud dialoga frente a la objeción de quienes no se han vuelto histéricas aún recordando éstas. Responde con el factor etiológico, son condiciones cuantitativas y cualitativas: dentro de estas últimas, por ejemplo, sobre todo la frecuencia de tales relaciones sexuales. Para las condiciones cuantitativas, son necesarios “ciertos valores de umbral” (p.209). De esta aseveración, Freud agrega al texto un comentario, una nota al pie fechada en 1924: “Todo esto es correcto, pero debe considerarse que en aquella época yo todavía no me había liberado de la sobrestimación de la realidad y el menosprecio por la fantasía” (p.203). Ahora bien, ¿qué consecuencias conlleva tomar la seducción por su valor de realidad objetiva? En primer lugar, produce un trauma igual para todos<sup>62</sup>, esto lleva a decir que “donde hubo seducción, habrá

---

<sup>61</sup> Ídem.

<sup>62</sup> Cuestión relevante para nosotros, porque con autoridad podemos decir que aún el psicoanálisis no tiene al sujeto. En efecto, el psicoanálisis se inclinará por hablarle al sujeto y *su* trauma, su “fantasía

trauma” lo que quiere decir que tendríamos un “inconsciente estático”, un “cuerpo extraño” a ser expurgado por el médico. Tal es la lógica del “recuerdo patógeno” que nos presenta Freud en sus *Estudios*<sup>63</sup>.

El problema que se le presenta a Freud en ese momento de su terapéutica es decidir hasta dónde llegar en el trabajo rememorativo, en relación con la lejanía temporal de los recuerdos; es decir, dónde se sitúa en verdad la vivencia traumática reprimida por excelencia; en consecuencia se pregunta Freud, “¿No será que es preciso seguir un trecho más por el mismo camino?, ¿No será que tras la primera escena traumática se esconde una segunda que acaso cumplirá mejor nuestras expectativas y cuya reproducción desplegará mayor efecto terapéutico (...) ¿Y no podrá ocurrir que se repita varias veces esta situación, o sea, que se intercalen muchas escenas ineficaces (...)?” (p.195). Freud se empeña hasta encontrar la “escena de genuina eficacia traumática”, el *punto nodal*, de donde convergen “las cadenas asociativas singulares”, ahí se hallarían “vivencias de las que han partido dos o más síntomas” (p.198). Como subraya De la Fabián<sup>64</sup>, la paradoja de una mera lectura cronológica es nostalgia por el encuentro imposible con un origen mítico. Sepulta la idea del encadenamiento entre las dos escenas (que en definitiva son dos “cuasi-causas”), para plantear la idea de dos tiempos presentes que se despliegan linealmente: “Suponer puros presentes lineales implica intentar pensar un primer presente desde el cual la cadena se despliega. A diferente del resto de los presentes ya encadenados, el primero tiene que ser evidente por sí mismo, autoconocer su ser. De lo contrario la cadena se torna infinita, y la búsqueda del origen siempre decepcionante. Si ya suponemos un “pre”, por qué no pensar lo “pre” de lo “pre”...” (p.iv).

---

traumática”, incluso. Un poco más allá, se puede plantear un *sujeto a trauma*. Este punto lo abordaremos con detalle cuando desarrollemos la introducción freudiana a la fantasía, junto con la justificación por una referencia al sujeto {*Subjekt*}.

<sup>63</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la historia (1893-95)”. Nada que ver con el sujeto inconsciente, profundamente comprometido en la construcción del recuerdo, como lo veremos en el próximo capítulo.

<sup>64</sup> De la Fabián, R. (1996). “Tiempo y origen. Acerca del trauma en la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan”.

La seducción para Freud, además de ser una escena, es ante todo una *teoría*. Porque, lo que Charcot intentaba explicar por la herencia, Freud lo va a buscar en la historia individual, es así como postula a la seducción como causa específica de la histeria. En efecto, la seducción en tanto teoría es la *Proton psudos*, “primera mentira histórica” que explica el origen del síntoma: la “mentira” del inconciente es elevada al rango de estructura, siendo la vivencia de seducción a su vez congratulada al estatuto lógico de *lo necesario*. La conclusión de Freud en la conferencia que estamos revisando, donde sostiene que “*Los síntomas histéricos son retoños de unos recuerdos de eficacia inconciente*” (p.210) es equivalente a decir que el síntoma es mentira histórica sobre la realidad de las escenas. Puede considerarse que la *Proton pseudos* es un primer modelo de lo inconciente en Freud, cuyo trabajo consiste en servirse de lo simbólico (la propiedad de la representación para reordenarse, formar redes, etc.) para *olvidar* una vivencia traumática. Se comporta como una maquinaria para producir “falsos enlaces”. Sin embargo, hemos visto que se revela otro aspecto del inconciente que se comporta muy distinto a esta “armonía arquitectónica”, en efecto, en relación con su naturaleza pulsionante, el inconciente se manifiesta con la violencia del atentado sexual inaceptable, propio del retorno de lo reprimido, que en términos subjetivos se experimenta con el padecimiento encerrado en el síntoma.

### **1.3. Carta 69: “Romper y reanudar”**

Escojo este título “*romper para reanudar*” que es tomado de Jean Laplanche<sup>65</sup> para figurar la *dialéctica* del movimiento de la invención del psicoanálisis por Freud. Quiere decir que el pensamiento de Freud –que calza con la naturaleza de su objeto, lo inconciente- “entraña una evolución por ciclos y crisis, a través de contradicciones cuya real significación no puede ser determinada desde un primer momento por quien se proponga, ante todo, identificarlas” (p.7). Esta dialéctica es también una “exigencia del pensamiento [*la pensée*]: que no consiste en la racionalidad de un desarrollo que se pueda jalonar cronológicamente, en una temporalidad que fuera simple progresión, acumulativa, sin fisuras, sin regresión; en suma, la temporalidad de un progreso del conocimiento” (p.34).

---

<sup>65</sup> Laplanche, J. (1987). “El inconciente y el ello”, p.32.

La *Carta 69*<sup>66</sup> es un momento de ruptura que marca una temporalidad *nachträglich* en el propio pensamiento de Freud: derrumba el edificio teórico de la represión que había construido sobre la piedra de la maduración exigida por la pubertad, para poner en su lugar otra piedra que operará como una verdadera *retranscripción*, la de la fantasía inconciente. En esta *Carta 69*, fechada el 21 de septiembre de 1897, Freud le escribe a Fliess: “(...) Y enseguida quiero confesarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi “neurótica” (p.301). Son varios los motivos que explica Freud lo llevaron a esta intelección: destacamos el argumento clínico, su “continua desilusión” de llevar al éxito sus análisis (el fracaso de encontrar siempre ese “punto nodal”); el cuestionamiento del argumento estadístico según el cual siempre hay un adulto perverso que lleva a cabo la escena de seducción, entre ellos, “mi propio padre” dice Freud, y luego, el más importante, se trata de un argumento derivado de sus investigaciones de los procesos anímicos inconcientes: “la intelección cierta de que en lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida de afecto (según esto quedaría una solución: *la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres*<sup>67</sup>)”. (p.302). Este último argumento es quizás el primer intento de Freud por situar, en coherencia con su observación e interpretación clínica, las propiedades del sistema inconciente. La *Carta 69* representa la elección de Freud entre *testimonio y verdad*, como lo expresa Assoun<sup>68</sup>. En efecto, un testimonio no creíble en cuanto a su realidad-objetiva no significa que esté exento de verdad. Incluso más: *condición del develamiento de la verdad del relato es la no credibilidad*<sup>69</sup>, cuestión que lleva a Freud a preguntarse, ¿si la histórica mente, de qué verdad se trata?

El *autoanálisis* de Freud “El paciente que principalmente me ocupa soy yo mismo” (p.301), como así lo declarara en la *Carta 67*<sup>70</sup>, es el gran detonador del derrumbe de su

---

<sup>66</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

<sup>67</sup> El subrayado es mío.

<sup>68</sup> Assoun, P.-L. (2002). “Introducción a la metapsicología freudiana”.

<sup>69</sup> Ya en este tramo de nuestro recorrido la pregunta se hace acuciante: ¿Cómo *escuchar* un relato de abuso sexual en la sesión analítica? Abordaremos este asunto en detalle en el capítulo cuarto y siguiente.

<sup>70</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

teoría del trauma en la histeria. En efecto, el descubrimiento de la acción –en sí mismo– de las pulsiones sexuales infantiles, gracias al despertar por vía asociativa de recuerdos olvidados, y la sospecha de que su propio padre hubiera sido otro perverso más involucrado en las escenas (hablar *de* escena o de *mi* escena es indiferente antes del abandono de la teoría traumática; recordemos la estereotipa y su repetición esquemática en el neurótico), lo llevan a estimar en mayor grado las fuerzas *{Drang}* de las pulsiones endógenas. La *Carta 69* es en suma la gran fractura teórica que posibilita el descubrimiento de la sexualidad infantil y sus polimorfismos, cuestión que quedará plasmada en los *Tres ensayos de teoría sexual*. En adelante y en atención a las *series complementarias*<sup>71</sup>, habrá relevo del vivenciar individual *{Erleben*<sup>72</sup>*}* solidario del trauma, en favor de lo constitucional *{Konstitutionslehre}*, el *ya estando ahí* de la sexualidad. Ahora bien, la intuición freudiana que tenemos la suerte de reencontrar “*la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres*”, ¿de qué tema de los padres se trata? Parece evidente que Freud ya comienza a pensar en la idoneidad de la tragedia edípica para tomar la “posta” de la seducción. Aquí, Freud abandona su saber *a priori* y se deja interrogar por la fantasía anudada al triángulo edípico.

En un pasaje sorprendente de su correspondencia con Fliess, en la *Carta 64*<sup>73</sup>, Freud le comunica una de sus conclusiones de su autoanálisis, que nosotros interpretamos como el “tiempo uno” del acontecimiento en suspenso, respecto de la *Carta 69*. Así relata el sueño y su interpretación:

No hace mucho soñé con unos sentimientos hipertiernos hacia Matilde [la hija mayor de Freud, que a la sazón tenía 11 años], pero ella se llamada Hella, y luego volvía a ver

---

<sup>71</sup> En los *Tres ensayos*, (Freud, S. (1991). “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”. Volumen VII), Freud se apoya en la noción de “serie complementaria” (p.219) para ilustrar las relaciones de cooperación entre los factores constitucionales y accidentales en la etiología de las neurosis.

<sup>72</sup> *Erleben* {vivenciar} y no *Erlebniss* {vivencia}, es la palabra alemana que Freud utiliza para explicar uno de los términos de la *serie complementaria* que propone en la 23ª de sus “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)”. Tal vez la *erleben* destaca el hecho de la *implicación inconsciente* de la *erlebniss*, una consecuencia de lo que fue para Freud el “abandono” de la teoría traumática.

<sup>73</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

“Hella” impreso en negrita frente a mí. Resolución: Hella se llama una sobrina norteamericana cuyo retrato hemos recibido. Matilde se podría llamar Hella, ya que no hace mucho lloró amargamente por la derrota de los griegos [En ese año tuvo lugar la guerra entre griegos y turcos, en la cual los primeros sufrieron muchas derrotas]. Se entusiasma por la mitología de la antigua Hélade y en todos los helenos ve desde luego a unos héroes. El sueño muestra naturalmente mi deseo cumplido de pillar a un padre como causante de la neurosis, y así pone término a mis dudas, que siguen agitándose” (p.295).

La *Carta 69* es en definitiva una declaración de Freud de su imposibilidad por poder llegar a las “causas últimas” de su histérica, al motivo definitivo de la represión: “todo ello me predispuso a una doble renuncia: a la solución cabal de una neurosis y al conocimiento cierto de su etiología en la infancia” (p.302). Sin embargo, Freud no renunciará por encontrar esa anhelada *causa sui*, aunque este momento capital de la obra marca su decepción de la histérica, que no entrega la verdad del asunto. No es que haya mentido a Freud, se trata más bien del encuentro con un límite a la rememoración. Tal vez la prosecución de esta *impotencia* esencial de lo consciente por gobernar enteramente lo inconsciente es lo que anticipa con la idea de un *ombligo del sueño*, enunciada años después, en su tratado sobre la psicología del *sueño*<sup>74</sup>. Quiere decir que hay un “eslabón” en lo inconsciente que no se presta al desciframiento, en otras palabras, hay un tramo de *no saber* fundamental: ese tramo o hiancia funda y produce lo inconsciente. En definitiva puede decirse que con este “ombligo del sueño”, Freud revela que el inconsciente *no dice todo*, como “ruidosamente” lo señala Serge André<sup>75</sup>.

Termina Freud su carta a Fliess no con el bochorno de tener que retroceder en el *supuesto*<sup>76</sup> teórico que le había proporcionado la *seducción*, sino frente al

---

<sup>74</sup> Freud, S. (1991). “La interpretación de los sueños (1900 [1899])”, p.132.

<sup>75</sup> André, S. (2002). “¿Qué quiere una mujer?”, p.12.

<sup>76</sup> Con todas las resonancias que tiene para nosotros la palabra *supuesto*: el *sujeto supuesto saber* en la manera que Lacan entendió la estructura de la transferencia en Lacan. Para apreciar lo capital que resulta este concepto para definir lo inconsciente a partir de su temporalidad, Miller (2004) señala que. “En la perspectiva de la transferencia, el inconsciente no es un ser, es un saber supuesto, es decir, en espera” (p.27).



presentimiento de haber dado con una pieza capital que finalmente será fundante del psicoanálisis: “¿Y si estas dudas no fuesen sino un episodio en el progreso hacia un conocimiento ulterior?” (p.302). En la perspectiva que nos entrega Lacan, Freud atraviesa la *certeza subjetiva* que le entrega la *verdad* de la escena, para arrojarse a la experiencia vertiginosa de lo inconciente como *un supuesto al saber*, aquél que hace diferir cualquier encuentro plenamente logrado entre saber y verdad. Finalmente, la *Carta 69* (Más adelante en la Obra será el turno del escrito “Más allá del principio del placer”) tiene el valor de un verdadero *acto*: en particular, a decir de Assoun,<sup>77</sup> ser el instante del “*salto mortal*”, momento de “riesgo” para el psicoanálisis, “sin el cual el saber no *actúa*”. En adelante el psicoanálisis progresará en la medida del autoanálisis de Freud, que, a la par que el horizonte fliessiano comenzaba a desvanecerse, marcará los tiempos de ruptura de su transferencia consigo mismo.

A partir de Lacan<sup>78</sup>, podemos decir que *la Carta 69 es tiempo de conclusión*, instante significativo en que la represión se levanta y le permita a Freud saber un poco más. Su enseñanza es que no se puede saber de lo reprimido sin una primera experiencia de “engaño”, siendo este engaño, precisamente, la “pegajosa” ilusión de que se sabe... De este modo Freud intuye que la solución al problema de la realidad de las escenas de seducción hay que ir a buscarla en la fantasía y al mismo tiempo abre la problemática de la sexualidad infantil. En efecto, con Freud la sexualidad del *hablante* deja de ser un hecho para transformarse en un *problema*. Aquél problema Freud intentó ceñirlo a partir del campo de la neurosis, de su *pathos* fundamental, tarea que alcanza su máxima autoría cuando se compromete en la escritura de sus historiales clínicos.

---

<sup>77</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”, p.29

<sup>78</sup> Lacan, J. (2005). “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”. *Escritos I*.

#### 1.4. De los fundamentos: notas breves del *Proyecto {Entwurf}*

##### *“Primera proposición principal”*

El *Proyecto de psicología*<sup>79</sup> puede ser considerado como un trabajo de carácter teórico que sistematiza las concepciones freudianas sobre la estructura y función de un “aparato psíquico”. Es un trabajo también de índole “especulativo”, ya que reúne las ideas principales de su intercambio epistolar con Fliess<sup>80</sup>, colección que representa un intento inédito por establecer los fundamentos científicos de las neurosis.

Este “aparato psíquico” tenía que ser concebido para resolver el problema de equilibrar la confrontación con las fuerzas externas, de excitación mecánica, y también con las fuerzas internas o endógenas. La “primera proposición principal” (p.339) con el que Freud aborda el *Proyecto*, es la concepción cuantitativa de los procesos neuronales con referencia a  $Q'n$ <sup>81</sup>. Ellos se rigen por el *principio de la inercia neuronal*, que “enuncia que las neuronas procuran aliviarse de la cantidad” (p.340). El alivio tiene que venir de los estímulos exógenos ( $Q$ ) y endógenos, que incluyen “las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad” (p.341). La descarga se traduce como placer  $\{Lust\}$ , mientras que la tensión es experimentada como displacer  $\{Unlust\}$ , la suerte del aparato se juega en mantener esa tensión lo más bajo posible, es decir, deshacerse de cualquier excedente de excitación. Sin embargo, la inercia neuronal no puede permitirse llegar hasta un nivel *ceró*, pues debe lidiar necesariamente con lo que Freud llama el *apremio*

---

<sup>79</sup> Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología (1950 [1895])”. Volumen I.

<sup>80</sup> Momento “fliessiano” del psicoanálisis que asume una entereza “especulativa”, que, en palabras de Assoun (2005): “Ésta es la “apertura” que el diálogo con Fliess hará posible: confrontarse sin reservas con el enigma de la sexualidad, con los recursos del “especular”, incluso del “fantasear”, al margen de las normas del saber universitario. Éste es el “momento faústico”, inaccesible para Breuer, que Freud habrá de asumir, en complicidad con Fliess” (p.117).

<sup>81</sup>  $Q'n$ , en la estructura del *Proyecto*, se entiende como la cantidad de excitación endógena (“intraneuronal”).

de la vida<sup>82</sup> {*Not des Lebens*}: “tiene que admitir un acopio de  $Q'n$  para solventar las demandas de la acción específica” (p.341). En síntesis, la hipótesis cuantitativa es mantener constante  $Q'n$ , lo que significa ya un primer pronunciamiento de Freud al *principio de constancia*, inspirado en Fechner. Más adelante, Freud definitivamente trabajará con la idea de un *principio de placer* como equivalente al principio de constancia, más alejado de la fisiología fechneriana y más congruente con su concepción de las pulsiones.

Este *Not des Lebens* exige a Freud pensar en un principio distinto al solitario principio de inercia neuronal, ya que la cría humana es incapaz de subsistir sin el efectivo aprovisionamiento del objeto de la necesidad vital. Tuvo que deducir un *principio de realidad* {*Realitätsprinzip*} cuyo papel era asegurar la supervivencia del lactante, que, al contrario de pensarlo incompatible (y por ende, en conflicto) con el principio de realidad, estaba destinado al aseguramiento del primero. Esta idea Freud la conserva, más adelante en su trabajo “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico<sup>83</sup>”, donde se lee: “En verdad, la sustitución del principio del placer por el principio de realidad ni implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento” (p.228). Y un poco antes, en el mismo texto, habla de un “relevo” de un principio por otro<sup>84</sup>.

Una de las consecuencias de la introducción de un principio de realidad, es la formación de un dispositivo llamado *memoria*. Nace gracias a la acción de la atención y la conciencia, “órganos sensoriales dirigidos a ese mundo exterior” (ídem, p.225). No vamos a profundizar ahora en detallar la compleja “arquitectura neuronal” que pensó Freud para fundar la estructura de este aparato *mnémico*, sólo señalar que –y para

---

<sup>82</sup> La que más tarde –en *El Malestar en la cultura*- será nombrada por Freud con la palabra griega *ananké*, que admita la traducción por *necesidad*. (Freud, S. (1991). “El malestar en la cultura (1930 [1929])”. Volumen XXI).

<sup>83</sup> Freud, S. (1991). “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911)”. Volumen XII.

<sup>84</sup> Tal vez el conflicto freudiano no habría que buscarlo en la dimensión de los “principios”, sino en el de las representaciones, a partir de lo que Freud distinguió como “representación inconciliable”. Esta formulación no se aleja de la hipótesis freudiana, cuando se piensa en la naturaleza social de la *censura*, y más adelante, de la “conciencia moral”, en *El malestar de la cultura*.

retomar el *Proyecto*- todo su entramado se divide entre *neuronas pasaderas* {*durchlässig*} “(que no operan ninguna resistencia y no retienen nada), que sirven a la percepción” y *neuronas no pasaderas* (aquejadas de resistencia y retenedoras de  $Q'n$ ), “que son portadoras de la memoria y probablemente también de los procesos psíquicos en general”<sup>85</sup>. Toda esta “arquitectura” está concebida para descargar  $Q'n$ , de hecho, este esquema es nombrado por Freud como su “segunda proposición principal” (ídem, p.342). Así, su teoría de la memoria se sustenta en una concepción cuantitativa, lo que quiere decir que la red de representaciones mnémicas tiene como función “aplazar” la descarga y “desviarla” de la percepción alucinatoria. Se entiende que la memoria entonces es un sistema de representaciones regidas también por el principio de placer.

### ***La naturaleza del objeto***

Aunque Freud en muy escasos pasajes del *Proyecto* nombra de qué objeto se trata en la alucinación-recuerdo, vale la pena intentar cernirlo a partir de la riqueza conceptual de este escrito, porque ese esfuerzo puede arrojar luz sobre lo traumático. Este primer objeto está estrechamente emparentado con la *vivencia de satisfacción*. ¿En qué consiste ésta y cómo llega ese *Realitätprinzip* al niño? Se trata de un tiempo originario o mítico de apertura del deseo, en que, teoriza Freud, debió existir una primera tensión proveniente del interior del organismo, una primera necesidad, como por ejemplo, el hambre. Ocurre que el pequeño humano, en su prematuridad, no puede acercarse por sí mismo el objeto colmante, requiere de un *auxilio ajeno* {*Nebensmensch*} que realice la *acción específica*: “por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra sobre sí la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*; o “comunicación}, y el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los *motivos morales*” (p.362-363). Hay que tomar en detalle toda la frase, pues contiene diversidad de ideas que se rebelarán fundamentales. En primer lugar, la acción de este auxiliador –digamos que es una acción “primera”- trae aparejados algún tipo de

---

<sup>85</sup> Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología (1950 [1895])”. Volumen I, p.344. La propiedad del aparato para recibir las nuevas excitaciones y al mismo tiempo conservar la memoria de las impresiones, fue profundizada por Freud en “Nota sobre la “pizarra mágica” (1925 [1924])”. Volumen XIX.

inscripción mnémica, crea una *bahnung* (facilitación o encadenamiento), que, esto es lo más importante, crea un objeto “interno” situado en el centro de la “vivencia de satisfacción”. Ese objeto, inédito, debe tener alguna relación con el “Not<sup>86</sup>” del “Not des Lebens” que destacaba Lacan, y sobre todo, debe tener alguna relación con el estatuto de la repetición. Pero veamos lo que nos dice Freud, que este “auxilio ajeno” puede realizarlo un prójimo, del cual el niño es absolutamente dependiente. Acerca al niño el objeto de la necesidad –con lo cual introduce el desengaño, es decir, el contraste con la posibilidad de la alucinación- y sobre todo posibilita que el niño crea su primer material fonológico; en efecto, el primer berreo o grito del niño es mudo, requiere del otro para articular una palabra cuya significación {*Bedeutung*, “valor psíquico”} sea auxiliadora. Es el Otro el que porta el lenguaje para auxiliar la indefensión inicial, en otras palabras, dona de cualidad al objeto. Conexión sin igual entre la vivencia de dolor por el esfuerzo {*Drang*} de descarga con el lenguaje. Sin embargo, no todo es *verständigung* para el niño. Freud llega a decir que la escena del primer prójimo es un complejo que se divide en dos: “en una parte inasimilable {no comparable} (la cosa del mundo, *das Ding*) y una consabida para el yo por su propia experiencia (propiedad, actividad) –lo que se llama comprender-, se producen dos enlaces para la operación del lenguaje” (p.414). Por intermedio del otro, *el gritar* puede acudir la “noticia del propio gritar”, es la única manera para Freud del devenir conciente. Lacan<sup>87</sup> toma la “posta” freudiana para hacer de este encuentro mítico el pilar de su doctrina: “lo conocido del inconciente nos llega en función de palabras” (p.44).

Efectivamente Lacan fundamenta una introducción al objeto del psicoanálisis a partir del relevo que dio al texto freudiano de esta “cosa de mundo”, que es *Das ding*, ella es “la función pivote que debemos darle a algo que se encuentra en un recodo del texto [del Proyecto]” (p.74). El *Ding* consigue en Lacan ser formalizado como un elemento excluido del sujeto, fuera de la *bahnung*, de naturaleza extranjera, *Fremde*. No contiene nada de la cualidad del objeto, es digámoslo, espacio vacío en la estructura de la

---

<sup>86</sup> Lacan, en su Seminario “La ética del psicoanálisis” (Lacan, J. (2005). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”), destaca en este *Not* “La necesidad y no las necesidades. La presión, la urgencia. El estado de *Not* es el estado de urgencia de la vida” (p.61).

<sup>87</sup> Lacan, J. (2005). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”.

representación, en tanto adolece de valor psíquico {*Bedeutung*}. Es genuinamente lo primero externo al sujeto, lo que no se acomoda a su andamiaje mnémico, pues, para rememorar el objeto-deseo nunca realiza la descarga absoluta o el principio de inercia. ¿Qué consecuencias tiene la intelección de *das Ding* para la economía psíquica? Que el *Ding* por excelencia sea el objeto perdido que se busca reencontrarlo; esa búsqueda no es anárquica, responde enteramente no al objeto, sino a los caminos que el principio del placer le impone, en palabras de Lacan “El principio del placer gobierna la búsqueda del objeto y le impone sus rodeos, que conservan su distancia en relación a su fin” (p.74). Agrega Lacan que “La transferencia de la cantidad de *Vorstellung* en *Vorstellung* mantiene a cierta distancia de aquello en torno a lo cual ésta gira” (ídem.). Imaginemos una esfera que en su centro mantiene un agujero desconocido, alrededor de la cual las representaciones yerran en su encuentro. De este modo, el objeto nunca es encontrado, es siempre reencontrado, aquél “re” connota el aspecto repetitivo fundamental de la experiencia de satisfacción. La paradoja para Lacan consiste en decir que ese objeto nunca fue perdido, porque en realidad nunca se lo tuvo, es sencillamente algo “mudo”, la topología de un espacio vacío que incluso gobierna a quien lo ofrece, ese primer auxiliador, en casi todos los casos, la madre.

### ***El objeto en el neurótico***

¿Cómo se aprende a discernir la presencia de este objeto, *das Ding*, en el neurótico? En el caso de la histérica, su palabra llevaba a Freud a la confrontación con un punto de mudez, lo que él pudo llamar “núcleo de recuerdos”<sup>88</sup>, anclado en la profundidad de la memoria inconciente. Se trata de un vértice donde ni siquiera la fantasía acude como pantalla para restituir la función rememorativa. Para ilustrar este asunto, nos podemos valer del ejemplo que entrega Freud en su historial clínico de Emma von N<sup>89</sup>., “Habla como trabajosamente, en voz queda, interrumpida en ocasiones por un balbuceo

---

<sup>88</sup> En sus *Estudios sobre la histeria*, Freud, ocupado en el problema de cómo de forma la memoria, sostiene: “En primer lugar estuvieron presentes un núcleo de recuerdos (recuerdos de vivencias o de ilaciones de pensamiento) en los cuales ha culminado el momento traumático o halló su plasmación más pura la idea patógena” (p.293).

<sup>89</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

espástico que llega hasta el tartamudeo. En tanto, mantiene entrelazados los dedos de sus manos, que muestran una agitación incesante semejante a la atosis (...) se interrumpe a menudo en el habla para producir un curioso chasquido que yo no puedo imitar (...) Lo que dice es de todo punto coherente y atestigua evidentemente una formación y una inteligencia nada comunes. Por eso es tanto más extraño que cada tantos minutos se interrumpa de pronto, desfigure el rostro hasta darle una expresión de horror y de asco” (p.72). Podemos compararlo también con el *grito* de Emma en la escena de los tenderos, que consigue el mismo estatus que el berreo del niño: gesticulación fonética no destinada a la comunicación, tan sólo a la descarga del *quantum*. ¿Qué nos impide entonces conjeturar la acción de *das Ding* en aquél “núcleo de recuerdos”?

Una aproximación al objeto la encontramos en el *Manuscrito K<sup>90</sup>*, donde Freud aborda la explicación del papel de la represión en la histeria. Aquí, el trauma no consiste en la “representación inconciliable” (la representación “contraria hiperintensa” que se lee en los *Estudios*), sino en una *representación frontera* “que desde entonces subroga al recuerdo reprimido dentro del decurso del pensar” (p.269). Esta representación-frontera se ubica entre el yo conciente y el recuerdo traumático no desfigurado, y corresponde a una *laguna dentro de lo psíquico*, o como se expresa André<sup>91</sup>, algo –un agujero- al interior de la representación, “que en sí mismo no puede ser representado” (p.63), es decir, que el fenómeno primario de la histeria sería una “manifestación de terror con laguna en el psiquismo” (ídem). En efecto, abocado al problema de la elección de neurosis, en este Manuscrito Freud distingue un primer momento en la histeria como *histeria de terror*, antes de la represión propiamente tal, que consiste en una vivencia de pasividad sexual con displacer, pero que sin su correspondiente representación-palabra genera una “*exteriorización de terror con lagunas psíquicas*” (p.269).

Lacan nos señala que el grito es la primera manifestación de lo extranjero y hasta de lo hostil en el ser humano: esto quiere decir que el ser se distingue en su cualidad de tal cuando puede señalar su objeto. Hay que aclarar que la cualidad del objeto (sexual,

---

<sup>90</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.

<sup>91</sup> André, S. (2002). “¿Qué quiere una mujer?”.

hostil, etc.) no es una propiedad del objeto en cuanto tal, sino de la *vorstellung*. Y la histérica hace su experiencia de *das Ding* como fundamentalmente siendo de asco – conocemos la categoría de síntoma primario que Freud le otorgara -. A decir de Lacan<sup>92</sup>, “La conducta de la histérica, por ejemplo, tiene como objetivo recrear un estado centrado por el objeto, en tanto ese objeto, *das Ding*, es, como escribe Freud en algún lado, el soporte de una aversión. En tanto el objeto primero es objeto de una insatisfacción se ordena el *Erlebnis* específico de la histérica” (p.69). Con esta nota, Lacan agrega algo más a la idea de una simple “descarga” en el grito, para clarificar que se trata en este “reencontrar al objeto”, de escoger caminos reglados, en una escenificación<sup>93</sup>. En este sentido es más una “acción” que una mera “descarga”.

El encuentro del neurótico obsesivo con el objeto “primordial” halla un tinte distinto, aunque él también mantiene relación con esa representación-frontera. Experimenta el mismo displacer fundamental, con la diferencia que en vez del asco, su vivencia {*Erlebnis*} será la de la *prohibición*. Conocemos el caso paradigmático freudiano del *Hombre de las ratas*<sup>94</sup>, donde Freud aprovecha de articular a la vivencia del objeto el horror y el goce. En efecto, Freud, en su *Manuscrito K*<sup>95</sup>, pudo discernir como elemento patognomónico del obsesivo el prematuro encuentro sexual en la vivencia de seducción con una “demasía de placer”, que, “mal” reprimido, marca lo que será el síntoma primario del *reproche* que “retorna inalterado” (ídem, p.264) a partir de otra representación trivial. Aquí, el reproche es compulsión {*Zwang*} o repetición del afecto, lo que denuncia la hermandad de *das Ding* con la compulsión de repetición, en otras palabras: lo verdaderamente inconciliable se juega en la disyunción entre afecto y representación. Por último, Freud ordena las parejas masculino-femenino, haciéndolas

---

<sup>92</sup> Lacan, J. (2005). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”.

<sup>93</sup> Esta palabra, “escenificación”, tiene resonancias en la histeria, por ejemplo, en la “comedia de enredos” que Freud pudo discernir –parcialmente- en Dora, y que Lacan puede leer como *acting-out*: un acto con estatuto simbólico que interroga veladamente el deseo. En efecto, cuando todo apuntaba a que el objeto del deseo de Dora es el Sr. K, Freud tuvo que *a posteriori* –tras el abandono del análisis por Dora-, interrogarse más seriamente por el papel de la Sra. K. (Freud, S. (1991). “Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901])”. Volumen VII).

<sup>94</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X.

<sup>95</sup> Freud, S. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I.



coincidir con el par activo-pasivo: “[en la neurosis obsesiva] la vivencia primaria estuvo dotada de placer; fue activa (en el varoncito) o pasiva (en la niña) sin injerencia de dolor ni de asco (...)” (Ídem, p.263). En todo caso –aclara Freud-, para la histérica e inclusive para el obsesivo se juega siempre el mismo destino: una experiencia originaria “*puramente pasiva*”<sup>96</sup> (Ídem). Como si ella fuese la construcción histórica {*Historich*} que el neurótico puede hacer sobre la primera experiencia de deseo, su propio *Nebensmench*, la cual se alcanzaría sólo a condición de ceder un “pedazo” de nuestro ser –*das Ding*- al Otro.

---

<sup>96</sup> Después de todo, esta intelección iba a guiar a Freud en la interpretación que ensayara en el recuerdo infantil de Leonardo (en Freud, S. (1991). “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)”. Volumen XI).

## **2. Introducción a la sexualidad infantil en sus fundamentos de la tesis freudiana del inconsciente**

“Habitado a prestar atención a pequeños indicios (...)”<sup>97</sup>

## 2.1. ¿Por qué *es siempre* la sexualidad para Freud?

Será orientador abordar este segundo capítulo a partir de nuestra segunda hipótesis, que es la hipótesis freudiana luego que abandonara la teoría traumática, a saber, que *lo traumático para el ser humano es la sexualidad infantil*, siendo esta última, uno de los terrenos en que se afirma el síntoma y al que es reconducido el neurótico en su análisis. Sabemos también que el síntoma adquiere *compromiso* con el yo, justificando para Freud la idea pilar de *conflicto* en la vida anímica. Hay que tener en la mira la pregunta acuciante de la que se sirve Masotta en sus “Lecciones de introducción al psicoanálisis”, a saber, “¿Qué es lo que hay en el sexo que lo sexual o algo de lo sexual deba ser siempre reprimido?”<sup>98</sup>.

Ahora bien, la aproximación más directa a la sexualidad infantil es por la vía de la fantasía {*Phantasie*}, que pasaremos a examinar inmediatamente. En otras palabras, si en nuestro primer capítulo el trayecto rezaba “del síntoma al trauma”, este segundo capítulo rezaría “del síntoma a la fantasía y de allí a la sexualidad infantil”. La introducción a la sexualidad infantil es relevante también, por cuanto nuestro trabajo pretende echar luz sobre lo traumático en el abuso sexual infantil, habrá que ver entonces, de qué sexualidad se trata en la problemática clínica que queremos ceñir. Retengamos por ahora la siguiente articulación posible: trauma – sexualidad infantil – fantasía inconciente.

***Los maestros no hablan de la cosa genital {chose génitale}, sólo la nombran***

---

<sup>97</sup> Freud, S. (1991). “Escritos breves (1906-09)”. Volumen IX.

<sup>98</sup> Masotta, O. (2000). “Lecciones de introducción al psicoanálisis”, p.39.

La expresión “*la chose génitale*” procede de Charcot y es el primer encuentro de Freud con el enigma de la sexualidad que prometía ser finalmente la “anhelada” etiología de las “perturbaciones nerviosas”. Puede decirse que la sexualidad es la primera escena del psicoanálisis, sin embargo no siempre Freud tuvo la convicción sobre su vínculo con las neurosis. La sexualidad era pronunciada por sus maestros –Charcot, Breuer, Schrobak– al modo de una intuición pero excluida de la “seriedad” del saber académico. Recordemos el contexto de donde aparece esta *chose*. En “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”<sup>99</sup>, Freud cuenta cómo en la historia del nacimiento del psicoanálisis se encuentran circunstancias “colaterales” con sus primeros maestros que sólo *a posteriori* cobraron toda su importancia. Comienza por recordar una anécdota con Breuer, que vale la pena transcribir: “Un día siendo yo un joven médico de hospital, acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad; en eso le apareció un hombre que quería hablarle con urgencia. Permanecí apartado; cuando Breuer quedó libre, me comunicó, con su manera de enseñanza amistosa: ese era el marido de una paciente que le traía noticias de ella. La mujer, agregó, se comportaba en reuniones sociales de un modo tan llamativo que se la habían enviado para que la tratase por nerviosa. Son siempre *secretos de alcoba*, concluyó Breuer. Atónito, pregunté qué quería decir eso, y él me aclaró la palabra “alcoba” (“el lecho matrimonial”) porque no entendía que la cosa pudiera parecerme tan inaudita” (p.13).

Años antes de esta anécdota con Breuer, Freud rescata otro suceso parecido con Charcot, su “venerado maestro” (ídem). Cuenta una historia de la práctica médica de ese día, de una joven con un padecimiento grave y un hombre impotente, “oí que Charcot repetía, “*je vous assure, vous y arriverez*” [¡Empéñese usted, le aseguro que lo conseguirá] (...) Y Charcot pronunció de pronto, con brío, estas palabras: “*Mais dans des cas pareils c’est toujours la chose génitale, toujours... toujours... toujours!* [¡Pero en tales casos siempre es la cosa genital, siempre... siempre...siempre »]». En el instante de esa escena, “se apoderó de mí un asombro casi paralizante y me dije: Y si él lo sabe, ¿por qué nunca lo dice? Pero esa impresión se me olvidó pronto; la anatomía

---

<sup>99</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV.

cerebral y la producción experimental de parálisis histéricas habían absorbido todo mi interés” (ídem).

Por último, con Schrobak la cosa es aún más clara, porque vincula la *chose* a los ataques de angustia de una enferma, para lo cual, “me reveló que la angustia de la paciente se debía a que, no obstante estar casada desde hacía dieciocho años, era virgo intacta. El marido era absolutamente impotente (...) La única receta para enfermedad así, agregó Schrobak, nos es bien conocida, pero no podemos prescribirla. Sería *Rp. Penis normales/dosis/Repetatur!*” (p.14).

Freud termina por decir que “Los tres me habían transmitido una intelección que, en rigor, ellos mismos no poseían” (p.12). Pero, ¿por qué los maestros se limitan a nombrar la Cosa sin hablar de ella? Pregunta que desarrolla Assoun<sup>100</sup>, ubicando a la Cosa en su justo lugar “Se entiende que la Cosa sexual define al psicoanálisis. En efecto, se lo tome por donde se lo tome, lo que uno aborda es *esto*: el psicoanálisis es ocupa, trata, frecuente, aparentemente, *esto*” (p.121). Más que sólo nombrarla, había que fundar un pensamiento de la *chose*, a esa empresa Freud la llamó “psicoanálisis”, y que termina por desnudar, justamente, la división entre la *verdad* de la *chose* y lo que puede *saberse* de ella: los maestros no hablan sino de la imposibilidad muda entre el sujeto y la *chose* sexual. Freud, quien se extraña de esa mudez que también le concierne a él mismo, en cambio asume su vocación, a decir de Assoun, la de ser oficiante de la *chose*, en adelante, su objeto: “Extraños *partenaires* estos dos: el psicoanálisis, que no cesa de hablar de *ella*, y la Cosa sexual, que no cesa de hacerlo hablar” (p.121).

### ***El valor etiológico de la sexualidad: reseña histórica***

Freud abre su vigésimo primera conferencia introductoria al psicoanálisis titulada “La vida sexual de los seres humanos”<sup>101</sup>, para decir que “lo sexual es lo indecoroso, aquello de lo que no está permitido hablar” (p.277). Con ello prepara a su auditorio compuesto por psicoanalistas y legos para escuchar un tema que sabe muy bien que no genera

---

<sup>100</sup> Assoun, P.-L. (2002). “Introducción a la metapsicología freudiana”.

<sup>101</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)”. Volumen XVI.

demasiada simpatía. Más aún, su defensa de la tesis de la sexualidad le costó seguramente su amistad con Breuer y con muchos otros, en su “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”<sup>102</sup>, leemos “Frente a la mala acogida que mi tesis sobre la etiología sexual halló aún en el círculo íntimo de mis amigos –pronto se hizo el vacío en torno a mi persona- me sirvió de consuelo pensar que había empeñado batalla a favor de una idea nueva y original” (p.12).

Podemos señalar que la antesala a la tesis freudiana sobre la sexualidad corresponde al encuentro científico que tuviera con Breuer. Freud había quedado muy sorprendido, cuando, antes de su viaje a la Salpêtrière para instruirse junto al maestro Charcot, conociera al doctor Josef Breuer, quien le contara de “un caso de histeria tratado por él entre 1880 y 1882 de un modo particular, que le permitió echar una profunda mirada sobre la causación y la significatividad de los síntomas histéricos”<sup>103</sup>. Se trata indudablemente de Anna O, como la bautizara Breuer en los *Estudios sobre la histeria*<sup>104</sup>, publicación impulsada por Freud donde los autores muestran en lo esencial el procedimiento catártico que Freud ya empezaba a emplear. Este procedimiento satisfacía mucho mejor el aún incipiente “apetito de saber” de Freud sobre lo anímico inconciente en comparación con la hipnosis, ya que evidenciaba claramente el vínculo entre el síntoma y el contexto –la escena traumática- del cual había nacido. Hay que aclarar que Breuer también se sirvió de la hipnosis<sup>105</sup>, pero con un propósito más terapéutico que investigativo, en efecto, guía a Anna O. hacia los recuerdos olvidados del síntoma y así poder “liberar el afecto estrangulado”.

Decíamos que Freud se interesó rápidamente en los fragmentos que Breuer le leyera de su antiguo caso “Resultó que todos sus síntomas se remontaban a vivencias impresionantes que tuvo mientras cuidaba a su padre enfermo; vale decir, *tenían un*

---

<sup>102</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV.

<sup>103</sup> Freud, S. (1991). “Presentación autobiográfica (1925 [1924])”. Volumen XIV, p.19.

<sup>104</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

<sup>105</sup> Freud señala en su “Presentación autobiográfica (1925 [1924])” que viajó para perfeccionar su técnica hipnótica con Liébeault y Bernheim. Sin embargo, declara en varios pasajes de su obra que nunca se consideró un bien hipnotizador. El psicoanálisis –su invento- debe estarle agradecido de ello.

*sentido*<sup>106</sup> y correspondían a restos o reminiscencias de esas situaciones afectivas” (p.20). Este “sentido” {*Sinn*} del síntoma que Freud pudo inteligir va mucho más allá que la simple catarsis del afecto. Se trata para él de una conexión “simbólica” entre la ensambladura de representaciones tomadas del discurso del síntoma y una serie de representaciones de la paciente que puede declarar incluso fuera de hipnosis. Tomemos rápidamente el caso de Elisabeth von R., uno de los historiales que Freud publica en los *Estudios*<sup>107</sup>. Al igual que el caso de Anna O., trata de la historia doliente del cuidado del padre enfermo. Freud le pregunta “¿De Dónde provienen los dolores al andar, estar de pie, yacer?” (Ídem, p.165). A lo que la paciente contesta con el recuerdo de la dolorosa escena en que “*estaba de pie*” junto a una puerta cuando trajeron a casa al padre tras sufrir un ataque al corazón, y en su terror ella “*quedó de pie*” como plantificada. A este primer “terror *estando de pie*” {“*stehen*”} le seguían otros recuerdos, hasta llegar a la escena terrible en que de nuevo se quedó parada {*stehen*}, como presa de un hechizo, frente al lecho de la hermana muerta” (ídem.). Y más adelante, se descubre que se encuentra entramado al síntoma el dolor al caminar, “*gehen*”. Esta “partícula” homofónica “*ehen*” también colabora en el decir de la paciente sobre su enfermedad. Por ejemplo, se queja de su “*soledad*” {“*Alleinstehen*”} y de “sus infortunados intentos de establecer una vida familiar nueva, no cesaba de repetir que lo doliente ahí era el sentimiento de su *desvalimiento*, la sensación de “*no avanzar un paso*” (p.167).

Sin embargo, aún para Freud su tesis sobre la etiología sexual no se le había revelado, en efecto, en su “Presentación autobiográfica”<sup>108</sup> señala que “En la teoría de la catarsis no se habla mucho de sexualidad. En las historias clínicas que yo aporté a los *Estudios*, factores provenientes de la vida sexual desempeñaban cierto papel, pero casi no se los valora de otro modo que a las demás excitaciones afectivas” (p.22).

¿Qué fue lo decisivo para plasmar la certeza de Freud sobre el valor etiológico de la sexualidad? Ello estaría íntimamente emparentado con el paulatino abandono de la hipnosis y de la técnica catártica, incluso de la técnica de la “presión sobre la frente”.

---

<sup>106</sup> El subrayado es mío.

<sup>107</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

<sup>108</sup> Freud, S. (1991). “Presentación autobiográfica (1925 [1924])”. Volumen XX.

Recordemos que es Emmy von N. la primera paciente quien compele a Freud a abandonar la “presión”. Hay que imaginarse que no todas las curas eran tan “librescas”<sup>109</sup> como Freud hubiera querido, y no todas estas mujeres colaboraban tan “ciegamente” con la apuesta de Freud. Una de estas pacientes “difíciles” para el método, fue Emmy von N. En un pasaje de los *Estudios* se lee el diálogo con Freud, éste le replica lo siguiente: “Le doy plazo hasta mañana para recordarlo. Y hete aquí que me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y estotro, sino dejarla contar lo que tiene que decirme” (p.84).

Si ya para Freud lo esencial para la etiología de la histeria en aquella época era la “representación inconciliable”<sup>110</sup> el abandono definitivo de la hipnosis y del método catártico, a favor de la “asociación libre” iban a reforzar su idea de la prueba más *real* de la existencia de lo inconciente: su *resistencia* a dejarse entender. Pero, ¿Cuál es el terreno que el neurótico no quiere andar, de qué trata su “resistencia”? tiene que haber acudido a Freud el recuerdo de la *chose* de sus maestros, Charcot, Breuer y Schrobak, que la pronunciaban para volverla a silenciar: “Lo que de ellas escuché permaneció dormido en mí sin producir efecto alguno, hasta que se abrió paso, como un conocimiento en apariencia original, en oportunidad de las indagaciones catárticas”<sup>111</sup>. Además, le había vuelto a la memoria la descripción del historial de Anna O, donde Breuer apunta en ella que “lo sexual se encontraba asombrosamente no desarrollado en ella” (ídem, p.22). Pero, ¿Qué quería decir Breuer exactamente? Y después, lo que nunca comprendió Freud, por qué Breuer no hizo públicos sus descubrimientos de tanta trascendencia para la ciencia de su época. Es que el tratamiento con Anna O. tuvo un desenlace indeseado para Breuer, fue sorprendido por un “*untoward event*” {“Suceso adverso”}, “Después que el trabajo catártico pareció finiquitado, sobrevino de pronto a la muchacha un estado de “amor de trasferencia”, que él omitió vincular a su

---

<sup>109</sup> Como el caso de “Katharina” incluido en los *Estudios*. El análisis del síntoma aquí se desplegó en una amena caminata por los Alpes Orientales durante las vacaciones de Freud.

<sup>110</sup> A diferencia de los “estados hipnoides”, tesis de Breuer, quien sostenía que bastaba afrontar la vivencia en el estado de disociación de conciencia para volver traumático el recuerdo, por estrangulamiento del afecto. En otras palabras, el combate entre Freud y Breuer se librara entre “histeria de defensa” versus “histeria hipnoide”.

<sup>111</sup> Freud, S. (1991). “Presentación autobiográfica (1925 [1924])”. Volumen XX, p.23.



enfermedad, por lo cual se apartó de ella estupefacto” (p.26). Queda demostrado que la transferencia, inevitable y herramienta fundamental del trabajo analítico era el terreno donde se actualizaba la sexualidad infantil, en efecto, la transferencia, tierna u hostil “me ha parecido siempre la prueba más incontestable de que las fuerzas impulsoras de la neurosis tienen su origen en la vida sexual<sup>112</sup>”.

En este punto “aventurado” de su investigación, Freud ya se había enemistado de Breuer, en adelante, será Fliess su exclusivo *partenaire* en el paso decisivo para descubrir la sexualidad infantil. En sus cartas, avanza para proponer dividir la psicopatología de las neurosis en dos vertientes, pero siempre el factor sexual será el decisivo: las *neurosis actuales* y las *psiconeurosis*. Nuestra idea no es detenernos en los problemas psicopatológicos que tuvo que enfrentar Freud para ordenar y reacomodar las neurosis, sólo apuntar que la etiología específica de la histeria iba a ser el trauma de una escena de seducción infantil, sus dudas sobre la realidad de dichas escenas y su intuición de que pudieran tratarse de “fantasías”. Como señala Assoun<sup>113</sup>, “Aquí, la palabra clave es la que designa el registro de la fantasía como así la especie de torsión temporal que hace que el recuerdo se constituya con posterioridad. Lo “originario” es aquí una construcción de la fantasía. Esto no significa que la realidad (en el sentido corriente) no se tome en cuenta: pero sólo es accesible a través de esta rememoración de la fantasía, así como también por los síntomas ulteriores que constituyen una forma de memoria inconsciente, a la manera de “reminiscencias””.

Finalmente, podríamos decir que uno de los momentos más “brillantes” de la comunicación de su autoanálisis con Fliess –aparte de la *Carta 69*, que ya hemos comentado en el capítulo anterior- tiene que haber sido cuando le confiesa su intuición sobre el profundo alcance del drama de *Edipo Rey* para el ser humano. En la *Carta 71* leemos: “la saga griega captura una compulsión que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez un germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la

---

<sup>112</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV, p.12.

<sup>113</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”, p.126.

realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} que divorcia a su estado infantil de su estado actual<sup>114</sup>”. Fliess parecía mejor autorizado que Breuer para escuchar semejante comunicación. Así, la seducción de la “neurótica” se renueva para revelarse construcción fantasmática {*Phantasie*} que *encubre* el deseo por el padre edípico. En adelante, Freud le otorga estatuto de universalidad al deseo y a su interlocutor, el neurótico que es el pequeño Edipo.

### ***La sexualidad infantil y el “niño de la sexualidad perversa polimorfa”***

En el artículo que lleva por título “*El esclarecimiento sexual del niño*”<sup>115</sup>, Freud se decide por socializar a la comunidad médica uno de los temas de mayor importancia y controversia de su época, a saber, que *el niño es un ser habitado por la sexualidad*, “el niño es un ser completo en el orden del amor, exceptuada la aptitud para la reproducción” (p.117). Con este enunciado, Freud objeta públicamente sus propios puntos de vista cuando postulaba su teoría traumática. Posteriormente y gracias principalmente al análisis del *pequeño Hans*<sup>116</sup>, Freud puede corroborar sustentado en la experiencia psicoanalítica, lo que ya podía teorizar acerca del gobierno de la pulsión sexual en el niño<sup>117</sup>. Para entender el alcance de la sexualidad infantil en Freud, es necesario que nos remitamos brevemente a los *Tres ensayos de teoría sexual*<sup>118</sup>.

Strachey, en su nota introductoria a los *Tres ensayos*, no duda en catalogar este texto, junto con *La interpretación de los sueños*, dentro de “las más trascendentales y originales contribuciones de Freud al conocimiento de lo humano” (p.112). En efecto, las reiteradas aclaraciones y agregados complementarios que hiciera Freud al texto

---

<sup>114</sup> Freud, S. (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I, p.307.

<sup>115</sup> Freud, S. (1991). “El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst) (1907)”. Volumen IX.

<sup>116</sup> Freud, S. (1991). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)”. Volumen X.

<sup>117</sup> En los mismos términos de la escena de seducción, para que ésta sea efectiva requiere de un *sujeto seducible* que, como apunta Assoun (2005) en sus “Fundamentos del psicoanálisis”, se trata de “la capacidad del sujeto de ser “afectado” en el plano libidinal” (p.129).

<sup>118</sup> Freud, S. (1991). “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”. Volumen VII.

demuestran el reconocimiento del propio autor a esta obra en cuando a su destino: la de ser uno de los pilares de la doctrina psicoanalítica.

¿Qué es una *sexualidad infantil*? Si hay una sexualidad en el niño, es claro, como declara Freud, esta es excluyente de la función de la reproducción. Entonces, primera cuestión: la sexualidad infantil *descentra* y en todo caso no tiene nada que ver con una sexualidad entendida como función vital. La clave en Freud para entender de qué se trata esta sexualidad infantil, es el término de *desviación*, como él señala en varios pasajes de todo su estudio, y refiere a la idea fundamental de la constitución de la *pulsión sexual*, donde siempre se hallan un *objeto* y una *meta*, los cuales pueden sufrir una variedad de permutaciones respecto de su destino “normal”. En un sentido clínico, llama *perversiones* a toda la variedad de estas desviaciones. Ejemplo *princeps* de desviación en cuanto al objeto, es la *inversión*, es decir, hombres o mujeres que toman como objeto sexual a otro del mismo sexo<sup>119</sup>, mientras que ejemplo de desviación en cuanto a la meta, señala al *fetichismo*. Si la meta sexual “normal” es “el acto que se designa como coito y que lleva al alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual (...)” (p.136), entonces el fetichismo puede ser considerado como una perversión en que el objeto sexual es sustituido por otro “inapropiado”, pero con el fin último de desviar la meta sexual “normal”. Nosotros destacamos la conceptualización sobre lo patológico que hace Freud, esta condición se halla cuando la *fijación* de la pulsión al objeto fetiche (el pie, los cabellos o una prenda de vestir de la persona amada, según el privilegio que otorga Freud a estos sustitutos) halla exclusividad para alcanzar la satisfacción sexual, es decir, cuando este “pasa a ser un objeto sexual por sí mismo” (p.140). En todos los casos de fetichismo, se cumple una

---

<sup>119</sup> Ocasión prácticamente inédita en Freud de introducir el *Subjekt*. En una extensa nota al pie en los *Tres ensayos*, concluye que “Debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión según que se haya invertido el carácter sexual del *objeto* o el del *sujeto*” (p.132). Este último tipo es por lejos el más fundamental, ya que no sólo se consume un cambio de objeto –en este caso, el *partenaire* sexual-, sino sobre todo se asiste a una “permutación” de la posición subjetiva, vía identificación con la mujer. Tal como señala Ferenczi, se trata de un *homoerotismo en cuanto al sujeto*, es decir, aquél “que se siente mujer y se comporta como tal” (p.133). Las intelecciones de Ferenczi habían sido agregadas por Freud al artículo en 1920, por considerarlas un aporte para el problema de la homosexualidad, escasamente esclarecido en esa época.

*sobrestimación sexual* del objeto, cuestión que parece ser común, por ejemplo, en estados de enamoramiento en que la meta sexual es inalcanzable. Con la ayuda del fetiche, se abandona la meta sexual en favor del objeto y se comporta, respecto de las coordenadas que entrega la función de la reproducción, como un órgano genital. En esto, el objeto fetiche coincide enteramente con la *zona erógena*, es decir, según la definición de Freud, aquél órgano del cuerpo, como la cavidad bucal o la abertura anal, que brinda excitación sexual semejante en comparación con el aparato genital.

Cuando Freud enuncia su fórmula para la neurosis, que reza “*la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión*” (p.150), está queriendo decir que la contracara del síntoma neurótico, incluso su fundamento, es la existencia de la perversión entendida como la desviación fundamental inherente a la sexualidad humana de los componentes de la pulsión sexual, objeto y meta. En otras palabras, el neurótico es alguien que sufre su propia perversión-reversión, y ésta, Freud pudo hallarla en el *teatro privado* de la fantasía inconciente<sup>120</sup>. Pensemos en Anna O. y cómo el valor erógeno de su brazo derecho subvierte su función, en adelante servirá a los intereses de la pulsión sexual, será un *brazo de la pulsión*, por así decir, uno de los componentes de su circuito.

Si enunciamos otra fórmula freudiana, podremos examinar lo infantil en este breve ensayo sobre la sexualidad. Dice Freud que “*los neuróticos han conservado el estado infantil de su sexualidad o han sido remitidos a él*” (p.156). Con esta fórmula Freud estará en condiciones de abrir el segundo capítulo de los *Tres ensayos*, consagrado a la sexualidad infantil. Comienza su reflexión apuntando el hecho notable del “descuido de lo infantil” por el privilegio de la herencia (“la vida de los antepasados”), en los intentos de la ciencia por colegir respuestas a lo humano. En primer término, para explicarse esta *omisión*, Freud argumenta la frecuente *amnesia infantil* en el propio adulto, hecho más asombroso todavía, cuanto no es posible explicar semejante olvido por razones

---

<sup>120</sup> Para el Freud que escribió “La escisión del yo en el proceso defensivo (1940 [1938])” esta afirmación podría aparecer como un contrasentido, porque en ese artículo introduce una diferencia de estructura entre neurosis y perversión. Sin embargo, la vigencia de los *Tres ensayos* se renueva con aquél avance en la teoría freudiana, porque hace posible distinguir entre estructura –posición subjetiva frente a la percepción de la castración- y la perversión como contenido o guión en el fantasma del neurótico. Desarrollaremos con mayor atención este importante punto en el capítulo cuarto.

cognitivas. Entonces, sexualidad y amnesia infantil corren por el mismo carril, su gran articulador será la *repression*, que en ningún modo es meramente una abstracción metapsicológica, sino sobre todo se descubre por sus efectos, en este caso, de las lagunas del recuerdo del neurótico.

La sexualidad infantil, como constructo, representa la descomposición de la pulsión sexual, toda la serie de desviaciones que hemos visto, y además su alejamiento de todo lo que es del orden de la *necesidad*. Valiéndonos, como Freud, del modelo del *chupeteo* o del “mamar con fruición”, diremos que la sexualidad se apuntala *{anlehnen}* en la función vital: *la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer –ya vivenciado, y ahora recordado–*” (p.164). No retrocede Freud en calificar el chupeteo como una práctica sexual autoerótica, pues consiste en que “la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio” (p.165). Al comienzo de la vida, satisfacción y necesidad se reúnen en el niño que realiza el acto de mamar, sólo más tarde se independizan; con ello Freud establece la radical diferencia entre la satisfacción asociada a la zona erógena y el órgano que sirve a la alimentación. El ser humano, cautivo de esta primera huella de satisfacción, no podrá menos que repetir su encuentro, se dirá para sí mismo “Lástima que no pueda besarme a mí mismo” (p.165). Freud es radical: “Ya el beso merece el nombre de acto perverso, pues consiste en la unión de dos zonas bucales erógenas en lugar de los dos genitales”<sup>121</sup>. Desde la perspectiva de la sexualidad infantil, ¿qué es un adulto entonces?, nos autorizamos para decir que un *adulto* es un ser que logró olvidar su sexualidad infantil a cambio de proveerse para sí mismo la misma satisfacción *{befriedigung}*, ahora en lo inconciente.

En los *Tres ensayos*, la teoría de la seducción abandona el privilegio de ser la causa de la neurosis, el *caput Nili* {Origen del Nilo}<sup>122</sup>, como declarara públicamente Freud, quedará abandonada a una condición de ser sólo una “influencia” de los adultos, ya que el niño, lo decisivo en él, es que ya trae la *disposición perversa polimorfa*, o sea, la disposición a practicar “todas las transgresiones posibles”<sup>123</sup>. Ahora bien, Freud

---

<sup>121</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)”. Volumen XVI, p.293.

<sup>122</sup> Freud, S. (1991). “La etiología de la histeria (1896)”. Volumen III.

<sup>123</sup> Freud, S. (1991). “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”. Volumen VII, p.173.

distingue en su 21º conferencia, titulada “Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”<sup>124</sup> la *sexualidad perversa* de la *sexualidad infantil*; mientras que la primera “está, por regla, notablemente centrada; todas las acciones presionan hacia una meta – casi siempre única- y una pulsión parcial tiene la primacía (...)” (p.294), mientras que la “sexualidad infantil”, “carece, globalmente considerada, de semejante centramiento y organización; sus diversas pulsiones parciales tienen iguales derechos y cada una persigue por cuenta propia el logro del placer” (ídem).

La subversión freudiana respecto de la sexualidad “vulgar” –restringida a la función de la reproducción- además de su alejamiento de la estrechez de los sexólogos de la época, como Krafft-Ebing o Havellock Ellis, que se limitaban a describir la infinitud de variaciones perversas –algo así como una enciclopedia de las perversiones- para clasificarlas al margen del individuo “normal”, Freud las erige como algo propio de lo humano, presentes desde temprano en la vida sexual infantil. ¿Por qué entonces debe ser reprimida-olvidada por los adultos? Freud entrega la clave cuando dice que lo esencial es su aspecto de *desviación*: objeto y meta se separan. Retomemos la pregunta que orienta Masotta: “¿Qué es lo que hay en el sexo que lo sexual o algo de lo sexual deba ser siempre reprimido? No necesito insistir en la respuesta: de lo que el sujeto no quiere saber nada (rechazo original por donde hay inconciente) es de la estructura misma de la pulsión, la que no lo conduce a un Saber de ese objeto, puesto que por definición es lo que ella tiene de más lábil: el objeto. Y además, o simultáneamente, el sujeto nada quiere saber de eso que el Falo articula, o introduce: de que hay “corte” en lo real, fisuras, agujeros, heridas; a saber, la castración. El sujeto no quiere Saber nada del problema con respecto al Saber del objeto, que no hay “razones” para que no hay objetos que faltan, pero que estos faltan”<sup>125</sup>. Esta articulación debería llevarnos directo a la sexualidad humana entendida como *enigma* y la dificultad que tuvo el niño dar con un saber que se baste a sí mismo.

---

<sup>124</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)”. Volumen XVI.

<sup>125</sup> Masotta, O. (2000). “Lecciones de introducción al psicoanálisis”, Pp.39-40.

## *Teoría sexual infantil*

Una derivación de la pulsión sexual será para Freud la *pulsión de saber*, que se exterioriza para el niño en la investigación sexual infantil. Lo que *empuja* al niño es fundamentalmente el *enigma* de la sexualidad adulta, al modo de una *Esfinge de Tebas*<sup>126</sup>. El primer enigma al que el niño consagra su investigación, o “el primer problema de la vida” como lo expresa en su texto de 1908 “Sobre las teorías sexuales infantiles<sup>127</sup>” es la pregunta “¿de dónde vienen los niños?” (p.190). Esta pregunta es el resultado, dice Freud, del *apremio de la vida* {*Not des Lebens*}. En efecto, Freud señala que el precursor de este “grandioso problema de la vida” (ídem) es otra pregunta, movida acaso por las pulsiones egoístas despertadas por la llegada de un hermanito, que dice: “¿de dónde ha venido este hijo molesto?” (ídem), cuestión que pone en peligro el amor absoluto de los padres. En un capítulo agregado en el año 1915 por Freud a los *Tres ensayos*, titulado “la investigación sexual infantil”, puntualiza que lo que obstaculiza al niño para hallar su solución es el obstáculo de la teoría que afirma que “todas las personas poseen un genital como el suyo” (p.177). Este es el caso del varón y la primera elaboración freudiana del *complejo de castración*, que consiste en la obstinación del niño por dar crédito a la *falta* del genital masculino en la mujer. Entonces la primera y más importante teoría consiste en “*atribuir a todos los seres humanos, aún a las mujeres, un pene*, como el que el varoncito conoce en su propio cuerpo” (p.192). La mujer como tal en su diferencia, aún no existe para el niño que niega el atributo fálico. En el caso de la niña, tendría que ser diferente su teoría respecto el a diferencia sexual, pero Freud no problematiza este punto, sino hasta 1925, cuando escriba “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*<sup>128</sup>”.

---

<sup>126</sup> Recordemos las palabras del coro clamando la revelación del oráculo de Tebas: “¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: di tu oráculo!” (Sófocles, 1994, p.129) Así como el niño de la sexualidad infantil, Edipo implora el saber del oráculo, que cuando entiende es a él a quien habla, retrocede ante la verdad horrenda. Aprendemos que en el Edipo, la verdad es tragedia.

<sup>127</sup> Freud, S. (1991). “Sobre las teorías sexuales infantiles (1908)”. Volumen IX.

<sup>128</sup> Freud, S. (1991). “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925)”. Volumen XIX.

Es interesante como las otras dos teorías sexuales infantiles descubiertas por Freud se articulan en relación con la primera. Una de ellas reza que: “*Es preciso que el hijo sea evacuado como un excremento, una deposición*” (p.195), cuestión que viene a solucionar momentáneamente el problema del nacimiento. Aquí, el enigma de la sexualidad se inscribe bajo el primado del erotismo anal. Esta teoría “anal” se impone para sostener el desconocimiento de la falta del miembro viril en la mujer. Desconocimiento que es en realidad un *no querer saber*, puesto que el reconocimiento por fuerza implica una castración *por ocurrir* en el propio niño y que al comienzo la conoció sólo como *amenaza*, por supuesto, ¿cómo concebir la existencia de la *relación sexual*, y con ella la diferencia sexual, si antes no se ha reconocido la realidad de la castración?<sup>129</sup> La tercera teoría es la “*concepción sádica del coito*” (p.196), relevante para la temática del abuso sexual en la clínica. En ella nos detendremos en el capítulo cuarto de esta tesis, no obstante podemos adelantar la hipótesis que, en coherencia con la teoría sexual que comanda la investigación del niño, a saber, la teoría de la castración, es una manera que el niño encuentra para señalar la diferencia sexual entre los padres, sirviéndose del par activo-pasivo. Una última teoría que para nosotros cobrará significación *nächtraglich* a raíz de la exposición del caso clínico contemplado en esta tesis, es la teoría que elaboran los niños del hecho que los padres “estén casados”, a decir de Freud, “la concepción más frecuente que yo he hallado reza “*orinar cada uno en presencia del otro*” (p.198).

Todas estas teorías responderían a un *plus de saber* -sobre la relación sexual-, agregamos nosotros. Cada una de ellas se encuentran en el análisis del neurótico y encierran un *saber* sobre la sexualidad de la primera infancia, pero reprimido: “Aunque grotescamente falsas, cada una de ellas contiene un fragmento de la verdad, y son análogas en este aspecto a las soluciones tildadas de “geniales” que los adultos intentan para los problemas del universo cuya dificultad supera el intelecto humano” (p.192). Freud subraya la *verdad* de la acción de los componentes de la pulsión sexual. En

---

<sup>129</sup> ¿Por qué es tan difícil para el niño renunciar a su teoría de la castración, qué tipo de pérdida es la que está en juego y que se rebela tras esa pérdida? Freud encaró este punto en el caso del *Hombre de los Lobos*, que pasaremos a examinar al final de este capítulo (en Freud, S., 1991. “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914]). Volumen XVII.



efecto, si hubo un momento *histórico* en que el niño pudo concluir la falta del miembro masculino en la mujer, por lo tanto, la *realidad de la castración*, entonces ese saber tuvo que ser desalojado de la conciencia, y esa pulsión de saber originaria o bien encontrará otros sustitutos, o bien permanecerá inhibida trayendo consecuencias que ya se aprecian para el destino del adulto. Tendríamos que recurrir a una teoría de la *angustia* para completar nuestros desarrollos. Brevemente señalemos que la temporalidad propia de la angustia es el *por-venir*, que en el plano de la castración se inscribe como amenaza, siendo ésta la proximidad del objeto reprimido. Assoun desarrolla este punto en sus “Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia<sup>130</sup>”, cuando afirma que “la angustia es el síntoma de la espera”. Temporalidad distinta a la de la castración, porque hemos aprendido que la convicción de la existencia de ésta se inscribe en el niño en una temporalidad *nachträglich*, para llegar bajo el efecto de un *golpe*<sup>131</sup> de sorpresa.

## 2.2. Del trauma a la fantasía

Nuestro título escogido “Del trauma a la fantasía” indica, como señala bien Mauricio Tarrab<sup>132</sup>, una dirección, el sentido de una flecha, para abordar la pregunta “¿De dónde viene la flecha?”. Esa dirección no significa dejar atrás al “viejo” trauma de la seducción en su perspectiva etiológica, antes bien, será urgente para Freud renovar su sentido. La fantasía fue la alternativa que podía mantenerse fiel a la *verdad* que su trabajo clínico le revelaba, aunque significaba “pisar un terreno” bastante más incierto que la seguridad que podía encontrar en el realismo de la escena de seducción: “el análisis había llevado por un camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles, y hete aquí que no eran verdaderos. Era perderle apoyo en la realidad. En ese momento, con gusto habría dejado yo todo el trabajo en la estacada, como hizo mi ilustre predecesor Breuer en ocasión de su indeseado descubrimiento. Quizá perseveraré porque no tenía la opción de principiar otra cosa. Y por fin atiné a reflexionar que uno no tiene

---

<sup>130</sup> Assoun, P.-L. (2003). “Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia”, p.23.

<sup>131</sup> En el capítulo siguiente podrá rebelársenos la importancia para lo traumático de este “golpe”, que se articula con la *repetición*.

<sup>132</sup> En su Seminario dictado en la Asociación Lacaniana de Psicoanálisis de Chile, el 26 de septiembre del 2009, titulado “Del inconciente al síntoma”.

el derecho de acobardarse cuando sus expectativas no se cumplen, sino que es preciso revisar estas”<sup>133</sup>.

### *Anna O. y las phantasien*<sup>134</sup>

Es en el historial breueriano de Anna O. donde la fantasía –en el sentido que el psicoanálisis la entiende- encuentra su “escena originaria”. Recordemos brevemente el caso. En efecto, en la comunicación que ensaya Breuer en los *Estudios*<sup>135</sup>, señala que todo el trayecto de la enfermedad se realizó bajo dos estados alternantes de conciencia “el primario, en el cual la paciente era por entero normal psíquicamente, y el estado segundo, que bien podemos comparar con el sueño por su riqueza de fantasías y alucinaciones, por las grandes lagunas que presentaba su recuerdo, y por el hecho de que sus ocurrencias carecían de inhibición y de control. En ese estado segundo, la paciente era alienada” (p.68).

Como signo predisponente de la enfermedad, Breuer alude en Anna O. el cultivo de unos “sueños diurnos”, los que ella llamaba su *teatro privado*: “mientras todos la creían presente, revivía en su espíritu unos cuentos” (p.47-48). Breuer al principio del relato hace poquísimas alusiones a estas fantasías diurnas, y en lo esencial su valor está dado por la disposición patógena que les confiere. Lo que realmente le interesaba a Breuer eran las reproducciones mnémicas que Anna O. pudiera recordar sólo bajo hipnosis, es decir, según su tesis, en idéntico estado psíquico en que se produjo el vivenciar traumático, con el fin de desahogar el afecto. Sin embargo, cuando presta atención a estas “historias” forjadas en estado de *ausencia*, se da cuenta que todas son de un tinte “tristísimo”, “las más de las veces, su punto de partida o su argumento era la situación de una muchacha sentada ante el lecho de un enfermo y presa de angustia” (p.54). Terminaba de contar su relato a Breuer, y despertaba sosegada {*gehäglich*}. En las

---

<sup>133</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV, p.17.

<sup>134</sup> Según Laplanche y Pontalis (1996), “Lo que Freud denomina *Phantasien* son ante todo los sueños diurnos, escenas, episodios, novelas, ficciones que el sujeto forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia” (p.140).

<sup>135</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

primeras históricas del psicoanálisis (léase también por ejemplo el caso de Freud, Elisabeth von R.) siempre se trataba de lo mismo: la sobrecogedora imagen de la hija al cuidado del padre moribundo, aquí se desencadenaba la enfermedad. El ingenio terapéutico de Breuer consiste en adoptar en adelante el siguiente proceder, “yo acudía al anochecer, cuando la sabía dentro de su hipnosis, y le quitaba todo el acopio de fantasmas {*Phantasme*} que ella había acumulado desde mi última visita” (p.54). A través de señalarle a Anna O. alguna palabra inductora, se trataba, para Breuer, de un “método de “producción de historias””, como indica Assoun<sup>136</sup>. Este “declarar” bajo hipnosis, la propia Anna O. lo bautiza como *talking cure* {cura de conversación}. De lo que Breuer no se enteró, es que a partir del hecho, constatado por él mismo, que Anna O. se negaba a reproducir sus “fantasmas” con otro médico, él mismo era convocado a participar, ahora en lo actual, de la escena del cuidador en el lecho de la enferma, una reproducción *actuada*, por decir así, de la escena patógena... sólo que ahora es Anna O. La que se identifica con un padre moribundo. Prueba que para Ana O. no e posible faltar al deseo del Otro.

Tal vez la mayor contribución de Breuer al psicoanálisis será la asociación que establece entre *síntoma e historia*, mérito que es reconocido por Freud en un pasaje de sus “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, allí escribe que “Lo más valioso que aprendimos de la observación de Breuer fueron las noticias acerca de los nexos entre los síntomas y las vivencias patógenas o traumas psíquicos (...)”<sup>137</sup>. Nosotros agregamos también la importante intelección del *método* de tratamiento, que es la *wegerzählen* o la remoción por vía del relato de los síntomas<sup>138</sup>. Hecho formidable que es fundamento del psicoanálisis: el nexo enigmático entre síntoma y *decir*. ¿Cuál es el alcance de esta *wegerzählen*? Nos atraen dos pistas. Primero, reparamos en el hecho que sólo Breuer cuenta para Anna O. en su “sosiego” –cuenta la presencia de Breuer *in situ*-, ningún otro médico puede ayudarla en ese propósito; de este hecho clínico desprendemos los primeros indicios de la *trasferencia* analítica. *Hablar con Breuer* sintetiza la primera transferencia “pre-analítica”, o la primera transferencia en la (pre)historia del

---

<sup>136</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”, p.110.

<sup>137</sup> Freud, S. (1991). “Cinco conferencias sobre psicoanálisis (1910 [1909])”. Volumen XI, p.23.

<sup>138</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II, p.59.

psicoanálisis, si se quiere. En una carta a Stefan Zweig, fechada el 2 de Junio de 1932 escribe Freud: “El día en que todos los síntomas estaban dominados, se lo llamó [a Breuer] durante la noche para que la asistiera y la encontró en un estado de confusión mental, mientras se retorció con dolores en el bajo vientre. Cuando la interrogó acerca de lo que pasaba, ella respondió: “Es el niño que espero del Dr. Breuer que llega (...) Breuer en ese momento tenía en las manos las llaves que le habrían abierto el camino hacia las Madres, pero las deja caer. A pesar de sus grandes facultades intelectuales, no había nada de fáustico en él”<sup>139</sup>. En palabras de Assoun<sup>140</sup>, *Las Madres* es una alusión al *Segundo Fausto* de Goethe, siendo éstas los principios misteriosos que contienen los principios matriciales de las cosas. Una segunda pista que queremos destacar, se refiere al hecho que ese “hablar con Breuer” mantendría el propósito de *recordar* bajo hipnosis lo olvidado en el estado de conciencia normal. De *qué es lo que se dice* en esta particular relación médico-paciente comenzaba a cautivar el “apetito de saber” de Freud en toda la época de los *Estudios*, más aún cuando Breuer se aleja de él, tendría la libertad para plantear la inédita hipótesis de la escena de seducción como *evento sui* en las neurosis, porque, ¿Qué representa finalmente la escena de seducción sino el (des)encuentro originario con la sexualidad en tanto ajenedad radical, que la transferencia se encarga de reeditar como demanda imposible de amor?

Diremos finalmente que si Breuer huyó de la transferencia que Anna O. le planteaba –no quiso saber nada con *ser padre*- Freud, por el contrario, toma esa “llave” para ir directamente al secreto de la histeria. Enigma que pudo resolver provisionalmente con la teoría traumática de una sexualidad prematura que llamó teoría de la seducción, al menos, eso era lo que sus histéricas podían rememorar. Sin más, ahora comprendemos que la función de la teoría traumática era responder al apremio de Freud y de sus propias histéricas por dar solución al enigma sobre la sexualidad infantil. Sin embargo, la paradoja es que la teoría de la seducción adolecía de un *exceso de sentido*, corría el riesgo de transformarse en una “cosmovisión”: se trataba de extraer el saber del médico del cuerpo doliente de la histérica. Freud mismo no deja de repetírnoslo (y de

---

<sup>139</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”, p.113-14.

<sup>140</sup> Ídem.

repetírselo), su llamado es a “desconfiar si alguien les ofrece ya desde el comienzo de sus observaciones una teoría redonda y sin lagunas”<sup>141</sup>.

### *Fantasia de seducción*

¿Cómo interviene la sexualidad infantil en la teoría de las neurosis una vez que Freud ya cuenta con los *Tres ensayos*? Será la *fantasia {Phantasie}* la producción psíquica encargada de otorgar aseguramiento velado a la sexualidad infantil y no el recuerdo “inerte” de una escena de seducción<sup>142</sup>. Freud enuncia su itinerario: “Hemos pasado inadvertidamente del problema de la causación de las psiconeurosis al de su naturaleza”<sup>143</sup>.

En “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”<sup>144</sup>, Freud realiza el primer pronunciamiento científico acerca del valor que otorga a las fantasías. Se decide por hablar de *fantasías de seducción {Verführungsphantasien}*: “El material todavía limitado de entonces me había aportado, por azar, un número desproporcionadamente grande de casos en que la seducción por adultos u otros niños mayores desempeñaba el papel principal en la historia infantil. Sobrestimé la frecuencia de estos sucesos (los cuales, por otra parte, no pueden ponerse en duda), tanto más cuanto que a la sazón yo no sabía distinguir con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de la infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas

---

<sup>141</sup> Freud, S. (1991). “Cinco conferencias sobre psicoanálisis (1910 [1909])”. Volumen XI, p.17.

<sup>142</sup> Aseguramiento sobre todo a la existencia del principio del placer, por cuanto podemos leer, en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911)” que “Al establecerse el principio de realidad, una clase de actividad del pensar se escindió; ella se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer. Es el *fantasear*, que empieza ya con el juego de los niños y más tarde, proseguido como *sueños diurnos*, abandona el apuntalamiento en objetos reales” (Pp.226-7). En efecto, Freud designa a las fantasías con la metáfora de un “parque” al interior de la vida psíquica, queriendo decir que ellas serían unos “relictos” de procesos anímicos inconcientes.

<sup>143</sup> Freud, S. (1991). “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis (1906 [1905])”. Volumen VII.

<sup>144</sup> Ídem.

como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil)” (p.265-6). No se trataba para Freud de desacreditar las “mentiras” de su histérica –“bellas” creaciones de la fantasía-, sino de afirmar lo que había de verdadero tras la “pantalla” de la fantasía, en particular, de la fantasía de seducción.

Digamos que Freud desplaza la sexualidad como *ajenidad* absoluta bajo el modo de un ataque sexual cautivo de una escena de seducción, a todas las des-vías-iones que el sujeto encuentra para hallar satisfacción sexual, en otras, palabras, la sexualidad freudiana trata del modo que el sujeto *hace* con la pulsión sexual. En todo caso, si la histérica fantasea con la seducción, estará queriendo ejemplificar el modo como la sexualidad la encuentra como padecimiento. A partir de allí, la sexualidad será *extraña interioridad*; “extraña” porque el sujeto la recibe siempre con la *pasividad de lo prematuro* –a veces con violencia-, pero a costas de ser él mismo encontrado por el atentado, es lo que él encuentra del *deseo* como *Fremde*, extranjero o ajeno. “Interioridad” que el sujeto en adelante le será señalada por el signo ineludible de la angustia como “extraña sensación de sí”. La fantasía de seducción habla de cómo la sexualidad no es sólo autoerotismo, en el hablante es intervenida por el Otro que hace trauma en el sujeto, tal como lo comenta Assoun<sup>145</sup>: “Seducir (*verführen*) es desviar (*verleiten*) a alguien, llevarlo a hacer algo que, en rigor, no quiere hacer: la seducción (*Verführung*) es, pues, el acto de desvío del otro” (p.123). La seducción como programa que marca la alteridad de la sexualidad es afirmada por Harari<sup>146</sup>, quien subraya la dimensión de oblatividad de su intercambio, efectivamente, la fantasía de seducción es la inscripción de la primera demanda materna, bajo el aspecto del “dame algo que es tuyo” (196), que Freud trabajara en la dialéctica fálica (la equivalencia simbólica pene = heces = regalo) de la demanda en el enigma del deseo de la madre que el niño a su vez recibe como demanda de amor.

---

<sup>145</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”.

<sup>146</sup> Harari, R. (1993). “El seminario “La angustia” de Lacan: Una introducción”.

Freud reabre la problemática de los recuerdos de seducción infantil en su estudio sobre *Leonardo*<sup>147</sup>, que visto retrospectivamente, es verdaderamente una antesala de la interpretación freudiana al sueño del *Hombre de los lobos*<sup>148</sup>, donde se decide por otorgarle a las fantasías de seducción el estatuto estructural de fantasía originaria. En aquél estudio, se encuentran los títulos de una fantasía originaria de seducción... por la madre de Leonardo. Opta por darle a este recuerdo un estatuto de fantasía, argumentando que su contenido es en sí inverosímil -es imposible que haya ocurrido en la realidad-, y agrega que los recuerdos infantiles no repiten la vivencia, sino que son *falseados*, “puestos al servicio de tendencias más tardías, en una época posterior”<sup>149</sup>. En conclusión el recuerdo de Leonardo es un *fantaseo retrospectivo*, es decir, “una fantasía que él formó más tarde y trasladó a su infancia” (p.77). Se comprueba el inequívoco carácter retrospectivo de la fantasía: la vivencia pertenece a un pasado inefable siendo la fantasía el *relato* “vivo” y singular del mero acontecimiento. La convicción de Freud es que en el relato se cierne el deseo.

### ***La fantasía en el síntoma neurótico y en la psicosis***

Ahora, es la fantasía, “espejismo mnémico” la pieza clave del síntoma, que se intercala entre ésta y la supuesta vivencia infantil. Si el síntoma es la *práctica sexual del neurótico*, éste no puede ser otra cosa que una satisfacción {*Befriedigung*} inconciente figurada en la construcción singular de la fantasía, en otras palabras, ella sostiene la promesa para el sujeto del *reencuentro* con el objeto de la pulsión. ¿Por qué satisfacción *inconciente*? Para ser breves, diremos que el síntoma en tanto formación de compromiso entre la fantasía y el yo es un *goce* que se padece, al contrario de la fantasía que es una escenificación donde el sujeto halla un trato directo pero velado con el objeto. En otras palabras, si el síntoma se define fenomenológicamente como sufrimiento, en la fantasía el sujeto resguarda su placer. La fantasía se vuelve displacentera cuando el sujeto está a punto de confesarla o derechamente la ha confesado, aquí llega como vergüenza, con la sensación de haber sido descubierto en una práctica (sexual) oculta. Freud llevó aún más

---

<sup>147</sup> Freud, S. (1991). “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)”. Volumen XI.

<sup>148</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII.

<sup>149</sup> Freud, S. (1991). “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)”. Volumen XI, p.78.

lejos a la fantasía como material formador del síntoma neurótico, para trasladar ese valor incluso en la psicosis, cuando hace entrar el diario del Presidente Schreber<sup>150</sup> en la “casa del psicoanálisis”. El delirio de “emasculación” que describiera consiste fundamentalmente en transformarse en la mujer de Dios, para servir a los designios del goce. Freud interpreta que antes que el delirio se instalara definitivamente, era posible constatar en la vida anímica de Schreber la acción inconciente de una fantasía sexual que sustentaba la transferencia erótica con el Dr. Flechsig, su médico tratante y más tarde convertido en su “perseguidor”. El síntoma y –nosotros agregamos- tal vez también el delirio, se revelan “figuraciones “convertidas” {*konvertieren*} de fantasías que tienen por contenido una situación sexual” (p.270). La intelección de la fantasía no permite hacer la distinción estructural entre neurosis, psicosis y perversión; aquello es observado por ejemplo en el estudio de Laplanche y Pontalis<sup>151</sup>, donde subrayan el hecho de la insistencia de Freud por emplear el mismo término *Phantasie*, para designar tanto lo que sería fantasía conciente e inconciente: no se ve allí una diferencia de “naturaleza”, a lo sumo puede señalarse que la *Phantasie* es el “campo” privilegiado donde puede asistirse al pasaje de un sistema a otro; ambos autores se apoyan en un fragmento que se lee en los *Tres ensayos*: “Las fantasías claramente concientes de los perversos que, en circunstancias favorables, pueden transformarse en comportamientos ordenados –los temores delirantes de los paranoicos- que son proyectados sobre otros con un sentido hostil, las fantasías inconcientes de los histéricos –que el psicoanálisis descubre detrás de sus síntomas-, todas esas formaciones coinciden por su contenido hasta en los menores detalles”<sup>152</sup>. En efecto, tanto el paranoico como el neurótico extraen del perverso el contenido de sus fantasías, ahora bien, es la fantasía devenida inconciente por la represión la que entrega el material para el contenido *latente* del síntoma neurótico. En el caso del proceso delirante, la fantasía también devendría inconciente, pero por un mecanismo distinto de la represión y del retorno de lo reprimido en el síntoma: en el caso de Schreber, puede inteligirse la “vuelta hacia la persona propia”<sup>153</sup>

---

<sup>150</sup> Freud, S. (1991). “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente 1911 [1910]”. Volumen XII.

<sup>151</sup> Laplanche, J. & Pontalis, J.-B. (1969). “Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía”, p.130.

<sup>152</sup> Ídem, p.30.

<sup>153</sup> Freud, S. (1991). “Pulsiones y destinos de pulsión (1915)”. Volumen XIV.



como destino pulsional, específicamente en lo que atañe a su contenido, el trastorno del amor en odio. Así, cuando además interviene el mecanismo psíquico de la proyección – el cual se afirma en el principio de no contradicción para los contenidos inconcientes-, tenemos la siguiente permutación en el texto del delirio: “Yo no lo amo– pues yo lo odio – porque ÉL ME PERSIGUE”<sup>154</sup>.

### *Novela familiar*

Nos llama la atención la observación de Breuer cuando expresa que en Anna O. el elemento sexual se hallaba “notablemente poco desarrollado”, y en contrapartida, que “cultivaba unos sueños diurnos”. No sería sino otra manera de decir sobre el germen sexual de su “teatro privado”. El cuadro termina de “pintarse” cuando describe un padre “endiosado por ella”, para interpretar que este “teatro privado” trata de una *novela familiar*<sup>155</sup>, la que, a decir de Freud, consiste en unos *sueños diurnos* que el neurótico se provee para recuperar la magnificencia supuesta de los padres cuando todavía se era niño, dice “Para el niño pequeño, los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia” (p.219). El niño no renunciaría tan fácilmente a tales creencias y se esforzaría por sustituir a los padres reales por unos de sus fantasías, cuando los primeros se le revelan no tan poderosos como habían sido *supuestos*. En este sentido, la novela familiar es un esfuerzo del niño por cubrir un no saber sobre el origen de los padres: a la pregunta iniciática de la investigación sexual infantil “¿de dónde vienen los niños?” podría decirse que la reemplaza esta otra: ¿de dónde vienen los padres? La fantasía queda definida como una apuesta de saber sobre lo ignoto.

Respecto a su género novelesco, la fantasía es definida por Freud como “la expresión del lamento por la desaparición de esa dichosa edad” (p.220). Siendo en resumidas cuentas la fantasía *añoranza* por lo infantil, Freud subrayará el carácter de imaginarias *{Dichtung}*<sup>156</sup> de las historias forjadas en ellas, en las cuales se percibe la figura del

---

<sup>154</sup> Freud, S. (1991). “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (1911 [1910])”. Volumen XII, p.59.

<sup>155</sup> Freud, S. (1991). “La novela familiar de los neuróticos (1909 [1908])”. Volumen IX.

<sup>156</sup> Una “ficción” con vocación de *verdad*.

héroe, que no es otro que el propio niño en su lucha contra los hermanitos que amenazan su primacía: Anna O. seguramente soñaba con la predilección del padre por ella. Cuando Freud escribe: “Su majestad el Yo, el héroe de todos los sueños diurnos así como de todas las novelas”<sup>157</sup>, se capta, en su estado naciente, los primeros rudimentos de lo que poco más tarde sería la importancia de la teoría del narcisismo para el psicoanálisis. La intelección de estas “novelas”, donde la figura del héroe desempeña un soberano papel, permitiría interpretar la dimensión sublimatoria de estas fantasías: una aproximación des-sexualizada al objeto.

La importante comparación entre el “sueño diurno” y la novela, es completada por Freud a propósito de la obra de Emile Zola, “en que la persona introducida como héroe desempeña el mínimo papel activo, y más bien ve pasar, como un espectador, las hazañas y penas de los otros”<sup>158</sup>. Expresión del cambio de meta de la pulsión hacia el voyeurismo en que “el yo se limita al papel de espectador” (ídem), con lo cual alcanzaría algo del objeto, vía identificación.

### ***Sobre los recuerdos encubridores***

Comprometido con el estudio de la naturaleza de los recuerdos de la primera infancia, Freud constata la existencia de lo que llama *recuerdos encubridores* {*Deckerinnerung*}<sup>159</sup>. Éstos corresponden a uno de los resultados en torno al eje problemático memoria – fantasía – y sexualidad infantil, y en lo esencial se trata de un recuerdo sustituyente de aspecto trivial. Freud parte de un hecho de su autoanálisis: “Suelo asombrarme cuando olvido algo importante, y acaso todavía más cuando he retenido algo supuestamente indiferente” (p.297). Dentro de los fenómenos del inconsciente, los recuerdos encubridores se oponen a los *olvidos* de la memoria<sup>160</sup>, ya que al contrario de este último, el sujeto recuerda una historieta de elevada significación {*Bedeutung*} pero trivial en su contenido. Tomándose él mismo como paciente (aunque

---

<sup>157</sup> Freud, S. (1991). “El creador literario y el fantaseo (1908 [1907])”. Volumen IX, p.132.

<sup>158</sup> Ídem, p.133.

<sup>159</sup> Freud, S. (1991). “Sobre los recuerdos encubridores (1899)”. Volumen III.

<sup>160</sup> Véase, Freud, S. (1991). “Psicopatología de la vida cotidiana (1901)”. Volumen VI.

Freud oculta este hecho en el texto) escribe el siguiente recuerdo de adolescencia. Haciendo como si hablase de otro, Freud es fiel a su método: deja que ese *Otro* hable por él:

La escena me parece bastante indiferente e incomprensible su fijación. Permita usted que se la describa: Veo un prado cuadrangular, algo empinado, verde y de tupida vegetación; dentro de lo verde, muchísimas flores amarillas, evidentemente son de diente de león común. En lo alto del prado, una casa campesina, ante cuya puerta están de pie dos mujeres que conversan animadamente entre sí: la campesina, de pañuelo en la cabeza, y una niñera. En el prado juegan tres niños, uno de ellos soy yo (entre dos y tres años de edad), los otros dos mi primo, un año mayor, y mi prima, hermana de él, que tiene casi mi misma edad. Cogemos las flores amarillas y cada uno tiene en la mano un número de flores ya cogidas. El ramillete más hermoso lo tiene la niñita; pero nosotros, los varones, como obedeciendo a una consigna caemos sobre ella y le arrebatamos las flores. Ella corre llorando cuesta arriba por el prado y recibe como consuelo de la campesina un gran trozo de pan negro. Apenas nosotros lo vemos, arrojamos las flores, nos precipitamos también hacia la casa e igualmente pedimos pan. Lo recibimos también, la campesina corta el pan con un cuchillo largo. Este pan me sabe exquisito en el recuerdo; y con esto se interrumpe la escena (p.304-305).

La pregunta correcta que guía a Freud para esclarecer el real valor mnémico de este recuerdo *superfluo* dice “¿qué justifica en esta vivencia el gasto mnémico a que me ha movido?” (p.305), y luego, “Me pareció aconsejable preguntar *desde cuándo*<sup>161</sup> lo ocupaba este recuerdo” (Ídem). Por ese camino descubre que en el recuerdo se funden dos fantasías devenidas inconcientes desde su propia adolescencia. Es claro para Freud de qué modo, “es probable que la expresión lingüística procure la conexión entre el recuerdo encubridor y el encubierto” (p.312). Es por *ingenio* {*Witz*} de *lo simbólico* que puede consumarse esta operación, en efecto, Freud “atrapa con el oído”<sup>162</sup> las palabras que pueden “cambiar de carril”: En el ejemplo que nos entrega, es el caso del hilo de pensamiento *flores – desfloración*. En la estructura lingüística del recuerdo encubridor

---

<sup>161</sup> El subrayado es mío.

<sup>162</sup> La expresión es de Rabinovich, 2004 (“El inconciente lacaniano”, p.79), cuando comenta el método de Freud en el tratamiento de Miss Lucy R.

aparece con insistencia la primera representación, *flores amarillas* que, por obra de un cambio de vía, sustituye por contigüidad de oposición a otra palabra-representación, *desfloración* (es decir, “arrancar la virginidad”). La palabra-puente entre el recuerdo encubridor y el recuerdo a encubrir es *amarillo*, y representa una reminiscencia de la época de juventud en que Freud fantaseaba con casarse con una muchacha de *vestidos amarillos*. En el contexto del recuerdo encubridor, *flores* cobra el valor de una “forma metafórica {*Verblümt* “floral”}” (p.310). Con este esclarecimiento, llegamos al fin a aproximarnos a lo esencial de la *interpretación* freudiana, que como *acto de palabra* del analista desenmascara la relación de la representación “encubridora” con el deseo, en este caso, “desflorar” a la muchacha de la juventud.

Así mismo, descubrimos que los recuerdos encubridores son síntomas mnémicos formados en un tiempo posterior: “nuestro recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron, sino como han aparecido en tiempos posteriores del despertar, los recuerdos de infancia no *afloraron*, como se suele decir, sino que en ese momento fueron *formados*”<sup>163</sup> (p.315). Entonces, en el material mnémico de las impresiones infantiles que Freud examina en este texto opera el mecanismo de una retraducción a lo plástico y lo visual retroactivamente<sup>164</sup>. En conclusión, recuerdo encubridor y fantasía se distinguen tajantemente en Freud, siendo la primera formación de compromiso y creación sintomática como resultado de la represión (“espejismo mnémico”) que se sirve del ingenio {*Witz*} de lo simbólico, mientras que la segunda es siempre escenificación de un cumplimiento de deseo destinada a habitar en lo inconciente. En otras palabras, si el recuerdo encubridor, al modo de un *síntoma mnémico* es el resultado de un proceso de *formación*, la fantasía es material *formador*. Con la particularidad de que es un síntoma sin malestar; pervive como un “cuerpo extraño” que no es doloroso para el sujeto, aunque se impone a la conciencia como una curiosidad mnémica.

---

<sup>163</sup> Otra anticipación entre *construcción* y el –a decir de Lacan- *habrá sido* de la temporalidad del trauma que no es la a-temporalidad propia del inconciente.

<sup>164</sup> La otra clase de recuerdos encubridores que Freud no estudia aquí es aquél que se forma de manera regresiva, en la nota de Strachey a la *Standard Edition*, “aquel en que un recuerdo posterior sirve como pantalla ocultadora de un suceso temprano” (p.294).

En la 18ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*<sup>165</sup>, titulada “La fijación al trauma, lo inconciente”, Freud vuelve a examinar el sentido *{Sinn}* del síntoma neurótico, para llegar a plantear que en éste se distinguen dos corrientes, “su “desde dónde” y su “hacia dónde” o “para qué”, es decir, las impresiones y vivencias de las que arranca, y los propósitos a que sirve” (p.260). Realiza esta distinción principalmente para comparar cómo se presentan clínicamente la histeria y la neurosis obsesiva: sobretodo en la histeria el *desde dónde* del síntoma permanece inconciente. Es sabida su “aptitud” para el olvido, lo que Freud distinguió como amnesia infantil, a diferencia del obsesivo que recuerda, pero, por así decir, “olvidó” el afecto. Agrega que es el *hacia dónde inconciente*, es decir, la *tendencia* del síntoma, lo determinante en su formación y fijación. Y aquí se pierden las distinciones entre las dos grandes neurosis. En todo caso, si en la teoría traumática Freud privilegia el *desde dónde*, a estas alturas de su obra, pone en primer relieve el *hacia dónde*, que es ante todo la satisfacción inconciente. Un anuncio del énfasis que pondrá más tarde en el inconciente como resistencia y repetición, cuando elabora una teoría del *ello*.

### ***Fantasías originarias***

En “Recordar, repetir y reelaborar”<sup>166</sup>, Freud examina brevemente al comienzo del texto los nexos entre el recordar y el olvidar. Distingue dos grupos de recuerdos: el primer grupo contiene a su vez dos clases de fenómenos, “El olvido de impresiones, escenas, vivencias (...)”, a lo que el paciente cuando logra dar con lo olvidado refiere “En verdad lo he sabido siempre, sólo que no me pasaba por la cabeza” (p.150). Luego, agrega a este grupo a los “recuerdos encubridores”, los que al contrario de tratarse de un olvido, consisten en recuerdos “falseados”, conservándose en la memoria sólo lo trivial, el que sin embargo remite a lo más importantes de los años infantiles olvidados: “En estos no se conserva sólo algo esencial de la vida infantil, sino en verdad todo lo esencial” (ídem). El otro grupo de recuerdos que Freud distingue parece más complicado y es lo que acá nos interesa trabajar, corresponden a “procesos psíquicos que como actos

---

<sup>165</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17 [1915-17])”. Volumen XVI.

<sup>166</sup> Freud, S. (1991). “Recordar, repetir y reelaborar (1914)”. Volumen XII.

puramente internos uno puede oponer a las impresiones y vivencias –fantasías, procesos de referimiento, mociones de sentimiento, nexos- deben ser considerados separadamente en su relación con el olvidar y el recordar. Aquí sucede, con particular frecuencia, que se “recuerde” algo que nunca pudo ser “olvidado” porque en ningún tiempo se lo advirtió, nunca fue conciente (...)” (Pp.150-51). Hay que detenerse en este fragmento, porque contiene importantes anuncios de lo que Freud aún no había publicado oficialmente sobre lo que llamará *fantasías originarias* {*Urphantasies*}, pero que sin embargo ya había avanzado en su intelección porque son endosables directamente a las conclusiones teóricas del análisis que sostuvo con el *Hombre de los lobos*<sup>167</sup> -sabemos por las notas que dejó Freud del historial, que el tratamiento transcurrió entre los meses de febrero de 1910 y julio de 1914-.

En el fragmento que tomamos de “Recordar, repetir y reelaborar”, Freud asegura que es posible “recordar” en análisis una pieza de recuerdo que es ajena al vivenciar individual, que sin embargo gana la misma *realidad* que si realmente fuese algo “vivido propio”, por así decir, por eso tiene la precaución de escribir entre comillas “recordar” y “olvidar”. Estos “recuerdos” pertenecerían al patrimonio filogenético: alguna vez alguien realmente los vivenció, y por su alta significación {*Bedeutung*} para la especie humana –o más bien para la adquisición de lo inconciente- el sujeto completa las lagunas de su recordar individual con el *saber* patrimonial de los antepasados. En sus “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, Freud nos comunica que “el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad histórica”<sup>168</sup>.

¿Cuáles son estas “fantasías primordiales? Esencialmente tres, “la observación del comercio sexual entre los padres, la seducción por una persona adulta y la amenaza de castración”<sup>169</sup>. Ahora bien, Laplanche y Pontalis subrayan la conexión de estas fantasías con el punto de origen estructural que Freud buscaba, el “principio del todo”: “Fantasías

---

<sup>167</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII.

<sup>168</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17 [1915-17])”, Volumen XVI, p.338.

<sup>169</sup> Ídem, p.336.

de los orígenes: en la escena primitiva, es el origen del individuo el que se ve figurado; en las fantasías de seducción, es el origen, el surgimiento de la sexualidad; en las fantasías de castración, es el origen de la diferencia de los sexos”<sup>170</sup>.

Las fantasías originarias es el fragmento de saber que faltaba en la cadena inconciente, por eso es irrememorable: constituye una *ficción* {*Fiktion*} no en el sentido de una mentira simbólica (como puede descubrirse en la estructura del recuerdo encubridor), sino de un mito, el relato que un sujeto puede alcanzar para responder al enigma de su filiación, de su deseo y de la diferencia sexual. Es, como pudimos repasar, teoría sexual infantil, la garantía mínima que cubre la imposible afirmación del ser. A diferencia de la antigua teoría traumática, en que el neurótico vía *rememoración* podía el mismo construir una escena traumática “inocente” en el lugar donde la amnesia le había quitado la palabra, la fantasía primordial se alcanza vía *construcción*<sup>171</sup>, para atestiguar que la *verdad histórico vivencial* {*Historich*} actúa precisamente donde no ocurrió el *acontecer histórico* {*Geschichte*}: “Y así el significado de los traumas de la temprana infancia residiría en aportar a eso inconciente un material que lo protege de ser consumido por el desarrollo subsiguiente”<sup>172</sup>. Este saber inconciente no sería otra cosa que unos esquemas {*Schema*}, que Freud designa como el *núcleo del inconciente* y que “procuran la colocación de las impresiones vitales” (p.108), siendo el complejo de Edipo “el ejemplo mejor conocido de esta clase” (ídem). Este importante problema se deja ver con claridad en la clínica; en instantes en que Freud le revela al pequeño Hans su destino edípico, en un encuentro donde también estaba presente el padre, éste último le pregunta a Hans, atónito, “¿Por qué crees tú que te tengo rabia? –me interrumpió el padre en este punto-. ¿Acaso te he insultado o te he pegado alguna vez?”. “¡Oh, sí!, tú me has pegado”, lo rectificó Hans. “Eso no es verdad. ¿Cuándo pues?”. “Hoy por la mañana”, indicó el pequeño, y el padre se acordó de que Hans inopinadamente lo chocó,

---

<sup>170</sup> Laplanche, J. & Pontalis, J.-B. (1969). “Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía”, p.128.

<sup>171</sup> Freud llama “*construcción*” al trabajo que el analizante hace *junto* con su analista para alcanzar una “pieza de su prehistoria olvidada”. La construcción se diferencia de la interpretación analítica para instalarse como un efecto conclusivo de ésta en la dimensión de la *historich*. (Freud, S. (1991). “Construcciones en el análisis (1937)”. Volumen XXIII, p.262).

<sup>172</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII, p.109.

con la cabeza, en el vientre, tras lo cual, como por vía de reflejo, él le había dado un golpe en la mano”<sup>173</sup>. La intelección de Hans como “niño pegado” nos permitirá avanzar un poco más.

### ***Fantasía fundamental del “niño pegado”***

Con la intelección de una *fantasía fundamental*<sup>174</sup> Freud apunta a una fantasía “originaria” que no admite permutaciones en su estructura, a diferencia de la riqueza imaginaria de lo que pudo saberse sobre el *teatro privado* de Anna O, por ejemplo. Para averiguar los nexos con la fantasía inconciente y más ampliamente con la sexualidad infantil nos detendremos en el escrito que lleva por título “Pegan a un niño”<sup>175</sup> *{Ein Kind wird geschlagen}*, frase irreductible que le permite a Freud plantear una fantasía fundamental. Este texto cobra riqueza *a posteriori* cuando más tarde Freud escribe “Construcciones en el análisis”<sup>176</sup>, donde debe confrontarse terapéuticamente con el hecho clínico de una ausencia de rememoración, en otras palabras, con una laguna en el psiquismo.

Hemos visto hasta acá cómo el síntoma no es tan sólo mentira simbólica (*Proton pseudos* histérica); con la fantasía como fundamento, se vuelve *escenificación* de una satisfacción *{befriedigung}*. Respecto de los contenidos “típicos” de estas “escenificaciones” e interesado por estudiar la génesis de las perversiones, Freud se encuentra con la confesión de una fantasía presente en sus pacientes traducida como: *Pegan a un niño*. Dice Freud, que es una representación-fantasía “confesada” en análisis, dados los sentimientos de culpa y vergüenza que moviliza. ¿Cómo es que una fantasía tal queda como residuo de una sexualidad infantil? Acá, para Freud existiría una impresión *accidental* que presta su material para la *fijación* de los componentes de

---

<sup>173</sup> Freud, S. (1991). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)”. Volumen X, p.37.

<sup>174</sup> La expresión literal “fundamental” procede del pensamiento de Lacan, al cual le interesa relevar la dimensión simbólica de la fantasía.

<sup>175</sup> Freud, S. (1991). “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)”. Volumen XVII.

<sup>176</sup> Freud, S. (1991). “Construcciones en el análisis (1937)”. Volumen XXIII.



la pulsión en cuanto al objeto y meta. Impresiones de la temprana infancia que, de contenido “típico”, se ofrecen como punto de apoyo a los “componentes sexuales prematuros”.

Dada la libre permutabilidad de los componentes de la pulsión, en las fantasías de paliza pueden descomponerse y observarse diversas mudanzas entre el “vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado” (p.181). Es interesante cómo Freud entiende aquí la fantasía, de la que enfatiza su contenido léxico para decir que ella *es una frase*. Entonces, primer tiempo de la fantasía dicha en la sesión es “*El padre pega al niño*” (p.182). Cuando este primer enunciado se completa con su predicado, nos da el siguiente resultado: “*El padre pega al niño que yo odio*” (ídem), suficiente para inteligir la primera implicación subjetiva del niño en la escena, puesto que el azote marca la rivalidad con el compañerito. La tercera fase de la fantasía se aproxima a la primera, porque se descubre que el que pega nunca es el padre y el sujeto a veces se reconoce estar mirando: “si se les preguntaron insistencia, las pacientes sólo exteriorizan: Probablemente yo estoy mirando” (p.183), con ello, es mucho más clara la implicación voyerista del fantaseador.

El segundo tiempo de la fantasía que dice “*Yo soy azotado por el padre*” (ídem), de todos es el más importante para Freud, porque nunca es recordada en la sesión analítica y sólo se lo puede alcanzar por una *construcción* del análisis<sup>177</sup>. Está más allá del último eslabón de la cadena {*Bahnung*} inconciente (cual es, a saber, “pegan a un niño”), ya que antes de ella el sujeto ya no puede decir más: punto donde la donación de la palabra del analista es convocado como Otro para que ayude a nombrar lo que se revela como *das Ding*. Miller<sup>178</sup> subraya su carácter de axiomático, por cuanto representa el punto de partida del sistema lógico sobre el cual se sostiene la fantasía, siendo el límite necesario a la estructura retroactiva del significante<sup>179</sup>. Lo fundamental de esta fantasía para Freud es que, deshechas todas las desfiguraciones y permutaciones entre el sujeto que fantasea

---

<sup>177</sup> Añade Freud que “en cierto sentido puede decirse de ella que nunca ha tenido una existencia real” (Ídem, p.183).

<sup>178</sup> Miller, J.-A. (2007). “Síntoma y fantasma: dos dimensiones clínicas”.

<sup>179</sup> En el próximo capítulo profundizaremos en la diferencia entre representación y significante.

y el objeto, se descubre que es portadora de “una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista” (p.183). Con la ayuda de la apalabra del analista, el segundo tiempo de la fantasía es, por decirlo así, lo último que el sujeto puede decir sobre su acceso al goce.

La diferencia principal entre la primera y la tercera fase de la fantasía con la fantasía intermedia –“fundamental”-, es que en esta última se reconoce su indudable carácter *masoquista*. En efecto, lo que movilizaba la primera fantasía eran unos deseos incestuosos de la niña hacia el padre, que hacían que ella contemplara con satisfacción cómo el padre azota al competidor -acá, ser azotado significa la destitución del amor: “el padre no ama a ese otro niño, me ama a mí” (p.184). Es interesante destacar el comentario de Lacan, en su clase del 12 de febrero de 1958<sup>180</sup>, para señalar la estructura simbólica del fantasma del niño pegado. Para Lacan, sólo la segunda etapa del fantasma es propiamente edípica, ya que “Tiene el sentido de una relación privilegiada de la niña con su padre –es ella la que es pegada” (p.246). Puede decirse que es un fantasma construido, ya que se habría formado para figurar el deseo de la niña por el padre “con la culpabilidad que implica, la cual exige que se haga pegar” (ídem).

Por la acción del “trastorno hacia lo contrario”<sup>181</sup>, del deseo movilizado en la primera fase (ver al niño pegado por el padre) hacia la tercera fase de la fantasía, acaece una *inversión* del sadismo al masoquismo. ¿Cómo explica Freud esta extraordinaria mudanza? Lo atribuye a la conciencia de culpa, “de origen desconocido” (p.186), pero que nace simultáneamente con el proceso represivo. La conciencia de culpa, significada en la frase *ser-azotado*, en adelante esconde su verdadero deseo de *ser-amado* por el padre, y con ello, a la par del proceso represivo, se consume una *regresión* o rebajamiento a la organización *pregenital* sádico anal. Así concluye Freud: “Este ser-azotado es ahora una conjugación de conciencia de culpa y erotismo; *no es sólo el castigo por la preferencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo, y a*

---

<sup>180</sup> Titulada “El fantasma más allá del principio del placer” (en Lacan, J. (2005). “El Seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente”).

<sup>181</sup> Uno de los cuatro destinos pulsionales que Freud formaliza junto con la represión, la sublimación y la vuelta hacia la persona propia (Freud, S. (1991). “Pulsión y destinos de pulsión (1915)”. Volumen XIV).

partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas. Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo” (p.186).

Si la culpa tiene su origen en la relación libidinal con el padre edípico, quiere decir que en el origen del deseo estuvo la ley. En efecto, cuando Freud hacer caer los velos de la fantasía de la niña pegada para construir un nuevo guión, ella se encuentra con la verdad de su deseo prohibido y con la fijeza del objeto pulsional, en otras palabras, debe reconocer su implicación. Pero además, se levanta el velo de la apuesta por una realización imposible del deseo: hay un punto en que el goce permanece interdicto llevando al sujeto hacia la insistencia fallida de la repetición (la frase irreductible “Pegan a un niño” siempre retorna al mismo lugar). La culpa tendría en el neurótico la función de sancionar ese atravesamiento de la barrera del goce cuando se acerca al objeto prohibido. El trauma aquí tiene dos sentidos: en su *dimensión sincrónica*, sería el instante temporal en que el sujeto supo *a posteriori* del atravesamiento de esa barrera – recuérdese el tiempo de saber del Edipo sobre su crimen doble-, y en su *dimensión ligada a la repetición*, como la sensación de la imposibilidad de la llegada al último eslabón significativo de la cadena. Sin embargo, ambos sentidos del trauma comparten la misma caída de la veladura del fantasma, instante que merece el nombre freudiano de *Hilflosigkeit*, cuando ya no hay engaño posible: el fantasma no era más que aquella construcción subjetiva de saber que postergaba el encuentro ingrato con la falta...

### **3. Lo traumático más allá del principio de placer**

“Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfactorias, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas hasta entonces”<sup>182</sup>.

### 3.1. Clínica y metapsicología del trauma

No perdamos de vista nuestro itinerario: buscamos claves en la obra freudiana que nos ayuden a entender un hecho que parte de la clínica, específicamente de la sesión analítica, esto es, la insistencia del recuerdo de una escena sexual donde el sujeto sitúa allí, el origen de su sufrimiento. Mejor dicho, de *todo* su sufrimiento. En este recorrido freudiano, estábamos en el campo del principio del placer, es decir, nuestra escucha se dirige al inconciente en tanto cadena *{Bahnung}* de representaciones que se orienta en recuperar la satisfacción originalmente perdida. Esto no puede significar otra cosa que la interpretación descubre lo que hay de sexualidad infantil en la formación del síntoma, y aquí la fantasía ocupa un lugar de privilegio. En efecto, como apunta Guyomard<sup>183</sup>, la subversión freudiana respecto de la “catártica” consiste en sostener que la fantasía es un modo de recordar. Más aún, “el recordar designa lo que ya sea en la transferencia o en la terapia, o en las formaciones del inconciente analizables, los sueños por ejemplo, síntomas, o lo que puede ocurrir en asociaciones de ideas, el recordar designa todo aquello, todo lo que ocurre en un análisis”. Este es el sentido de pensar a partir del *Proyecto*<sup>184</sup> la “experiencia de satisfacción” que introduce el recordar como realización alucinatoria del deseo; el deseo se presenta aquí como promesa factible del encuentro con el objeto pulsional. De tal modo que el modelo freudiano de la sexualidad infantil

---

<sup>182</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII, p.20.

<sup>183</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

<sup>184</sup> Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología (1950 [1895])”. Volumen I.

como encuentro logrado con el objeto es la principal suposición del funcionamiento del principio del placer. Sin embargo, cuando Freud piensa en la posibilidad de un “Más allá del principio de placer”<sup>185</sup> subrayará en primer lugar el aspecto de *repetición* revelable en la propia “experiencia de satisfacción”, es así como se le impone la problemática clínica de la insistencia del síntoma que esfuerza por re-encontrar la satisfacción perdida. Desde esta perspectiva, sólo hay encuentro fallido con el objeto, que en adelante Lacan –inspirado en el texto freudiano- llamará *das Ding*, lo radicalmente excluido de la representación.

Por último, el *Hombre de los Lobos*<sup>186</sup> nos enseña cómo la experiencia subjetiva de la castración, que se inscribe en el sueño infantil de los lobos, organiza *nachträglich* todas sus separaciones anteriores, convirtiéndola en una re-transcripción *{Umschrift}* conclusiva –edípica-, última huella traumática, si podemos expresarnos así. Esto obligaría a todo sujeto a referirse alguna vez, en su síntoma, a la castración. A lo que hay que agregar que el encuentro del sujeto con la castración es ante todo una *cita inesperada*, pero enmarcada en el programa previsto por los *Schema*; esto es lo que intenta asir Freud cuando nos presenta su gran descubrimiento en este historial, el de una *escena primordial*. La realidad de la sexualidad se revela siempre como diferimiento temporal entre demasiado pronto o demasiado tarde. Esa es la problemática que mantiene “prendido” el pensamiento freudiano, es decir, cómo el sujeto se las arregla con lo que no puede escribirse en lo inconciente: hecho que cuestiona radicalmente el programa previsto por el principio del placer. En el caso de la escena primordial que el Hombre de los lobos pudo construir<sup>187</sup> junto con Freud, el análisis muestra que la castración como “acontecimiento” escritural de la diferencia sexual no se realiza sin merma, es en este sentido que su destino es ser siempre traumático. Ya que, si la castración puede subjetivarse como *amenaza*, ésta estuvo antes y el sujeto llegó tarde para suturar la falta. De todas formas, la amenaza recae cuando lo psíquico se manifestó prematuramente. La cuestión de la repetición –otra manera de traducir el

---

<sup>185</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII.

<sup>186</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII.

<sup>187</sup> ¿Hay que volver a insistir sobre la idea de que el Hombre de los Lobos se las pudo arreglar en su análisis con Freud con el ficcionario de un sueño infantil?

diferimiento temporal- toma un vuelo inusitado cuando Freud piensa en la clínica de los traumatismos de guerra.

### ***Las neurosis traumáticas: la sexualidad infantil en cuestión***

El asunto para Freud es cómo sumarse a la discusión actual de la época sobre los traumas ocasionados por la guerra, a partir de su tesis sobre la existencia de la sexualidad infantil. Esa discusión, hay que recordarlo, había sido emprendida tempranamente por Ferenczi, por ejemplo, en un artículo que podemos citar “Dos tipos de neurosis de guerra<sup>188</sup>”, trabajo leído en 1916. Vamos a referirnos brevemente a ese artículo, porque es el esfuerzo de Ferenczi de pensar las neurosis de guerra en los términos freudianos. Ferenczi les habla en esta conferencia a los médicos, a sus colegas, que vieron de cerca las enfermedades nerviosas ocasionadas por la guerra. Al mismo Ferenczi le tocó asistir a estos enfermos que, sin tener lesiones orgánicas, se comportaban de un modo enteramente semejante: “La primera impresión que me produjo la sala llena de neuróticos fue de perplejidad (...) muchos no pueden caminar; a la mayor parte el intentarlo les causa en las rodillas y pies tan violentos temblores que mi voz no podía ser oída debido al ruido que hacían sus zapatos sobre el piso” (p.92). Este estado de perturbación anímica se había desencadenado la mayoría de las veces luego del estallido “de una granada en la vecindad” (ídem), y lo curioso, es que el paciente quedaba fijado corporalmente al momento que se produjo el *shock*. Ferenczi ve en esto el parecido con la *histeria de conversión* que describían Breuer y Freud, cuando no ha podido ser descargado suficientemente el afecto por la representación conciente, sino sólo por una representación motriz. Sin embargo, hay otros elementos del cuadro que no calzan con una histeria de conversión, como lo son, sueños que repiten la misma situación de peligro en el campo de batalla o un efecto amplio en la autoconfianza. Es así, como una enfermera le comenta a Ferenczi: “Doctor, ¿por qué marcha el paciente como un niño que estuviese aprendiendo a caminar?” (p.101). También, lo que puede caer bajo la forma de una histeria de angustia, es la hiperestesia con ansiedad general que domina a algunos pacientes, son frecuentes, en este espectro, la ftofobia, la hiperacusia y el temor al contacto. Siguiendo una pista freudiana, Ferenczi interpreta

---

<sup>188</sup> Ferenczi, S. (2001). “Teoría y técnica del psicoanálisis”.

este fenómeno como un esfuerzo de la psique que tiende hacia la *autocuración*, es decir, el paciente recrea la misma situación de peligro frente a la cual no pudo “reaccionar”. Uno de estos pacientes, a pesar de su hiperestesia auditiva, que no lo dejaba dormir en la sala general debido al “ruido”, cuenta: “Es cierto que de noche me levanto con frecuencia en la sala general, pero es peor dormir solo; *no consigo dormirme en un silencio completo, porque siempre tengo que escuchar cuidadosamente para tratar de descubrir algún sonido*” (p.103). Lo que sorprende en este texto, es el interés de Ferenczi, sobre los ataques sexuales en la niñez, quienes “se comportan de forma similar” (ídem), sintiendo la *compulsión* de exponerse a otra experiencia parecida para “dominar” lo que había permanecido de incomprendido del primer abuso sexual. Compara el comportamiento de estos pacientes con “el caso de aquél individuo que mientras dormía en un hotel fue despertado de su más dulce sueño por el inquilino de la pieza contigua a la suya, quien, al despojarse de sus ropas, había arrojado un zapato contra la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones. Luego de haber tratado vanamente de retomar el sueño, tuvo que implorar a su inquieto vecino que arrojase el segundo zapato contra la puerta para poder dormirse” (p.104). Esta “posta” –los abusos sexuales en la infancia-, Freud no iba a continuarla, aunque sí, en todo caso, retomará la problemática de las neurosis de guerra y de la repetición en los sueños traumáticos, donde formula muy claramente su posición en un pasaje de *Inhibición, síntoma y angustia*<sup>189</sup>: “Si la angustia es la reacción del yo frente al peligro, parece evidente que la neurosis traumática, tan a menudo secuela de un peligro mortal, ha de concebirse como una consecuencia directa de la angustia de supervivencia o de muerte {*Lebensoder Todesangst*}, dejando de lado los vasallajes del yo y la castración. Es lo que han hecho la mayoría de los observadores de las neurosis traumáticas de la última guerra: se proclamó triunfalmente que se había aportado la prueba de que una amenaza a la pulsión de autoconservación podía producir una neurosis sin participación alguna de la sexualidad y sin miramiento por las complicadas hipótesis del psicoanálisis” (p.122).

Freud abre el debate de las neurosis de guerra con su introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*<sup>190</sup>, trabajo presentado en el 5º Congreso Psicoanalítico

---

<sup>189</sup> Freud, S. (1991). “Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])”. Volumen XX.

<sup>190</sup> Freud, S. (1991). “Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* (1919)”. Volumen XVII.



Internacional. Allí explora las consecuencias de un peligro mortal que caracteriza a las neurosis de guerra, distinguiéndolas de las neurosis de transferencia “corrientes en los tiempos de paz” (p.206). Sin embargo, pide investigar los nexos entre *terror*, *angustia* y *libido narcisista*, en las neurosis traumáticas, que no son exclusivas de las neurosis de guerra, puesto que también se observan tras accidentes graves, por ejemplo. Entonces nos entrega la pista para una articulación entre las neurosis traumáticas con la vivencia de terror, la angustia y el yo, cuestiones que él mismo retoma en *Más allá del principio de placer* y sobre todo, en *Inhibición, síntoma y angustia*. Ambas neurosis, de transferencia y traumáticas, se consumirían por un peligro, pulsional para el caso de la primera, exterior, en el caso de la última. No obstante, para Freud, no habrá neurosis traumática que no se refiera al peligro de la castración. En su esfuerzo por “unificar” estas dos neurosis, Freud concluye su artículo con una idea que ahora nos parece enigmática: “es posible, con buen derecho, caracterizar a la represión, que está en la base de toda neurosis, como reacción frente a un trauma, como neurosis traumática elemental” (p.208). ¿Es posible concebir aún la influencia de la *represión* en las neurosis traumáticas, y de qué manera, o habrá que renunciar a ella para plantear otro rasgo metapsicológico que la explique? Esta última posibilidad significará para Freud cuestionar su metapsicología orientada bajo el primado del principio de placer, el cual se comprobaba con el retorno de lo reprimido en el síntoma.

### ***Sobre el estatuto de la repetición***

Primero, veamos cómo define Freud en “Más allá del principio de placer”<sup>191</sup> una neurosis traumática, es un cuadro que se aproxima a la histeria, “por presentar en abundancia síntomas motores similares” (p.12), sin embargo, se evidencia la presencia de un compromiso mucho mayor de las funciones yoicas. Dentro de toda la constelación, Freud destaca un rasgo que le parece central, y es la reconducción en la vida onírica “una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror” (p.13). ¿De qué tipo de *repetición* se trata en la neurosis traumática? El primer lugar de la obra en que Freud enuncia una *compulsión de repetición* es en el

---

<sup>191</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII.

texto “Recordar, repetir y reelaborar”<sup>192</sup>, aquí intentó ceñir el fenómeno de la repetición aún en el marco del principio de placer, en las neurosis de transferencia a partir del *actuar {agieren}*; el paciente repite el deseo inconciente que define su neurosis: “Pronto advertimos que la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado, pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente” (p.152). Con la introducción por vez primera del concepto de una *compulsión de repetición*, Freud quiere mostrar la potencia de la resistencia al recordar, con ello subraya el aspecto de “empuje” *{Zwang}* del inconciente. La compulsión de repetición se presenta ante Freud como el modo más “real” de la resistencia inconciente, en esa pista sitúa Freud el amor de transferencia. El ejemplo clásico que Freud nos muestra en este texto, es el paciente que se queja en lo actual de no poder concluir ninguna empresa, sin embargo se olvida que quedó atascado en su investigación sexual infantil: en este caso, el inconciente como repetición es lo que impide concluir. Pero el rasgo más “crudo” todavía de la compulsión de repetición en sus relaciones con la transferencia, es lo que llama el “*empeoramiento durante la cura*” (p.154). Es decir, por paradójico que resulte, el hecho es que el paciente se aferra a su síntoma como si verdaderamente discerniera un peligro frente a la seriedad de las expectativas de la cura, la que invita a la “desestimación por el juicio”. De allí que Freud dijera que el paciente practica la “política del avestruz” (p.154) ante lo reprimido, y entonces se necesita una buena medida de coraje para hacer frente a la enfermedad. Y es que habrá que instruirlo, dice Freud, a reconocer los poderes de la fuerza de lo inconciente en él. Este es un punto crucial, porque Freud discierne prematuramente en relación con el *timing* de la obra que la repetición no solamente concierne a la reiteración del deseo, es decir, al placer original perdido de la experiencia mítica de satisfacción; de modo mucho más radical aísla una repetición enigmática que sólo puede decirse que es repetición del sufrimiento: discierne en el núcleo de lo inconciente un inexplicable esfuerzo por empeorarse. Interesa subrayar la idea freudiana de *inercia psíquica*, en efecto, se comprueba aquí una “atracción de los arquetipos inconcientes sobre el proceso pulsional reprimido”<sup>193</sup>.

---

<sup>192</sup> Freud, S. (1991). “Recordar, repetir y reelaborar (1914)”. Volumen XII.

<sup>193</sup> Encontramos esta última frase en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, S. (1991). “Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])”. Volumen XX, p.149), donde Freud quiere deslindar una *resistencia de*

Volvamos sobre la pista de las neurosis traumáticas. Freud, en *Más allá del principio del placer*, retoma con el término de *compulsión de repetición* un modo de trabajo del aparato que define como precisamente más allá del placer y de la ley del retorno de lo reprimido. En su variante clínica, es un tal “empeoramiento durante la cura”, sólo que ahora necesita darle un lugar en su elaboración metapsicológica. Y no encuentra, en principio, nada de esa compulsión que guíe al sujeto hacia su propio *bien*, hacia la búsqueda del objeto perdido en los desfiladeros de la *Bahnung*, al contrario, lo que encuentra es, por ejemplo, “hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo” (p.21). Se discierne allí lo que hay de “demoníaco” en cada destino que se repite, de eso al sujeto le viene la impresión de algo *unheimliche* {ominoso}. En el texto que lleva ese mismo título, *Das Unheimliche*<sup>194</sup>, Freud –fiel a su *estilo*- se vale de una experiencia propia:

Cierta vez que en una calurosa tarde yo deambulaba por las calles vacías, para mí desconocidas, de una pequeña ciudad italiana, fui a dar en un sector acerca de cuyo carácter no pude dudar mucho tiempo. Sólo se veían mujeres pintarrajeadas que se asomaban por las ventanas de las casitas, y me apresuré a dejar la estrecha callejuela doblando en la primera esquina. Pero tras vagar sin rumbo durante un rato, de pronto me encontré de nuevo en la misma calle donde ya empezaba a llamar la atención, y mi apurado alejamiento sólo tuvo por consecuencia que fuera a parar ahí por tercera vez tras un nuevo rodeo. Entonces se apoderó de mí un sentimiento que sólo puedo calificar de ominoso, y sentí alegría cuando, renunciando a ulteriores viajes de descubrimiento, volví a hallar la *piazza* que poco antes había abandonado (Pp.236-37).

¿Qué es lo que puede crear este sentimiento de algo “ominoso” que no es exactamente uno de angustia? En su estudio sobre esta “cualidad del sentir”, Freud se vale del cuento

---

*lo inconciente* propiamente tal. Formaliza otros tres tipos de resistencia que parten del *yo* (resistencia de represión, de transferencia y lo que llama “ganancia de la enfermedad”) y una última clases de resistencia, la del *superyó*, que “parece brotar del a conciencia de culpa o necesidad de castigo” (p.150).

<sup>194</sup> Freud, S. (1991). “Lo ominoso (1919)”. Volumen XVII.

“El hombre de la arena” de Hoffman. Allí, discute la tesis de Jentsch, según la cual el animismo que introduce la muñeca Olimpia sea la clave para explicar el sentimiento de lo ominoso que provoca en el lector el cuento. El “doble” es un ejemplo *princeps* de este fenómeno, cuando la propia imagen se desprende del espejo, para volverse algo radicalmente (un “*Otro*”) autónomo: “se trata de un retroceso a fases singulares de la historia del desarrollo del sentimiento yoico, de una regresión a épocas en que el yo no se había deslindado aún netamente del mundo exterior, ni del Otro” (p.236). Aunque para Freud, la clave de lo ominoso en el *Hombre de la arena* se halla en la representación de “ser despojado de los ojos” (p.230), no así el animismo de la muñeca Olimpia, que el autor le confiere un tinte satírico. Entonces habría que plantear que la percepción de la castración<sup>195</sup>, además de recibirla el sujeto con angustia, que es ese factor temporal de espera, de anticipación de lo que ya se *sabe*, cada nuevo encuentro provocará un efecto semejante al terror, no de la castración como operación psíquica de pérdida, sino precisamente de su repetición *igual*. En efecto, existe un parentesco entre el efecto ominoso y el “*retorno no deliberado de lo igual*” (p.246), como en el ejemplo que Freud rememora. En otras palabras, lo verdaderamente *unheimliche* es el saber del sujeto sobre su propio destino, en este caso, el destino edípico de la castración. Si tomamos en cuenta lo que Freud define como *pulsión de muerte* {*Todestrieb*}, diremos que hay un núcleo traumático en toda pulsión, lo que no hace más que *reproducir un estado anterior*<sup>196</sup>, que tiende a lo orgánico o a la descarga absoluta como “principio de Nirvana”; acaso el sujeto alcanza a palpar ese núcleo pulsional en el corazón del fenómeno de la repetición: “En lo inconciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una *compulsión de repetición* que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica (...) Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición” (p.238). Esto

---

<sup>195</sup> Hay que tener en cuenta la justificación que hace Freud para entender el “arrancar los ojos” como castración, el pasaje edipiano en que éste mismo, criminal mítico “se ciega a sí mismo”, una manera atemperada de la castración, ya que sería “el único castigo que le habría correspondido según la ley del talión” (p.231).

<sup>196</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII.

“eternamente igual” que se despliega ejemplarmente en la “compulsión de destino” así como en lo *unheimliche*, es la pista que entrega a Harari<sup>197</sup> para definirla como *repetición real* cuyo sello es ese carácter “demoníaco” -la repetición que llega como el azar-, en otro ejemplo que entrega Freud, son “los números que uno puede ir recibiendo diariamente, al involucrarse en episodios rutinarios, resultan ser iguales (...)” (p.51), y un poco antes, “esas situaciones –escenas- el implicado las debe soportar de manera *pasiva*” (p.50). Para distinguirla de una *repetición imaginaria*, cuyo placer “que resultan de la repetición de lo semejante (*Ähnlichen*), del volver a hallar (*Wiederfinden*) lo consabido, de la homofonía, etc., y se explican como insospechados ahorros de gasto psíquico” (p.47), e incluso de una *repetición simbólica*, que “pide por lo nuevo” (ídem)<sup>198</sup>. En el caso del chiste, uno escuchado por segunda vez nunca aportará el mismo placer; en todos los casos, “la novedad será condición del goce (*Genuss*)” (p.48).

### ***Angustia, miedo y terror***

Vamos a concentrarnos ahora en los desarrollos freudianos en *Inhibición, síntoma y angustia*<sup>199</sup>, allí encontramos una manera muy clara en Freud de responder al acontecimiento que se vuelve traumático. El texto es de alguna manera la prolongación rigurosa de su metapsicología, en lo que había tenido un carácter, digámoslo así, más especulativo, en *Más allá del principio del placer*. Es también una respuesta radical de la hipótesis freudiana más clásica, la de la sexualidad infantil, en toda la problemática del trauma, que se discutía en aquella época en la comunidad psicoanalítica. ¿De qué manera el problema de las neurosis traumáticas exige a Freud *repensar* su hipótesis del inconciente? Primero, necesitará una elaboración metapsicológica distinta a la que había construido alrededor del síntoma histérico, en ello se orienta en el trayecto que va del síntoma a la angustia. Es tiempo para Freud de volver sobre sus historiales más clásicos, para pensar de nuevo lo más elemental, los *camino de la formación de síntoma*. En este texto Freud se pregunta, ¿Cómo es que se forma el síntoma neurótico? La misma

---

<sup>197</sup> Harari, R. (1988). “La repetición del fracaso”.

<sup>198</sup> La referencia textual de donde se basa Roberto Harari se halla en Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII, p.35.

<sup>199</sup> Freud, S. (1991). “Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])”. Volumen XX.

pregunta entrega la premisa de *alguien* “atascado” en *algo* antes que el síntoma se formara. En Hans<sup>200</sup>, descubre que no es tanto el síntoma fóbico, fracaso en todo caso de la represión, el que provoca la reacción de angustia en el pequeño. Antes bien: la experiencia clínica muestra que hubo un tiempo anterior, en que lo que dominaba el espectro psíquico del pequeño Hans era precisamente... la angustia. La conclusión de Freud es que la angustia es el motor de la represión, y el síntoma, lo que protege de la angustia, más específicamente, de la angustia de castración. Aquí, la castración es el corte que introduce la pérdida del semblante que entregaba consistencia imaginaria a la posición subjetiva de Hans como objeto de deseo de la madre. En efecto, antes que se iniciara la fobia, Hans tiene un sueño de angustia, tal como apunta el padre: “Hans (4 3/4 años) aparece a la mañana llorando; la mamá le pregunta por qué llora, y él dice: “cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para hacer cumplidos” (p.2). Poco después, aparece la primera reacción de angustia ante el peligro por la mordedura del caballo, siendo este peligro el contenido de la fobia infantil. Ser castrado por el padre es, pues, el tema nuclear de la fobia en Hans.

El estado psíquico del *terror* {*Schreck*} se distingue bien de la angustia y del miedo en cuanto a la *temporalidad*: “se llama terror al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa”<sup>201</sup>. La *angustia*, en cambio, es la señal del yo frente al peligro o su expectativa, por eso, fenomenológicamente es expectativa angustiada. Se comprende entonces que el miedo y la angustia son medios que el yo encuentra para prevenir la pérdida de su consistencia imaginaria; en el estado psíquico de terror en cambio, diremos que el yo advino tarde para restaurar el sentido. Pero la condición de la sorpresa también es la clave en el mecanismo del chiste, sólo que en el terror, el sujeto tiene la sensación de haber sido destronado de lo simbólico, el dicho popular reza: “ya no es un chiste”. En el chiste, el placer está dado cuando el yo pierde y gana consistencia –emerge una nueva significación- en cambio, en el terror, al sujeto le viene la certeza que esa consistencia no se recupera: concluimos que en el terror la cuestión de la que se trata es de la supervivencia del yo. El *miedo*, que es el otro grupo del vivenciar subjetivo que distingue Freud y que generalmente se confunde con los otros dos, está muy lejos del terror: encuentra al yo advertido del objeto de

---

<sup>200</sup> Freud, S. (1991). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)”. Volumen X.

<sup>201</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII, p.13.

deseo gracias a la presencia del objeto externo. En efecto, en el miedo el sujeto está comprometido en acallar lo que le viene del deseo del Otro para evitarse su propio sufrimiento *neurótico*: es así como abandona la situación de pasividad dolorosa y prematura en la que lo había puesto el afecto de la angustia y el terror, para en adelante quedar prisionero de la tarea *defensiva* a la que lo somete el objeto fobígeno.

En este momento de la reflexión freudiana, lo *accidental* es fundamental para entender lo traumático, es el legado clínico que muestra la experiencia con las neurosis de guerra, el sujeto se vio enfrentado repentinamente ante un peligro externo que puso en peligro la propia vida *psíquica*. Aclaremos que no es la vida del cuerpo, porque en psicoanálisis nunca se trata de fisiología o de funcionamiento biológico, sino, digamos por ahora, de la existencia del *yo* ¿Cómo se traduce el peligro por ese estímulo externo, el tronar de las bombas, en uno interno, pulsional? De eso se trata en el *hilflosigkeit*.

### ***Situación traumática y Hilflosigkeit***

Habrá que explorar la pista de este peligro. Freud encuentra el término de *hilflosigkeit*, para señalar la serie de desvalimientos a la que estuvo sometido el pequeño humano. Ante cada experiencia de separación del objeto de amor (que siempre remonta a un mítico objeto de necesidad) el sujeto no tiene más que padecer como pérdida, y la angustia, el estado de afectación psíquica ante el peligro de una separación *esperada*, será con el grito que el niño reclame la presencia de la madre<sup>202</sup> ¿Hay sujetos para los cuales existió un *exceso* de peligro, en otras palabras, “sujetos traumatizables”? El papel del objeto-madre en la *hilflosigkeit* había sido señalado por Freud muy temprano en su *Proyecto*<sup>203</sup>. Recordemos que introduce ahí la función del *otro* o del *semejante* {*Nebensmensch*} en tanto aquél que orienta al niño hacia el signo de realidad, es

---

<sup>202</sup> En “Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])”, Freud señala que: “Sólo pocos casos de la exteriorización infantil de angustia nos resultan comprensibles; detengámonos en ellos. Se producen: cuando el niño está solo, cuando está en la oscuridad y cuando halla a una persona ajena en lugar de la que le es familiar (la madre). Estos tres casos se reconducen a una única condición, a saber, que se echa de menos a la persona amada (añorada)” (p.129).

<sup>203</sup> Freud, S. (1991). “Proyecto de psicología (1950 [1895])”. Volumen I.

entonces la función del *juicio* por oposición a los procesos psíquicos primarios<sup>204</sup>: “Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un *prójimo*. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto *como este* es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir” (p.376). Se entiende que ese prójimo –para nosotros el otro que está para el niño en tanto madre- auxilia al niño en dos cuestiones: en la tarea de juzgar el objeto en su valor de realidad objetiva –orienta al niño hacia dónde dirigir la descarga de la excitación, del *ritz*, *es decir*, para ayudar a nombrar el objeto, sosteniendo para el niño al Otro-, pero también en sostener para él algún sustituto a su cuerpo de goce, es decir, lo que la madre puede mostrar al niño es que no sólo su cuerpo está, está sobre todo el “cuerpo del mundo”, están los objetos del mundo, que también pueden ser los objetos de placer para el niño, en otras palabras, está ahí para hacer del objeto un enigma. Assoun<sup>205</sup> comenta agudamente la palabra alemana en el original del escrito freudiano, es el *nebenmensch*, lo cual ya habla de un tercero “es el ser humano (*Mensch*) que se encuentra al lado, *neben* significa también, en sentido figurado, “además” (p.190). Continúa Assoun “resulta imposible *desear algo sin esperarlo de alguien*” (Ídem), ya que el objeto le viene al niño no sin compañía. Aquí, es posible discernir la oposición entre pulsión y Otro, en tanto el Otro del *nebenmensch*, que es siempre *social*, nos dice que el deseo vino “de” alguien y “con” alguien. El *nebenmensch* es, por así decir, la escena primaria del deseo, de la *spaltung* subjetiva que indica que no hay deseo que no venga de un tercero. Ahora se entiende mejor la función de lo *unheimliche*, no hay uno más familiar que el “primer prójimo”, sin embargo y paradójicamente es éste de lo más familiar la que introduce la posibilidad del extrañamiento para el niño: en adelante no tiene más que experimentar el horror frente a la presencia del extraño, ¿no indica eso que el primer gesto de afirmación del ser del niño es el rostro familiar de la madre?, ¿hay un momento más ilustrativo de este asunto

---

<sup>204</sup> Recordemos que el complejo del prójimo según Freud -que discierne en el *Proyecto*- se divide en dos, *das Ding* y lo que es factible de ser rememorado. Aquí nos detenemos para examinar con mayor profundidad este último.

<sup>205</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”.



que el pasaje que Freud nos comenta, en los *Tres Ensayos*<sup>206</sup>, sobre la angustia infantil, de un niño de tres años “a quien cierta vez oí rogar, desde la habitación donde lo habían encerrado a oscuras: “Tía, háblame; tengo miedo porque está muy oscuro”. Y la tía que le espetó: “Qué ganas con eso? De todos modos no puedes verme”. A lo cual respondió el niño: “No importa, hay más luz cuando alguien habla” (p.205). La palabra es la donación que la madre ofrece al niño para reconocerse, lo que quiere decir que trabaja en contra de la repetición de la que se trata en el *unheimliche*, así, Freud concluye que “Acerca de la soledad, el silencio y la oscuridad, todo lo que podemos decir es que son efectivamente los factores a los que se anudó la angustia infantil, en la mayoría de los hombre aún no extinguida por completo” (p.251). Podemos decir que el que está preso por el *eterno retorno de lo igual* ha perdido todas sus referencias para orientarse –la palabra de la madre no acude al llamado-, eso nos muestra el ejemplo freudiano de la “pequeña ciudad italiana”: ya no se sabe dónde ir, al contrario, la repetición condena al sujeto a girar alrededor de su mismo fracaso.

### ***Del Fort-Da como ejemplo princeps del trabajo elaborativo infantil***

Es la introducción del *Fort-Da* lo que definitivamente nos entrega una de las claves maestras para entender el *hilflosigkeit*. En efecto, Freud discierne en la temprana actividad del jugar repetitivo, la posibilidad del niño de elaborar la pérdida del objeto y por ende, la primera creación del símbolo. Veamos el pasaje con que Freud se alerta de ese importante detalle:

(...) este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado “o-o-o-o”, que, según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba “*fort*” {se fue}. Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que “se iban” (...) el carretel desaparecía ahí dentro, el niño

---

<sup>206</sup> Freud, S. (1991). “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”. Volumen VII.

pronunciaba su significativo “o-o-o-o”, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso “Da” {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver (Pp.14-15)

El primer comentario que hay que hacer de este juego fundamental para el pequeño humano, es el logro cultural que subraya Freud en cuanto a que el niño encuentra la manera sirviéndose del *lenguaje*, para tramitar la separación de la madre. La expulsa y hace regresar vehiculizándola en la palabra: el *Fort-Da*, como primera expresión articulada en el lenguaje, representa el tiempo psíquico, la *escena originaria* del sujeto. Así es como el juego se completa, con el par significante “Fort” y “Da”, porque, como subraya Chemama<sup>207</sup>, hay en el juego completo en realidad dos juegos: el primero es cuando el niño dice “o-o-o-o” para tirar el objeto, siendo el adulto el que reconoce la palabra alemana “*Fort*”, y sin el par opuesto “*Da*”, este primer juego no es más que un “apego a la pérdida como pérdida” (p.21), en otras palabras, es un apego al *goce* que trae la pulsión de muerte, porque no llama a ningún Otro. En adelante, el niño sabrá qué hacer para no desaparecer él mismo con la desaparición de la madre: es su propia existencia la que se juega haciéndola existir a ella. Porque, para el niño en que la separación es desamparo, se trata de una cuestión de existencia, en otras palabras: la letra que es el *Fort-Da* permite al niño inscribir la separación como huella psíquica; sin ésta, no habrá memoria ni tampoco *relato de la pérdida*. Es así como el sujeto encuentra su propia continuidad de existencia en el significante primordial, *Fort-Da*. En efecto, Guyomard<sup>208</sup> no interpreta el *Fort-Da* como simplemente la simbolización de la ausencia de la madre, antes bien, de lo que se trata para el niño es de *simbolizar su propia permanencia*. Por este motivo la ausencia de la madre se hace traumática, cuando el niño reconoce la huella del peligro de su propia desaparición. Sin *Fort-Da*, el grito del niño cuando descubre la ausencia de la madre, debe soportar su *hilflosigkeit* y, ese grito, sin ser mensaje propiamente tal, porque es ausencia de representación comunicativa, en cambio es la exteriorización desarticulada de una amenaza de muerte

---

<sup>207</sup> Chemama, R. (2008). “El goce. Contextos y paradojas”.

<sup>208</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

al propio narcisismo. En *Más allá del principio del placer*<sup>209</sup>, la radicalidad de Freud interroga directamente al sujeto que se encontró con el acontecimiento que puso en riesgo su existencia: “¿Puede el esfuerzo {*Drang*} de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio de placer?” (p.16). Lo que nos muestra el aspecto repetitivo del “*Fort*” o los sueños traumáticos es que hay un modo de elaboración psíquica más elemental que la represión, es justamente la *compulsión de repetición*, lo que quiere decir que el acontecimiento no encuentra su representante ni al sujeto, que es su *lugarteniente*: pensamos, por ejemplo, en la insistencia de Emma por volver a la escena del trauma, descrita en el *Proyecto*. Hay, para Freud, una tarea “antes de que el principio de placer pueda iniciar su imperio” (p.31), es decir, el sueño traumático busca “recuperar el dominio {*Bewältigung*} sobre el estímulo por medio de un desarrollo de angustia cuya omisión causó la neurosis traumática” (ídem). Hay que hacer notar que siempre para Freud se trata de la pulsión: “la conmoción mecánica debe admitirse como una de las fuentes de la excitación sexual” (p.32), y que la sorpresa del sujeto frente al acontecimiento en realidad es frente a la fuerza pulsional que no es consecuencia del mero choque con el estímulo, sino que es el niño que no puede jugar, concluir con el “*Da*” el “*Fort*”, que había sido donación lingüística de la madre. Al menos ese es el sentido que Freud le otorga a lo “energético”, cuando diferencia, remontándose a la época con Breuer, entre *energía de investidura quiescente o ligada* {*bindung*}, y energía de investidura de “libre fluir” {*Entbindung*}, esta última propia de los sistemas inconscientes. Por eso, Freud interpreta el hecho de que la herida física producida al momento del “choque” traumático (en el sentido del traumatismo “físico”) funciona para proteger al sujeto de sufrir una neurosis traumática, al reclamar, la herida y el dolor, grandes montos de energía narcisista de investidura. Por así decir, la herida física “compite” con el desprendimiento de la excitación sexual en el efecto traumático, asegurando la existencia narcisista del sujeto. Retengamos esta idea: la *violencia* del acontecimiento o la conmoción del “golpe” de la pulsión plantea inmediatamente al yo una exigencia de trabajo psíquico de ligazón en la que el desarrollo de angustia es signo al mismo tiempo que su fracaso, porque lleva la marca de la repetición. Por último, esta conmoción del golpe no hay que pensarla siempre en el registro de los grandes

---

<sup>209</sup> Freud, S. (1991). “Más allá del principio de placer (1920)”. Volumen XVIII.

cataclismos (la guerra, por ejemplo), es también la *madre*<sup>210</sup> que no permite al niño jugar con su pérdida.

### 3.1. Freud con Lacan

#### *De lo real y el trauma: más acá de la representación*

Para introducir lo que Lacan llama lo “*real*”, podemos servirnos de la claridad con que lo aborda en su *Seminario 3*<sup>211</sup>, dedicado al estudio de la psicosis a partir del delirio de Schreber. Comienza diciendo que “Es esencial introducir la categoría de lo real, es imposible descuidarla en los textos freudianos. Le doy ese nombre en tanto define un campo distinto al de lo simbólico” (p.119). ¿Y qué es lo simbólico para Lacan? Brevemente, todo lo que es del orden del discurso como siendo significante, es decir, el conjunto de palabras que componen una lengua, distinta del significado, que es una significación amarrada a un significante que siempre remite a otra significación para deslizarse infinitamente. La cualidad “evanescente” de la significación permite a Lacan remitirla al orden de *lo imaginario*, lo que viene a completar engañosamente el sentido al significante. Así podemos introducir a este *Otro* con mayúscula: cuando un sujeto habla, por el sólo hecho de hablar, de dirigirse a su semejante, que entonces debe referirse a la estructura del lenguaje como estructuralmente desconocida. “¿Cuál es esa parte, en el sujeto, que habla? El análisis dice: es el inconciente” (p.64), hecho que se comprueba cuando se descubre que el sujeto “dice más de lo que supone” (ídem). A diferencia de lo real, la naturaleza del *Otro* es engañar, así, reconocemos en el cuento judío: “*Voy a Cracovia*. Y el otro responde: *¿Por qué me dices que vas a Cracovia? Me lo dices para hacerme creer que vas a otro lado*. Lo que el sujeto me dice está siempre en una relación fundamental con un engaño posible, donde me envía o recibo el mensaje en forma invertida” (p.58). De este modo, alguien se descubre existiendo como *sujeto* en el punto que puede engañar a otro, es decir, darle a su palabra una existencia

---

<sup>210</sup> Decimos “la madre” no para aludir a esa figura parental concreta tomada de las interacciones familiares, al contrario, con Freud, queremos resaltar su estatuto simbólico que hace transitar una ley paterna: es ella quien puede ubicarse para el niño como ese “primer auxiliador”.

<sup>211</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis”.

simbólica. En cuanto a la palabra delirante, por ejemplo, en Schreber, cuando intenta comunicar su experiencia, dice “*Nervenanhang*” {adjunción de nervios} “precisa claramente que esa palabra le fue dicha por las almas examinadas o los rayos divinos” (p.52) es una palabra clave en el discurso delirante que esencialmente se desenmarca del registro simbólico del significante, ya que, siendo una palabra “original”, “Es una significación que fundamentalmente no remite más que a sí misma, que permanece irreductible” (p.52). Concluimos entonces que esta “*Nervenanhang*” mantiene una relación privilegiada con lo real, siendo éste, el registro lo que del discurso no engaña y que por lo tanto se mantiene en una inmovilidad “irreductible”, impermeable al campo del Otro.

Un poco más lejos, y a partir de la fórmula freudiana para la paranoia que reza “lo cancelado adentro retorna desde afuera” que Lacan escribe como “lo no simbolizado aparece en lo real” (p.126), el mismo Lacan reordena los términos freudianos de *Bejahung* {afirmación} y *Verwerfung* {renegación}, para decir que “En el origen hay pues *Bejahung*, a saber, afirmación de lo que es, o *Verwerfung*” (p.120). De esa primera simbolización y lo que quedó irremediamente excluido, nosotros podemos señalar la pista freudiana, que Lacan destacó, del complejo del prójimo que se decompone en dos vertientes: tal como ya lo habíamos desarrollado al final de nuestro primer capítulo, una parte es memorable, la otra, *das Ding*, es inasimilable, por limitar la descarga absoluta y sin resto de la primera rememoración.

En su *Seminario 11*<sup>212</sup>, Lacan destacó las relaciones entre lo real con la repetición como hecho clínico en Freud. En efecto, así nos da a entender Freud en *Recordar, repetir, reelaborar*, donde la rememoración encuentra su límite en la repetición trasferencial, aquí se revela una relación muy estrecha entre *resistencia y repetición*. En una anticipación a la ubicación precisa que Freud da a la compulsión de repetición en *Más allá del principio de placer*, Lacan nos propone leer la repetición freudiana como “*repetición de la decepción*” (p.47). Entonces, para Lacan, la repetición freudiana “coordina la experiencia, en tanto que decepcionante, con un real, situado desde

---

<sup>212</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”.

entonces en el campo de la ciencia como aquello que el sujeto está condenado a errar, pero que este mismo yerro revela” (ídem). Así pues, lo real lacaniano se inscribe en el corazón de lo inconciente, en la “médula” de la pulsión, diría Freud, como resistencia del *ello*. ¿De qué se trata entonces ese real, piedra de toque de la experiencia analítica? Si Freud había señalado que la castración, como angustia fundamental ante la separación es el límite del análisis, habrá que desarrollar la idea de los encuentros del sujeto con lo que *falta*. Lacan, en su intento de formalización de una lógica de la falta, se referirá a la *función de la causa*. A partir de Kant, de su *Ensayo sobre las magnitudes negativas*, nos llama la atención sobre la *hiencia* que “desde siempre, presenta la función de la causa a toda aprehensión conceptual” (p.29). Hay algo, en el interior de la causa, inaprehensible mediante la razón. Nos da el ejemplo, “Las fases de la luna son la causa de las mareas” (p.30), sí, efectivamente, pero subsiste algo “indefinido” entre la causa y su efecto, “hay un hueco y algo que vacila en el intervalo” (ídem). Lo que Freud denomina “*ombbligo del sueño*”, como “centro desconocido” de lo inconciente, no sería más que el intento de nombrar esta función de la causa en el territorio de lo inconciente. Extraviado en los hilos del análisis del sueño de la “Inyección de Irma”, Freud se expresa en los siguientes términos: “Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombbligo por el que se conecta con lo no conocido”<sup>213</sup>. Este “ombbligo del sueño” nos enseña que la interpretación “última” no existe: como bien nos enseña Serge André<sup>214</sup>, “El saber psicoanalítico no funciona, pues, en posición de verdad, sino en la medida en que opera como saber agujereado por una falla central –lo que determina el estatuto de la verdad como decir a medias. El psicoanálisis no permite *saber todo*, pues el inconciente no *dice todo*” (Pp.11-12). Es así que el *inconciente como fenómeno*, que hace su presencia en la sesión analítica, se rebela en el discurso como *discontinuidad*: es una válvula que se cierra en el mismo lugar en que se abrió. La conclusión de Lacan es la siguiente “el inconciente nos muestra la hiencia por donde la neurosis empalma con un real; real que puede muy bien, por su parte, no estar determinado”<sup>215</sup>. Esto permite a Lacan, decir, a partir de la experiencia del análisis con

---

<sup>213</sup> Freud, S. (1991). “La interpretación de los sueños (1900-01)”. Volumen IV, p.132.

<sup>214</sup> André, S. (2002). “¿Qué quiere una mujer?”.

<sup>215</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, p.30.

el Hombre de los lobos, que Freud mismo “Se empeña, casi con angustia, en preguntar cuál es el primer encuentro, qué real, podemos afirmar que está detrás del fantasma” (p.62). Ese primer encuentro sabemos que Freud lo llamó su escena primordial, no es el sueño de los lobos –elaboración fantasmática *nachträglich* de la castración-, es lo que el Hombre de los lobos construyó sobre la sexualidad de los padres a partir de lo que vio o escuchó. Lo real para el Hombre de los lobos, pero también para el sujeto humano (apelamos aquí a la universalidad del *ejemplo* en psicoanálisis) se presenta “bajo la forma de lo que tiene de *inasimilable*” (p.63).

La exigencia de Lacan para pensar lo real lo lleva a introducir en su reflexión algo nuevo para el psicoanálisis, se trata de las nociones de “*tyche*” {*fortuna*} y “*automaton*” {*azar*}, que toma prestadas de la *Física* de Aristóteles sobre las dos formas del azar respecto de la función de la causa final. El *automaton*, como la “red de significantes”, mientras que la *tyche*, como “el encuentro con lo real” (p.60). Así, “Lo real está más allá del *automaton*, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre tras el *automaton*, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésa” (p.62). Soler<sup>216</sup> retoma el comentario de Lacan para subrayar del *automaton* precisamente su aspecto de “automatismo”, de *Zwang*, “empuje”, lo que excluye la voluntad y la finalidad, mientras que la *tyche* –que se incluye al interior del *automaton* en tanto azar-, se presenta como el azar que llega por accidente. En el caso del Hombre de los lobos, este se habría topado por “accidente” con la escena primaria: “La idea es que en la escena primitiva hay algo inasimilable, algo que, para el niño, no estaba en el programa de la pareja de papá y mamá” (p.82). El Hombre de los lobos crea un sueño para fabular un real; siendo lo real lo que está por detrás de cualquier pantalla-elaboración fantasmática, está ahí como una “realidad en espera” [en *souffrance*]” (p.83). Recordamos aquí el ejemplo que entregaba Ferenczi sobre el inquilino que no puede dormir, esperando el “segundo zapatazo”, o atrapado en la repetición. La *tyche* no sería sino la hiancia al interior de la causa, en la que Lacan ubica allí el lugar de lo real. Aquí, lo traumático es el encuentro del sujeto con *su* real, siempre fallido, por lo tanto, obligado a retornar siempre al

---

<sup>216</sup> Soler, C. (2004). “La repetición en la experiencia analítica”.

mismo lugar: es lo que “en la historia del psicoanálisis” –como se expresa Lacan- llamó la atención como siendo del orden del *trauma*, que, a decir de Lacan, es el sujeto impelido, como por accidente, a retornar una y otra vez al mismo punto en su rememoración.

### ***El “sueño del niño que se abrasa”***

La *tyche* plantea la relación entre *trauma* y *despertar*. El hecho palpable de la clínica es que el sujeto traumatizado tiene dificultades para dormir, para ejercer, digamos, el imperio del principio del placer sobre el sueño, en la fórmula freudiana, reubicar al sueño como *el guardián del dormir*. Al traumatizado *algo* lo mantiene despierto. Ahora bien, el sueño traumático se diferencia radicalmente del sueño de angustia. En palabras de Assoun<sup>217</sup>: “(...) se trata de algo muy diferente: allí se puede hablar de un “hueso” con el cual tropieza la realización del deseo, no en forma conjetural (como en los sueños de angustia), sino porque el que sueña baja los brazos ante un cierto objeto que llega a contrariar la lógica de la *Wunscherfullung*” (p.200). La *Wunscherfullung*, cumplimiento de deseo, es en el sueño traumático, subvertido, lo que quiere decir, que algo del sujeto mismo es subvertido, obnubilado. Si el principio del placer “es una tendencia que se encuentra al servicio de una función” (ídem, p.198), el principio de placer en el sueño traumático, que es el sueño del despertar, fracasa en su conjunto. Aquí, la “*tendencia*” debe comprenderse como tendencia a la realización del deseo; mientras que la “*función*” evoca el principio de “inercia psíquica” tempranamente elucidado en el *Proyecto*, es decir, mantener lo más baja posible la excitación, de las *Q`n*, al interior del aparato.

En el campo de lo que es *tyche*, el *despertar* es señalado por Lacan a propósito de un sueño dentro de la colección que se constituye en *La interpretación de los sueños*<sup>218</sup>. Se trata del sueño del “niño que se abrasa”, y lo encontramos en el capítulo VII de esta obra. Freud se refiere a este sueño en varios pasajes de esta obra, ya que lo considerada un *sueño paradigmático* porque muestra cómo el trabajo del sueño (y por lo tanto, lo

---

<sup>217</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”.

<sup>218</sup> Freud, S. (1991). “La interpretación de los sueños (1900-01)”. Volumen V.



inconciente) subsume la realidad exterior<sup>219</sup>, que llega como percepción al soñante, en cumplimiento de deseo. La fuente del sueño es desconocida, pues corresponde al relato de una paciente que a su vez lo escuchó en una conferencia sobre los sueños. A ella misma le habría impresionado el sueño, al punto de tomarlo para sí hasta “resoñarlo”. El contexto del soñar y el sueño propiamente tal es como sigue:

Las condiciones previas de este sueño paradigmático son las siguientes: Un padre asistió noche y día a su hijo mortalmente enfermo. Fallecido el niño, se retiró a una habitación vecina con el propósito de descansar, pero dejó la puerta abierta a fin de poder ver desde su dormitorio la habitación vecina donde yacía el cuerpo de su hijo, rodeado de velones. Un anciano a quien se le encargó montar vigilancia se sentó próximo al cadáver, murmurando oraciones. Luego de dormir algunas horas, el padre sueña que *su hijo está de pie junto a su cama, le toma el brazo y le susurra este reproche: “Padre, ¿entonces no ves que me abraso?”*. Despierta, observa un fuerte resplandor que viene de la habitación vecina, se precipita hasta allí y encuentra al anciano guardián adormecido, y la mortaja y un brazo del cadáver querido quemados por una vela que le había caído encima encendida (p.504).

En un comienzo, la interpretación del sueño para Freud es simple: Haber soñado que el niño se acerca junto a la cama del padre es el deseo de prolongar la vida del hijo. El “fuerte resplandor” del incendio en la habitación contigua, motivo del despertar se intercala en el contenido del sueño. En este punto, lo inconciente del soñante como el estado de vigilia del padre despierto coinciden, al concluir que se había producido un

---

<sup>219</sup> En “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis (1924)”. Volumen XIX, Freud distingue entre la “*Realität*” que es el “contenido objetivo” de la realidad exterior, de la “realidad psíquica” que vuelve como “retorno de lo reprimido”. Aunque en ambas, neurosis y psicosis, se percibe una suerte de extrañamiento de la realidad exterior –el neurótico en el “mundo de la fantasía”, el psicótico en su delirio-, siempre se trata de la *realidad psíquica* de lo que está en juego: “la neurosis no desmiente la realidad, se limita a no querer saber nada de ella; la psicosis la desmiente y procura sustituirla” (p.195). Esta “desmentida” permitirá a Lacan pronunciarse por una *Verwerfung* “o sea lo que ha sido dejado fuera de la simbolización general que estructura al sujeto” (Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis”, p.73).

incendio. Sin embargo, al deseo del sueño, sobredeterminado sin duda desde la vida psíquica infantil del soñante, dice Freud, hay que agregarle otro: *el deseo de dormir*. De alguna manera, este “deseo de dormir” del *yo*, explica por qué el soñante soñó en vez de despertarse, por qué no despertó enseguida. Freud critica la definición aristotélica del sueño, no por ser desacertada, sino por ser insuficiente, según la cual “el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir” (p.543), porque, para Freud, lo esencial del sueño es ser un *pensamiento de deseo*. Según la definición de Aristóteles, ¿qué impediría interpretar el sueño como la figuración de un “acto psíquico de otra índole”, una preocupación por ejemplo? Para Freud, sin embargo, es el deseo de dormir, que “presta su apoyo al deseo inconciente” (p.562). La radicalidad freudiana es ésta: el *capitán* del sueño es el deseo inconciente. La problemática que este sueño presenta a Freud, es cómo el sueño, sus envolturas endopsíquicas, se han entramado con la realidad hasta el punto de confundirse, y su interpretación es que el sueño elabora el estímulo sensorial exterior, lo subsume en la trama de los pensamientos oníricos a fin de aplazar el despertar, en este sentido, concluye, todos los sueños son de *comodidad*. En esto, el *yo* hace caso más a lo inconciente (al preconciente, dice Freud exactamente) que a la realidad, como si dijese “Quédate en paz y duérmete de nuevo, es sólo un sueño” (p.563). La conclusión final de Freud apunta al papel del *yo* en el dormir, que, incluso durante el dormir “*sabemos que soñamos con la misma certeza que sabemos que dormimos*” (Ídem).

A partir de este sueño, Lacan se pregunta, en todo caso, “¿*Qué despierta?*”<sup>220</sup>, dice, no la realidad de la percepción del incendio, la realidad del humo y de su olor, sino la *Otra* realidad, que puede hablarle al padre en tono de reproche, “¿*Padre, entonces no ves que me abraso?*”. “Este mensaje tiene, de veras, más realidad que el ruido con el cual el padre identifica asimismo la extraña realidad de lo que está pasando en la habitación de al lado. ¿Acaso no pasa por estas palabras la realidad fallida que causó la muerte del niño?” (p.66). La tesis de Lacan es que lo real inconciente alcanzó al sujeto, “el encuentro siempre fallido, se dio entre el sueño y el despertar” (p.67). Y después continúa: “Lo real hay que buscarlo más allá del sueño –en lo que el sueño ha

---

<sup>220</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, p.66.

recubierto, envuelto, escondido, tras la falta de representación, de la cual sólo hay en él lo que hace sus veces, un lugarteniente” (p.68). Se desprende del comentario de Lacan que el despertar se trata de la *tyche*, y agreguemos que el encuentro con lo real siempre tiene algo de inesperado; es el encuentro con lo que hay detrás –lo que estaría en función de causa- de lo que se articuló como significante privilegiado del síntoma: el caballo {*Pferd*} en Hans o la rata {*Ratten*} en el Hombre de las ratas. No se trata del objeto real, sino ante todo del agujero fundamental en la estructura de lo inconciente que es recubierta a medias por un *significante primordial*, esto es, en términos freudianos, lo primordialmente reprimido.

Este “agujero” diremos que Lacan intentó ceñirlo con el estatuto que le dio a *das Ding*, que en su relación con la repetición, es propiamente una exigencia primera “encontrar lo que se repite, lo que retorna y nos garantiza que retorna siempre al mismo lugar”<sup>221</sup>. Diremos, para ser lo más sintéticos posibles, que el *das Ding* es el *objeto perdido por naturaleza*: “ese objeto, *das Ding*, en tanto que Otro absoluto del sujeto, es lo que se trata de volver a encontrar” (p.68), en ese re-encuentro se asienta el fundamento de la *repetición simbólica*, en el sentido que lo encontrado es radicalmente distinto, siempre, de lo originalmente perdido. La razón de ese objeto primero es impedir la armonía entre el sujeto y el significante, “desarmonía” estructural que Lacan califica en su seminario “De otro al otro”<sup>222</sup> como “*el acontecimiento Freud*”: “Supone el cuestionamiento radical de todo efecto de representación, la desaparición de cualquier connivencia con la representación de lo que ocurre con lo representado como tal”. Así pues, *das Ding*, puede leerse como el “gran despertador” del psicoanálisis.

### ***La letra y la marca del trauma***

La inspiración del texto lacaniano nos orienta para pensar lo traumático en la particularidad de un sujeto *hablante*. En “*La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*”<sup>223</sup>, Lacan define en qué consiste su “retorno a Freud”: apunta a la

---

<sup>221</sup> Lacan, J. (2005). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”, p.94.

<sup>222</sup> Lacan, J. (2008). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 16: De un Otro al otro”, p.179.

<sup>223</sup> Lacan, J. (2005). “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”. *Escritos I*.

estructura del lenguaje como la clave para hacer comprensible su legado. En este campo, nos interesa resaltar lo que Lacan define por la *letra*, en sus relaciones con el significante y su relevancia para plantear la cuestión del sujeto y del trauma. Este problema nos parece pertinente, por cuanto la clínica nos orienta sobre qué pistas debemos tomar, en este caso, escuchamos con cierta frecuencia de quien asegura haber padecido de un abuso sexual: “*Eso que a mí me pasó me marcó para siempre*”, ocasión para poner a prueba la relación que esta “marca” tiene con la letra. Primera cuestión entonces: si el trauma en relación con la “marca” es aquello que permanece fijo, lo que no se mueve de lugar, habrá que averiguar qué sentido habría que darle, sobre todo habría que saber si la frase “*Eso que a mí me pasó...*” alcanza o no un estatuto sintomático. En el texto de Lacan ya citado, encontramos la siguiente definición de *letra*: “Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje” (p.475).

Antes de continuar con Lacan, vamos a remitirnos brevemente hacia lo que Freud llama las *Sachvorstellung*, las representaciones de cosa, de algún modo también, la materialidad de la representación, sin embargo, necesitamos precisar algunos términos. En efecto, Freud se refiere a estas *Sachvorstellung*, en *Lo inconciente*<sup>224</sup>, como lo que consiste en “la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella”. Una de las consecuencias más importantes que se desprenden de esta definición, me parece que es la que apuntaron Laplanche y Pontalis en su “Diccionario de psicoanálisis”<sup>225</sup>, a saber, que la huella mnémica se diferencia netamente de la representación-cosa por definirse simplemente como la inscripción de un lugar, a diferencia de la representación-cosa, que es la investidura de esa huella, en otras palabras, la huella sólo define su existencia a partir de una perspectiva tópica de un aparato de memoria, mientras que una perspectiva económica queda reservada para quien puede evocar lo que se inscribió. Encontramos aquí –bajo la concepción de investidura- todos los ecos de lo que Freud definía como *trabajo* de rememoración en la cura analítica, es decir, la re-organización *nachträglich* de esos lugares de inscripción.

---

<sup>224</sup> Freud, S. (1991). “Lo inconciente (1915)”. Volumen XIV, p.198.

<sup>225</sup> Laplanche, J. & Pontalis, J.-B. (1996). “Diccionario de psicoanálisis”.

Mucho antes, en el año 1891 Freud publica un pequeño artículo sobre las afasias, llamado “Palabra y cosa”, que figura como apéndice al texto *Lo inconciente*; se trata esencialmente de una investigación sobre la palabra y el lenguaje en sus relaciones con las “cosas del mundo”. Una de las conclusiones principales de este trabajo, es que la representación-palabra se liga a la representación-cosa sólo desde la “imagen sonora”, es decir, desde lo “oído”, que es la percepción acústica de la palabra. Aquí Freud ubica la *palabra* como la principal unidad funcional del lenguaje, y la define como “una representación compleja que se demuestra compuesta por elementos acústicos, visuales y kinestésicos” (p.207), siendo posible la fragmentación de estos compuestos, lo que da lugar a las afasias como perturbaciones del lenguaje. Lo importante es que para comprender el significado de una palabra, la representación acústica de la palabra, que en sí no significa nada, debe referir a la representación de cosa (en este texto, Freud, en vez de utilizar el término *sachvorstellung*, prefiere escribir *objektvorstellung*, o sea, “representación-objeto”), y es que estas representaciones-objeto son “un complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas y otras” (p.211). Estas cosas son el *Ding*, los “objetos del mundo” {*Gegenstand*}, y que son posibles de captar en sus diversas propiedades sensoriales. Freud llama “fenómenos de atención dividida”, cuando, por ejemplo, se leen “pruebas de imprenta, para lo cual procedo a prestar particular atención a las imágenes visuales de las letras y otros signos de la escritura, se me escapa el sentido de lo leído” (p.210). Una letra, entonces, es un elemento fonemático escritural independiente del sentido global de la palabra, y al contrario de esta última, está abierta a recibir “nuevas impresiones dentro de la misma cadena asociativa” (ídem). He aquí, Freud, médico, aún no psicoanalista, pero interesado en la estructura del lenguaje. Tan indispensable se volvió la investigación de esa estructura, que Freud puede situar a partir de su descomposición, al sistema inconciente. En efecto, volvemos al texto de *Lo inconciente*, para leer que: “El sistema *incc* contiene las investiduras de cosas de los objetos, que son las investiduras de objeto primarias y genuinas” (p.198). Por su parte, el sistema conciente, “abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra” (ídem). Vale la pena recordar que estas representaciones-cosa se comportan de acuerdo al proceso primario, o sea, se *ordenan* y *reordenan* en la condensación y el desplazamiento, las de

dos leyes que gobiernan al sistema inconciente. Con esto, lo inconciente está bien lejos de ser “anárquico”. ¿Cómo podemos reconocer un lenguaje inconciente? Además de las frases del sueño, la experiencia clínica de Victor Tausk con pacientes esquizofrénicos le muestra a Freud este particular comportamiento del lenguaje: “Una de las enfermas de Tausk, una muchacha que fue llevada a la clínica después de una querrela con su amado, se queja: *Los ojos no está derechos, están torcidos {verdrehen}*” (p.194). El reproche contra el amado es que él es un *torcedor de ojos* (ídem), o sea, un “hipócrita”. ¿Qué tiene que ver la palabra “ojo” con el sentido que esta paciente quiere expresar, que su amado es un “hipócrita”? Resulta que el *dicho esquizofrénico*, lo mismo que los pensamientos oníricos, consisten en tratar las palabras como cosas: las palabras son sometidas a condensaciones y desplazamientos, ello deriva en que una misma palabra pueda llevar a múltiples referentes<sup>226</sup>. Es así como la palabra “ojo” en el dicho esquizofrénico funciona como cosa: hay una cierta arbitrariedad en el uso de significación que el paciente de Tausk le da: diríamos que sustrae del lazo social un sentido “autista”.

¿Cómo es que hay significantes que el sujeto reconoce como privilegiados, por qué no decir, significante “traumáticos” que articulan la función sujeto<sup>227</sup>? En el caso del Hombre de las ratas<sup>228</sup>, Freud pudo aislar el *Raten*, que es, propiamente hablando apropiada, expropiada del contexto de un relato militar, para jugar un papel clave en el síntoma. Este Hombre de las ratas, podríamos decir, se compromete “hasta la médula” con ese “*Raten*”, para repetirlo en todos sus síntomas. Bajo ese “comprometerse” se nos hace más comprensible la función de *borramiento* con que Lacan se refiere a la primera aparición del sujeto: “Una marca es una huella, no es un significante (...) La huella del

---

<sup>226</sup> Esta última idea permitiría a Masotta (2000) concluir que “de la misma manera que la pulsión no conduce al objeto, tampoco la palabra conduce a lo que ella significa, no asegura (como en el chiste) sobre su referente” (p.46).

<sup>227</sup> Ejemplo de estos “significantes últimos”, punto de llegada de la cadena simbólica, es la articulación fonemática “Pood-d-je-li”, imagen que nos trae Leclair en “*Psicoanalizar*”, de un paciente que resulta ser él mismo. Dicho *significante unario*, desprovisto de sentido es el resultado del trabajo interpretativo. Como señala Rabinovich (2004) “esos elementos se repetían, ya cifrados, en sueños, síntomas, recuerdos infantiles, y la transferencia anudados a diferentes significaciones” (p.56).

<sup>228</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X.

pie de Viernes que Robinson descubre en su paseo por la isla no es un significante. Por el contrario, suponiendo que él, Robinson, por una razón cualquiera, borre esa huella, ahí se introduce netamente la función del significante. A partir del momento en que es borrada, en que tiene sentido borrarla, lo que ha dejado una huella queda manifiestamente constituido como significado” (p.351). El significante en tanto “testimonio de una experiencia pasada” (ídem), por el sólo hecho de ser significante, tiene la propiedad metafórica, de crear una nueva significación. Existe una verdadera *alteridad* del significante, en cuanto que ya existe, no puede referirse a sí mismo, sólo a otro significante. El significante se define por su *diferencia absoluta*, dirá Lacan. El asunto está en cómo se produce la cadena mínima S1-S2, o sea, el primer borramiento de la huella o la primera impresión, en otras palabras, para aclarar lo que está en juego, Lacan señala en su *Seminario 16*<sup>229</sup> “*el que reemplaza sus huellas por su firma*” (p.286). Esto sólo es comparable a lo que Freud define como la *Urverdrängung*, represión originaria. Rabinovich, en lo que son sus seminarios clínicos de introducción al “El inconciente lacaniano”<sup>230</sup>, intenta situar la abstracción de esta *Urverdrängung* en la experiencia de constitución subjetiva, en ella “podemos situar una primera operación de borramiento, en el efecto que introduce el significante materno cuando significa al nuevo ser viviente. En el discurso del Otro que es el lugar donde el niño encuentra la primera representación de lo que es, su condición de viviente, sus instintos, no figuran ahí, están perdidos para el orden de la representación simbólica que es el campo del otro” (p.54). Hay un ejemplo muy esclarecedor sobre el asunto de la letra, que nos entrega Éric Laurent, en una de sus intervenciones en el seminario que llevaba a cabo Miller sobre “La experiencia de lo real”<sup>231</sup>. Se trata de un recuerdo infantil de Michel Leiris, que “marca su primer recuerdo, el recuerdo encubridor de su vida, y su relación con la felicidad, más exactamente, su relación con la desdicha y con la mujer que lo corrige. El hecho es que elige un soldado que le gusta y este está a punto de caer... él lo atrapa justo y dice: “Lizmente [reusement]. Su madre lo corrige: “No, no se dice “lizmente”, se dice “felizmente” [heureusement]” (p.199). Este primer recuerdo de Leiris, permite decir además que la letra, en tanto pertenece a lo que se inscribe en el

---

<sup>229</sup> Lacan, J. (2008). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 16: De un Otro al otro”.

<sup>230</sup> Rabinovich, N. (2004). “El inconciente lacaniano”.

<sup>231</sup> Miller, J.-A. (2003). “La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica”.

registro de la escritura, estuvo después que el significante, en tanto palabra hablada que viene del otro, en este caso, de la madre. ¿Qué es lo que se inscribió para Leiris? Principalmente el “fe” que faltaba a su “lizmente”, pero queda “marcado” por la infelicidad del primer encuentro con una pérdida de goce, “la felicidad perdida para siempre” (ídem), “De allí se deduce la posición subjetiva ligada a esta compañía de la infelicidad que tendrá siempre a través de todas las significaciones, a través de todos los efectos de sentido; es una relación con la desgracia del ser, que acompañará al sujeto” (ídem). Aquí, la letra que escribió una pérdida de goce se inscribió como “litoral”, es decir, lo que separa lo real de lo simbólico.

Pero ya hemos ido en este pequeño capítulo lo suficientemente lejos y entonces nos detendremos aquí. Sólo un apunte más que demostrará todo su valor luego que presentemos el caso clínico, se trata de una referencia de Lacan, breve, de su *Seminario “De un Otro al otro”*<sup>232</sup>, pero que está en la justa mira de lo que buscamos: se trata de nuevo de la problemática de la asunción del sujeto en relación con la huella. ¿Qué hace Pulgarcito en el cuento, cuando esparce las “piedritas blancas” para no perderse? Lacan dice que es una operación del significante que se distingue de la huella. En efecto, Pulgarcito busca engañar al Otro haciendo huellas. Así pues, el sujeto que habla “se distingue efectivamente de todo organismo vivo, en que puede borrar sus huellas, y borrarlas como tales, como siendo huellas. Esto basta para que pueda hacer algo más que huellas, hacer por ejemplo citas que se da a sí mismo” (p.286). La letra, en cambio, es una inscripción sin el Otro, no puede engañar a nadie, porque no representa más que el encuentro contingente (*tyche*) del sujeto con lo real. La operación de la letra se equipararía a la *pulsión de muerte* freudiana, ya que respondería a una desligadura {*Entbindung*}, que agujerea el sentido del discurso para esforzar {*Drang*} siempre a la repetición fallida de su propio ser, y desde allí, ser causa de otras ligaduras aunque también fallidas, ya que, si interviene el Otro (por definición, barrado), el sentido *pleno* nunca estará asegurado. Esta es una de las maneras como Lacan entendió su “retorno a Freud” y que Jorge Chamorro dice bien: “(...) cuando uno pasa el psicoanálisis por el lenguaje, la castración no pasa por el pene, sino pasa por el sentido”<sup>233</sup>.

---

<sup>232</sup> Lacan, J. (2008). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 16: De un Otro al otro”.

<sup>233</sup> Chamorro, J. (2005). “Las entrevistas preliminares y la clínica diferencial”, p.12.



## **4. Lo traumático en el abuso sexual infantil**

“Yo aguzaba el oído cuando los pacientes me acusaban de ser insensible, frío, y hasta cruel, y cuando me reprochaban ser egoísta, sin corazón y presuntuoso; también cuando me gritaban “Por favor, ayúdeme rápido, no me deje morir en la desesperación...”<sup>234</sup>.

### ***Fantasia y pareja inconciente***

En nuestra lengua castellana la palabra *abuso* es pariente sin duda de otra que hemos venido revisando, y que es “hija” de la historia del psicoanálisis: la *seducción*. En efecto, el “seducido” nos dice sobre un sujeto que se encuentra con una sexualidad extraña venida de afuera, es en este sentido que para Assoun la seducción {*Verführung*} significa el ser “desviado por otro en su sexualidad”<sup>235</sup>. El abuso sexual, al inscribirse en la rememoración del síntoma como fantasía inconciente, permitiría plantear que funcionaría como un *recuerdo encubridor* a interpretar, para capturar, como diría Lacan, al sujeto de la enunciación: enmascarado en el recuerdo del abuso sexual se encontraría siempre el sustrato edípico del deseo prohibido por el padre. ¿Sin embargo, llena esta perspectiva nuestra pregunta del por qué un recuerdo de abuso sexual se ubica como nudo traumático en el relato de la sesión analítica? Mientras tanto, el *cliché* se repite: “desde que eso me pasó...”.

Una vía “clásica” para abordar este problema es pensar el abuso como texto estructurante de la fantasía histórica, quien –en su síntoma- debe de algún modo denunciar que su deseo siempre le llega desde otro lado: en la recusación de esta dialéctica, aprendimos por la figura del *nebensmench* que el deseo humano siempre pasa por la palabra del otro. La histórica testimonia esta alienación originaria, alienación que usualmente se jugaría en el fantasma entre las dicotomías de masculino y femenino. Sexualidad que por la seducción más que serle “extraña”, el sujeto “extraña” como lo

---

<sup>234</sup> Ferenczi, S. (1984). Confusión de lengua entre los adultos y el niño”, p.1

<sup>235</sup> Assoun, P.-L. (2005). “Fundamentos del psicoanálisis”, p.123.

que alguna vez le fue separado. En un artículo muy clásico<sup>236</sup>, Freud escribe sobre la escenificación de sus histéricas en pleno ataque: “(...) ciertos ataques histéricos en que la enferma juega al mismo tiempo los dos papeles de la fantasía sexual que está en la base. Por ejemplo, como en un caso observado por mí, con una mano aprieta el vestido contra el vientre (en papel de mujer), y con la otra intenta arrancarla (en papel de varón)”. Este pasaje nos acerca a la función del fantasma en la histérica: el fantasma de abuso sexual tan frecuente en la clínica es tan verdadero como fallido. Verdadero por ser lo más singular del sujeto, y fallido en tanto no hay encuentro sexual armónico entre los sexos; única manera para la histérica de conservar –vía significación fálica- la diferencia sexual que instituye la castración. André<sup>237</sup> lo dice muy bien: “Como lo ilustran los fantasmas de violación, tan frecuentes en el discurso o en los sueños de la histérica, el sujeto histérico se presenta como dividido, jalonado entre dos representaciones que busca identificar como uno u otro sexo. La histérica es literalmente el lugar de una guerra entre los sexos cuyo guión es siempre el mismo: un goce masculino se impone por la fuerza a la feminidad que se hunde, desde entonces, en la ausencia o en el estado hipnoide que describía Breuer”. Este es el verdadero sentido que habría que darle al saber filogenético encerrado en las fantasías originarias de las que Freud nos rebelara en el “Hombre de los lobos”: el fin de la construcción de la *fiktion* de los fantasmas originarios es sostener la estructura simbólica de la castración al mismo tiempo que encontrar una manera “hablada” de decirla. *Verdad histórica {historich}* que encuentra su semblante en un relato sobre el origen del deseo.

Recordemos que hay un *real* radicalmente Otro de esa diferencia que no puede decirse, es el avistamiento del Hombre de los lobos de una escena sexual en la alcoba de los padres. El sujeto, en su análisis –también Freud- deberán pronunciar su *non liquet* {no está claro} sobre el valor de realidad de esa escena y concentrarse en cambio en el valor traumático de la distensión infinita de la diferencia que instala ella misma. El Hombre de los lobos no puede llegar a decir suficientemente bien lo que es un hombre y una mujer sin la ayuda del *falo*, que, como símbolo, también puede ser interrogado en su

---

<sup>236</sup> Freud, S. (1991). “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908)”. Volumen IX, Pp.146-47.

<sup>237</sup> André, S. (2002). “¿Qué quiere una mujer?”, p.18

propia coherencia. Lacan<sup>238</sup> nos dice que el falo “es elevado a la función de significante, es escogido como lo más sobresaliente de lo que puede captarse en lo real de la copulación sexual”, al mismo tiempo, es tomado por el discurso de la histeria para demostrar lo insuficiente que resulta ser como atributo donado por el padre.

La escena originaria de la histeria es la identificación con la pasivización en la escena sexual, lo que quiere decir que allí encontraría una respuesta posible a la cuestión de la feminidad y del Otro sexo. Así, en las fantasías de seducción tempranamente descubiertas por Freud, se esconde la teoría sexual infantil sobre la identidad sexual, que, en el caso de la variante neurótica, es un lugar de goce protegido por el anonimato de la construcción fantasmal. Para concluir, en la disyunción de los sexos, el síntoma histérico encuentra su lugar predilecto para hacer de él su guión fundamental.

En todo caso el ataque histérico es síntoma *per se* que priva al sujeto de la palabra. El que está *atacado*, no puede hacer más que con su mímica: es el fracaso de la palabra y el éxito del cuerpo en su motricidad plena. Triunfa la descarga de afecto, que nos recuerda que lo inconciente no es sin un cuerpo. El cuerpo atacado en el grito respondería a una lógica traumática, como lo señala Assoun<sup>239</sup>: “efecto de sorpresa, momento de interrupción del proferimiento sintáctico que produce un sobresalto (“*haut-le-corps*”)” (p.248). Assoun encuentra en los fenómenos de *interjección* una manera de designar ese momento de interrupción discursiva, así es como en la exclamación se expresaría cierto dolor: el sujeto exclama cuando no puede callarse ni hablar. El “Hombre de las ratas”<sup>240</sup> lo “expresa” bien, cuando indignado contra el padre que lo azotaba, le arroja palabras “¡Eh, tú, lámpara, pañuelo, plato!, etc.” (ídem). Hace del significante una piedra y la arroja al otro. Lo que ocurriría con la exclamación interjeectiva o con el grito es la irrupción del cuerpo en sus modos de expresión cuando el lenguaje amenaza hundirse. De este modo, puede decirse que el ataque histérico es el cuerpo atacado por un afecto des-ligado y en este sentido guarda algún parentesco con la interjección que destaca Assoun; a diferencia del lapsus, en el ataque la falta de

---

<sup>238</sup> Lacan, J. (2005). “La significación del falo”. *Escritos II*, p.672

<sup>239</sup> Assoun, P.-L. (1998). “Lecciones psicoanalíticas sobre cuerpo y síntoma”.

<sup>240</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X, p.161.

representación se paga con el cuerpo y no con el significante sustitutivo. Registro que en definitiva dicta la excomunión del sujeto con la palabra, que en la *interjección* es vivido como mera dificultad, y en el ataque, como instante de crisis, sensación de anulación por un Otro radicalmente extranjero.

El texto abusivo de la pareja inconciente también es posible de encontrar en el delirio de Schreber<sup>241</sup>, ocasión que nos permite recordar que el contenido de la fantasía no permite hacer el diagnóstico diferencial entre neurosis y psicosis, menos aún con perversión. El horizonte de la diferencia sexual, lo que el sujeto puede decir sobre la disyunción masculino/femenino es tema obligado para abordar la cuestión del *delirio de emasculación* en Schreber. En efecto, dicha construcción supone para Schreber un plan divino que consiste en su metamorfosis en mujer. Su fantasma de deseo {*Wunschphantasie*} es revelado por la expresión original, es “la representación de lo hermosísimo que es sin duda ser una mujer sometida al acoplamiento” (p.14). Allí se desencadenó el conflicto. Y pronto se entrama la divinidad en el delirio “Por el otro lado, Dios pide un goce continuo, en correspondencia a las condiciones de existencia de las almas con arreglo al orden del universo; es mi misión ofrecérselo (...) en la forma del más vasto desarrollo de la voluptuosidad del alma” (p.32). Se encuentra, según lo señala Assoun<sup>242</sup>, la idea de una “violación divina” (p.94). ¿Por qué para Schreber habría sido tan importante cumplir con ese plan? Para este mismo autor, mientras que el neurótico se mortifica con la imposible deducción de lo masculino y femenino, “girando incansablemente alrededor del asunto con los recursos del fantasma” (p.138), el perverso “aporta una solución escandalosa, con el recurso del montaje fetichista” (ídem), donde su estilo sería la transgresión, mientras que el psicótico “se estrella contra la castración, experimenta lo real por el delirio” (ídem). Por eso, la fantasía del ataque histérico muestra que la diferencia entre los dos sexos no es absoluta, y en este sentido es al mismo tiempo el intento impotente de dar una respuesta de solución, en el caso del psicótico, el delirio de Schreber es el “intento de curación”, por la “acción de los rayos generadores”, frente a lo rechazado {*forcluido*} el significante fálico que permite

---

<sup>241</sup> Freud, S. (1991). “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (1911 [1910])”. Volumen XII.

<sup>242</sup> Assoun, P.-L. (2006). “Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino”.

referirse a la diferencia sexual. Aquí, paradójicamente a lo que entendería el sentido común, la fantasía de abuso sexual protege al sujeto del trauma<sup>243</sup>, en efecto, Schreber puede reconstruir sus lazos con el mundo y con el Otro. Para concluir, diremos que el fantasma bisexual de abuso sexual pone en diálogo a los dos sexos, con la clásica fachada dicotómica masculino-activo y femenino-pasivo, que permite la juntura del cuerpo real con la diferencia simbólica de la pareja inconciente.

### ***Perversión y fantasma pedófilo***

El analista sabrá reconocer en su analizante cuando expresa la fantasía edípica del padre “abusador”, con lo cual se cumple el programa del deseo inconciente, profundamente reprimido, pues refiere a la prohibición originaria del incesto. Interdicción que sostiene toda la línea de la demanda clave de la tópica inconciente. El reverso de la demanda inconciente es la posición del demandado, en efecto, la pregunta que lo inscribe como tal dirá, ¿cómo es posible no estar a merced del deseo del Otro? Problemática del deseo por la que el neurótico atravesará en su análisis. Sin embargo, decíamos, la distinción es necesaria entre esta posición, estructurante del deseo y aquella que es el relato del niño tomado como objeto sexual de un adulto. Es Ferenczi<sup>244</sup> quien llamó la atención de Freud al proponer un campo clínico distinto<sup>245</sup>, cuando sitúa al adulto y al niño en la escena perversa, más allá de cómo ya lo hemos señalado, del campo que abrió Freud en los *Tres ensayos*, es decir, que toda sexualidad inconciente es por definición perversa, o sea, desviación de la pulsión de su fin y meta “naturales”. No se trataría para Ferenczi de volver a la inocencia infantil<sup>246</sup>, sino de poder distinguir un problema clínico, que en

---

<sup>243</sup> La intelección que sigue la debo al Profesor Hugo Rojas, en uno de sus comentarios de avance de tesis.

<sup>244</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”.

<sup>245</sup> Roberto Aceituno, en su clase del 27 de junio de 2008, en el marco del Programa de Magíster en Psicología Clínica de Adultos, coincidiría con Ferenczi al plantear la particularidad de una clínica donde lo abusivo está en primer orden, se trata del niño enfrentado a un adulto quien se autorizó a practicar una transgresión, y además “inmiscuirse en el cuerpo del otro”. Este comentario al menos llevaría a interrogarse sobre el estatuto del deseo en una clínica donde lo abusivo se levanta como una problemática decisiva.

<sup>246</sup> Ni, como marca Assoun (2005) a las “teoría ingenuamente realistas” (p.126), que ignoran al sujeto inconciente en los recuerdos tempranos de seducción.

lo fundamental consiste en la pregunta de cómo el niño puede sostener su frágil condición neurótica, siendo aún un “aprendiz” de la cuestión del deseo y la ley.

André<sup>247</sup> retoma con lucidez la cuestión de la perversión en la clínica para hacer algunas distinciones. Primero, señala, no es lo mismo decir “atracción sexual” a “crimen sexual” (p.3). Recuerda el caso de Marc Dutroux en Francia, donde para él la carne del niño adquiriría valor de uso. El caso Dutroux revelaba el papel fundamental del sadismo en el ser humano: “Los niños que Dutroux secuestraba no estaban destinados simplemente a los placeres de algún cliente rico. Parece ser que estaban destinados a la fabricación de cassettes pornográficas sádicas, “snuff movies”, es decir, películas que muestran niños violados y torturados hasta la muerte” (p.4).

En el crimen, sería protagónica una pulsión sádica, que tiene por resultado el maltrato y tortura a los niños. No es lo mismo para el perverso pedófilo, quien se ajustaría mejor a una “atracción sexual” por la condición infantil del niño y quien además tendría una concepción de mundo sobre el niño y la infancia. Para él, es el niño quien ha sido corrompido en su libertad sexual por el adulto, se trata por ende de devolver al niño su sexualidad “original”. En palabras de André, “a lo que apunta la perversión pedófila es al niño cuyo cuerpo o cuyo espíritu no han elegido aún verdaderamente su sexo. Es el ángel o el angelote como se prefiera. Es el niño aparentemente asexuado o sexuado de una manera indefinida, es el ser que encarna en cierto modo el desmentido<sup>248</sup> opuesto al reconocimiento de la diferencia de los sexos, y en quien el pedófilo discierne, por esta misma razón, la dicha de una sexualidad completa, más amplia que la de los adultos” (p.15). En cambio, el violador sexual, su conducta tiene que ver con el sadismo, “el no-consentimiento del otro es condición necesaria” (p.13). La subjetividad de esta perversión busca probar que se puede hacer gozar al otro por la fuerza, que el goce no

---

<sup>247</sup> André, S. (1999). “La significación de la pedofilia”.

<sup>248</sup> En su artículo “Fetichismo (1927)”, Freud formaliza la posición de estructura en la perversión ante la percepción de la castración: en oposición a la represión *{Verdrängung}*, desalojo de su representación, el fetichista se orienta por una “desmentida” *{Verleugnung}* de ella. Es importante señalar el alcance de la perversión como *posición subjetiva*, y no confundirla con la “sexualidad perversa polimorfa del niño”, que nos dice que la pulsión en sí misma se debía de sus fines naturales.

necesita del deseo, porque hay una ley que se impone, *la ley del imperativo del goce*<sup>249</sup>. Esta última condición vale tanto para el pedófilo como para el violador. Como lo subraya Aceituno<sup>250</sup>, “en la perversión de lo que se trata más bien es de poner al servicio de una Ley o de un Ideal anónimo, cadaverizado, es decir, al servicio de un goce sin nombre, la división subjetiva del otro” (p.3). Se comprueba así que, para capitalizar el lazo de *servidumbre* con el Otro, el “estilo” perverso se consagra a la transgresión de la ley del deseo para hacer del deseo su ley, metabolizada en goce. En síntesis, a decir de André, lo que permite distinguir al neurótico del perverso, como decíamos, no es el contenido del fantasma, es el uso que se hace de él. En efecto, mientras que en el primero el fantasma se sustrae del lazo social, siendo así su “gran secreto” inconfesable, el perverso “se sirve del fantasma (...) para crear un lazo social en el que su singularidad pueda realizarse” (p.11). Ahora bien, como todo fantasma exige la participación de un *partenaire*, en el perverso éste tiene una función demostrativa, en su “necesidad de obtener la complicidad forzada del otro” (Ídem). En este mismo sentido, la perversión como *contrato* con el *partenaire* y con el Otro es distinta del contrato de amor que entabla el neurótico donde el tercero aparece como garante de aquél y en términos estrictos, de la ley. En el perverso, a decir de Clavreul<sup>251</sup>, el tercero tampoco está ausente, sin embargo, “Este tercero que está necesariamente presente para firmar o para confirmar la autenticidad de un lazo amoroso normal deberá aquí ser excluido, o más exactamente estar presente en una posición donde sea necesariamente *un ciego, un cómplice o un impotente*”.

*Confusión de lengua*<sup>252</sup> que intentaría establecer el perverso, en particular el pedófilo y su *ballet* de sexualidad con el niño, a tal punto llega su idealización de lo infantil. También es erotización de lo infantil, -“lenguaje de la pasión”, si queremos seguir la pista ferenciana- en el aspecto fetichista de este modo de entrar en relación. Pero lo que impulsa ese *ballet* es un cuestionamiento radical a todo lo que hay de *arbitrario en el*

---

<sup>249</sup> Lacan, J. (2005). “Kant con Sade”. *Escritos II*.

<sup>250</sup> Aceituno, R. (2002). “Transferencia, perversión y servidumbre”.

<sup>251</sup> Clavreul, J. “Le couple perverse”, p.28. En González, F. (2007). “De los secretos familiares a los institucionales”.

<sup>252</sup> Para parafrasear a Ferenczi (1984) y su texto central “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”.



*Otro*; como bien lo destaca Guyomard<sup>253</sup>, “el perverso *desafía* la ley que hace la diferencia, porque esa ley le llegó para él como arbitraria, como algo que no podemos escoger”, en efecto, Guyomard interroga, ¿Quién pidió ser hombre o mujer, o crecer y llegar a adulto, o más dramáticamente aún, quién pidió nacer? El perverso en su acto exigiría que el significante confiese lo que hay de arbitrario en él; lo que no soportaría es su deslizamiento definido (e indefinido) por la estructura. Así, parece que el padre muerto de la fantasmática perversa no es idéntico a la del neurótico, ya que si éste acepta el don de su Ley, el padre del perverso se habría revelado en todo su carácter de excepción, *padre totémico* que “impone toda ley según su poder” (ídem). El perverso ya hizo su propio contrato con ese Otro padre: trabajar para su goce. La cuestión de lo contractual no es dicho aquí de manera ingenua, en realidad es esencial para entender una de las claves en el discurso de la perversión. La historia del “escorpión y la rana”, que Guyomard nos presentara en su Seminario ilustra bien lo que el perverso hace con el contrato: “el escorpión quiere cruzar el río y le dice a la rana “¿pudo irme contigo?, la rana le dice, “no, no quiero llevarte al otro lado, si te llevo me vasa pinchar”, y el escorpión le dice, “por qué crees que te pincharía, si te pico en medio del río los dos nos ahogamos, va en contra de mi interés matarte”. Entonces la rana convencida con el argumento de ese contrato utilitarista, lleva al escorpión, saben perfectamente cómo termina, el escorpión pincha a la rana, se ahogan, la rana le dice entonces, ¿pero por qué hiciste eso?, bueno, responde el escorpión, porque *ese es mi goce*”.

Vemos en la figura del “*niño del abuso*” cernirse la cuestión del *lazo* en la teoría psicoanalítica, lazo que no es simplemente con el otro, nuestro semejante, es sobre todo –en clave lacaniana- con el Otro. Así, como lo destaca André<sup>254</sup>, el neurótico puede formar un tipo de lazo con los otros *por* la ley. Esa es la dimensión social del síntoma neurótico. En esa vía, la religión es el “síntoma por excelencia” (p.8). Es conocida la historia que escoge Freud para dar vida al origen del síntoma como lazo social: en “Tótem y tabú”<sup>255</sup>, la instauración de la ley sustituye el asesinato del padre, y el *tabú*,

---

<sup>253</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

<sup>254</sup> André, S. (1999). “La significación de la pedofilia”.

<sup>255</sup> Freud, S. (1991). “Tótem y tabú (1913 [1912-13])”. Volumen XIII.

como siendo la primera ley y a su vez el primer lazo entre los hermanos. “Tótem y tabú” recoge la idea freudiana de un superyó edipiano<sup>256</sup>, porque regula el intercambio entre pulsión y cultura. André destaca otro tipo de lazo que no se organizaría por el tabú que entrega su estructura al síntoma, es fundamentalmente la posición del perverso y de cómo éste aborda la cuestión del lazo, que es por otra vía, pero siempre en la lógica de la transgresión: “microsociedades de amos, amistosas, redes fundadas sobre una especie de pactos o de contratos que hoy en día no han sido todavía verdaderamente estudiados, pero en las que se puede subrayar que lo que aparece en la base del lazo es el fantasma y no el síntoma, y que la exigencia de singular se opone a cualquier idea de universalidad” (Pp.8-9).

### ***La problemática del secreto en el abuso sexual***

El abusador se las arregla para mantener con el niño un pacto de secreto. Esto lo expresaba una paciente con claridad cuando hablaba de la relación abusiva: “*él buscaba que fuésemos como cómplices*”. También se oyen frases que el abusador profiere al niño, tales como, “*este va ser nuestro secreto*”, o incluso “*si lo cuentas a alguien nadie te va creer*”. Estos niños pueden intuir que si estos actos son “secretos”, es porque es “algo malo, indebido”, y quedarían como “atrapados” en la relación abusiva, que es una relación de *servidumbre al goce del Otro*, si queremos volver a lo que apunta Aceituno<sup>257</sup>. El caso del fundador de la orden de Los Legionarios de Cristo, Marcel Maciel es ejemplar para retratar la cuestión del lazo en la perversión pedófila y la relación abusiva con el niño. Encontramos un artículo de González<sup>258</sup> que recoge el testimonio de algunas de las víctimas que estuvieron en el internado de la orden como discípulos de Maciel. En todas estas personas había un denominador común que acompañaba sus recuerdos, y éste era el profundo reproche contra ellos mismos porque a pesar de los años que habían pasado no podían entender las razones del silencio que

---

<sup>256</sup> Claramente se opone a otro que destacó Lacan en referencia a Sade: la cara “insensata” del superyó que obliga a gozar, que desafía la oposición pulsión de autoconservación/pulsión sexual, o sea, se sitúa en el mismo cuadrante de la pulsión de muerte.

<sup>257</sup> Aceituno, R. (2002). “Transferencia, perversión y servidumbre”.

<sup>258</sup> Es investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. El artículo que revisamos se titula “De los secretos familiares a los institucionales”.

guardaron. Hay un testimonio particularmente ilustrativo sobre los estragos subjetivos no del abuso directamente, sino del sentimiento de culpa en estas víctimas: “*Si mi padre se entera, me mata. Porque me mandó aquí para que me hiciera hombre y va a decir que yo los provoqué... quisiera ahorcarme*”. La culpa y la vergüenza son dos grandes obstáculos para romper el contrato perverso, índice a su vez que la víctima, el niño en este caso, participa del abuso con su fantasmática “medida” por lo social. El perverso sabe que la culpa y la vergüenza están del lado del niño y se vale de ello para mantener el contrato vigente. Sabe además que a su favor –también se encargará de favorecer, además, por su posición de poder- está la “*inverosimilitud*”<sup>259</sup> del testimonio del niño frente a los padres u otros adultos, o incluso en un eventual litigio jurídico. En la problemática de la Ley y de la omnisciencia del padre, puede ocurrir que el secreto del abuso se inscriba en la fantasmática del obsesivo convocando un sentimiento de culpa, que traducido como deseo prohibido, en el Hombre de las ratas rezaba: “Si yo tengo el deseo de ver desnuda a una mujer, mi padre tiene que morir”<sup>260</sup>. Como si lo traumático aquí se jugara en esa lógica *après coup* de la distancia-distensión entre la fantasmática del abuso en tanto transgresión de la ley y el pronunciamiento de esa ley que no llega nunca a tiempo, o inclusive, que no hay un castigo suficientemente severo que alcance a “saldar las cuentas”. Lo traumático es aquí la *souffrance*<sup>261</sup> entre acto y sanción. Sin embargo, ¿el estatuto del abuso en tanto secreto es equivalente a la fantasía que atormenta la Hombre de las ratas?

González llama “*zona traumática*” a esta “zona de silencio protegida por la inverosimilitud” (p.21). Habría que llamar la atención sobre qué de lo traumático se juega en esta zona de contradicciones que el perverso introduce al niño: “relación de sometimiento y, a la vez, de privilegio”<sup>262</sup>, o de angustia por la sensación de trasgresión de lo prohibido, y al mismo tiempo, dado que viene de Marcel Maciel, el niño se

---

<sup>259</sup> En el contexto psicojurídico chileno, encuentran vigencia las llamadas “pruebas de credibilidad del relato” en las víctimas.

<sup>260</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X, p.131.

<sup>261</sup> Con el doble significado de “espera” y “sufrimiento”, como lo destaca De la Fabián (1996) en “Tiempo y origen. Acerca del trauma en la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan”.

<sup>262</sup> En efecto, Marcel Maciel guiará al niño para significar la relación abusiva como “privilegiada”, al permitir que el niño se convierta en efebo de éste.

preguntará, ¿cómo puede él, el “padre fundador de la orden” (ídem) estar equivocado? Ahora bien, en el contexto de estas contradicciones se plantea el artículo de Ferenczi<sup>263</sup>, que se orienta por la pregunta siguiente, ¿cómo un niño puede resolver esta *confusión*, de tal manera de “salvar” su lazo con la posición del adulto no abusivo? Veremos más adelante la importancia que tiene para Ferenczi la noción de *clivaje*.

El abuso sexual como problemática clínica donde el *silenciamiento* se alza como un rasgo propio, es una línea de trabajo que también toman Abraham y Torok<sup>264</sup>. Ellos definen una *Realidad* con mayúscula: “como lo que es rechazado, enmascarado, denegado en tanto –precisamente- “realidad”, como aquello que, en la medida misma en que no debe ser conocido, *es*; en una palabra, se define como un *secreto*” (p.227). *Realidad*, que, en este sentido, “es asimilable a un delito e incluso a un crimen. Su nombre, el del crimen, no es sinónimo de lo prohibido, como el deseo mismo de la histérica. Su nombre es afirmativo, y por lo tanto innombrable, como el de Dios, como el del goce” (p.228). Aquí, el papel del analista es dar lugar a lo innombrable de la confesión, más que autorizar a su analizante a autorizarse él mismo a nombrar su deseo. El sueño de todo el que lleva esa “*cripta*”, como lo definen estos autores, es un tal “*Se mettre à table*” (Ídem) {“Sentarse a la mesa”<sup>265</sup>}, “¿No acude además al analista con el fin de denunciarse”? (Ídem). Aquí, analista y paciente tienen que vérselas con “palabras enterradas vivas” (p.230).

### ***Crimen neurótico y crimen perverso***

En su dimensión de acto, mientras que el perverso tiene la voluntad de prolongar todavía más el goce, el neurótico retrocede con su culpa, testimonio de un goce realizado y al mismo tiempo de su voluntad de volver a ubicarse en la frontera del fantasma y por detrás de la línea de la ley. Es el caso del “Hombre de las ratas”<sup>266</sup>, que

---

<sup>263</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”.

<sup>264</sup> Abraham, N. & Torok, M. (2005). “La corteza y el núcleo”.

<sup>265</sup> En francés este “*Se mettre à table*” connota la significación de, digamos, “sentarse para hacer la confesión”.

<sup>266</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X.

en el consultorio de Freud en medio del relato de la tortura de las ratas *{Ratten}*, significante nuclear a ser recordado que organiza el síntoma, no puede más que interrumpirse para dejar que el cuerpo irrumpa en su motilidad. Así se lee la narración que Freud recoge de su paciente: “quiero empezar hoy con la vivencia que fue para mí la ocasión directa de acudir a usted (...)” (p.132). Este hombre no puede continuar en su acto enunciativo, debe ponerse de pie, caminar, etc. A raíz de esta observación, Freud dice “En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como *horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él mismo (...)*” (p.133). Basta recordar la lógica de Freud sobre el destino de la escena de seducción para el obsesivo, aquél quien se supone fue *activo* en la escena sexual y reprimió por haber experimentado una demasía de placer. No por ser activo en las escenas padeció menos que la histérica, lo demuestra la singular estructura de su síntoma. Pero se consume así la “hermandad” entre el obsesivo y la huella de su acto (realizado o no en la “realidad efectiva”), que él –ubicado en su propia impotencia- se esfuerza en borrar para volver a cubrir la falta, a ver si puede engañar la omnipotencia del Otro –del cual se lo supone omnisciente-.

Sabemos que el neurótico, en particular el neurótico obsesivo, se reprocha por su crimen inconciente, es testimonio de su propia verdad que le entrega el síntoma. Para el “Hombre de las ratas” el relato de la tortura que escuchara del Capitán sólo resultó ser traumático a *posteriori* por el hecho de inscribirse sincrónicamente en una estructura fantasmática<sup>267</sup>. Digámoslo así: un “criminal” ante su propia ley que escucha un relato de tortura y no puede menos que participar de ese guión de *alguna forma*. Escenografía que por supuesto ya captura su transferencia, porque este oficial es un hombre que “*evidentemente amaba lo cruel*” (p.133), característica que le hace recordar a su propio padre. Resulta interesante referirse al diálogo que mantiene este hombre con Freud en su primer encuentro, donde aparecen todas las características de un discurso *interrumpido*: “¿Acaso se refiere al empalamiento? –“no, eso no, sino que el condenado es atado” (se expresaba de manera tan poco nítida que no pude colegir enseguida en qué postura), “sobre su trasero es puesto un tarro dado vuelta, en este luego hacen entrar *ratas*

---

<sup>267</sup> Cuestión que lleva a reflexionar sobre el problema esencial de la inscripción del recuerdo abusivo: si se entrama o no en una discursividad neurótica.

{*Ratten*}, que” (de nuevo se había puesto de pie y mostraba todos los signos del horror y la resistencia” “*penetraban*”. En el ano, pude completar” (p.133). Cabe suponer que la *interrupción* del discurso es una manera análoga de interrumpir el circuito del deseo a su satisfacción, de este modo el obsesivo mantiene esa relación tan singular con la ley, que sufre siempre como *postergación* de su acto. Un elogio sobre el acto es el que realiza César antes de traspasar el riachuelo Rubicón –símbolo del límite de la *duda*-, cuando dice “*Jacta alea est*” {la suerte está echada}. Como lo destaca Gabriel Lombardi<sup>268</sup>, lo que hay allí es un sujeto que ordena “¡quiero esto!”, momento de realización de la demanda y al mismo tiempo estrechamiento del campo del deseo.

El gran temor obsesivo, como bautiza Freud este “recuerdo hipervalente” reclama esclarecimiento, y su entendimiento llegará por vía analítica, pieza por pieza, en el trabajo asociativo. Es así como el “complejo del padre” –el “fracaso” del vínculo erótico reprimido con él- tendrá tanta resonancia en este caso, lo mismo que el temprano papel que desempeñaban las ratas en conexión con el dinero, en la línea del erotismo anal. Las “palabras-puente” prestan un valioso apoyo a este efecto: las “ratas” {“*Ratten*”} entran en ocurrencia con “cuotas” {“*Raten*”<sup>269</sup>}. Y cuando Freud le comunica el “precio de la hora de tratamiento”, se entera más tarde que este hombre ya construye la frase que lleva la marca personal de su fantasma: “Tantos florines, tantas ratas” (p.167). Así progresa Freud en la cura, sabe que las respuestas al enigma que le plantea el síntoma neurótico las hallará *dándole la palabra a su analizante*. ¿Por qué para este hombre fue tan horroroso escuchar este *castigo de las ratas* contado por el Capitán, ese “hombre cruel”? Por los caminos del andamiaje significativo del síntoma, porque el recuerdo se hace síntoma a la medida de un temor obsesivo, Freud encamina a su paciente hacia la neurosis infantil. Allí se encuentra con que la palabra “*morder*” desempeñará un primerísimo papel en el síntoma, en efecto, uno de sus primeros recuerdos atormentados de infancia reza haber sido castigado por el padre con una “paliza” por haber “mordido” a una niñera. La rata entonces, era “la viva imagen de sí mismo” (p.169), porta de ese modo, el gran castigo del padre, y esa “angustia terrible a los golpes” (p.161). Freud

---

<sup>268</sup> Lombardi, G. (1993). “La clínica del psicoanálisis 2”.

<sup>269</sup> No olvidemos el “*Spielratte*”, literalmente, “rata de juego” o “jugador experimentado”, palabra que también se entrama en la ensambladura simbólica del síntoma.

entiende que, a veces, cuando este paciente tenía que levantarse del diván y pasearse por la habitación, poco antes exclamaba el *deseo de ser expulsado* afuera, por insultar a Freud en sus sueños, fantasías diurnas y ocurrencias: “¿cómo es posible, profesor, que usted se deje insultar por un tipo puerco, por un perdido como yo? Usted tiene que echarme afuera; no merezco otra cosa” (p.164). La angustia de este hombre consistía entonces en recibir una “*azotaina desmesurada*” (ídem) por Freud.

No obstante en algunas circunstancias muy particulares donde prima la angustia, el neurótico obsesivo puede llegar hasta el *acto criminal*, diremos que la puesta del acto que desafía la ley es propia de la escenificación de la posición subjetiva que ocupa el perverso. Como lo vimos en el apartado anterior, la *pasión* del perverso se distingue en una particular relación de la ley y el goce. Si el neurótico “se imagina perverso en secreto”<sup>270</sup>, y su goce “siempre va acompañado de culpabilidad” (Ídem), el perverso se esfuerza en demostrar en la escena perversa con su *partenaire* que el goce predomina sobre el deseo. El deseo del perverso es *deseo de gozar*, y no deseo prohibido, como en el neurótico obsesivo. No es que el perverso estuviera fuera de la ley, sólo que su ley es tan implacable como en el obsesivo, es un *imperativo de goce*<sup>271</sup>. Si el perverso cumple su “gran desmentida” de la ley de la diferencia de los sexos (desmentida del símbolo fálico en último término) hasta el punto de escenificarla, el obsesivo hace de la duda su imperativo categórico.

La posición del perverso la estudia Lacan con profundidad en la obra del Marqués de Sade<sup>272</sup>, quien hace del acto de la transgresión su principal imperativo: “tomemos como máxima universal de nuestra acción el derecho a gozar de cualquier prójimo como instrumento de nuestro placer” (p.98). Así es como Sade atenta contra la imagen del otro, va más allá de los preceptos morales, del sentimiento de culpa y de la represión, que organiza la cultura. Franquea el límite no en el fantasma (como el neurótico), sino que en la teoría, nos habla de la *virtud del crimen*, para “descubrir las leyes del espacio

---

<sup>270</sup> André, S. (1999). “La significación de la pedofilia”

<sup>271</sup> Lacan, J. (2005). “Kant con Sade”. *Escritos II*.

<sup>272</sup> Sobre todo en Lacan, J. (2005). “El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”. (p.98).

del prójimo” (p.239); quiere demostrar que el neurótico hace semblante del deseo, como en el caso de la histérica, que a decir de Miller<sup>273</sup>, utiliza el velo para provocar la tentación del Otro. A diferencia del perverso, ¿Cómo el neurótico puede hacer del crimen una virtud, si sobre el mismo prójimo, su imagen, nos hemos formado como *yo*? Lacan acompaña a Freud en su examen de “El malestar en la cultura”<sup>274</sup> y de su crítica sustancial al mandamiento de la ley de Dios que dice: “*amarás a tu prójimo como a ti mismo*” por ser imposible. En efecto, se comprueba un núcleo de *destrudo* o de goce en la propia cultura que en la subjetividad se traduce como malestar. El malestar en la cultura es un *no encuentro* originario con el prójimo. Vamos a citar la traducción de Lacan<sup>275</sup> del pasaje Freudiano, que aparece iluminadora: “El hombre intenta satisfacer su necesidad de agresión a expensas de su prójimo, de explotar su trabajo sin compensación, de utilizarlo sexualmente sin su consentimiento, de apropiarse de sus bienes, de humillarlo, de infligirle sufrimientos, de martirizarlo y de matarlo”. Es lícito hablar de un deseo sádico que comprende el sufrimiento de su víctima, para entregarle al acto perverso un real alcance de transgresión, y así poder nombrar lo que es imposible decir sobre el goce. En otras palabras, lo que el perverso exige de su víctima es que entregue su angustia como moneda de cambio por la virtud del crimen. Porque, como hemos dicho, el objeto del goce para el neurótico permanece interdicto. Basta recordar a Edipo convertido en “héroe” de la tragedia humana, por haber visto su deseo realizado en ese momento clave de angustia que representan sus ojos *mirándolo* a él mismo desde el suelo<sup>276</sup>. La culpa que tortura al Edipo es por *no haber sabido*, o haber sabido demasiado tarde la tragedia: que su esposa era su propia madre y que había asesinado a su propio padre. Momento *traumático* en el mito, entre ese *demasiado tarde* y *demasiado pronto* –otra manera de formular *lo real* como el encuentro imposible que es

---

<sup>273</sup> Miller, J.-A. (2007). “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma.”, p.35.

<sup>274</sup> Freud, S. (1991). “El malestar en la cultura (1930 [1929])”. Volumen XXI.

<sup>275</sup> Lacan, J. (2005). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis”, Pp.223-24.

<sup>276</sup> La referencia lacaniana la encontramos en el Seminario 10 “La angustia”, allí se lee que a propósito de Edipo: “Aquel que poseyó el objeto del deseo y de la ley, aquel que gozó de su madre, Edipo, para llamarlo por su nombre, da este paso más, ve lo que ha hecho. Ustedes saben lo que entonces ocurre. ¿Cómo decir lo que es del orden de lo indecible, y cuya imagen, sin embargo, quiero hacer surgir? Ve lo que ha hecho, y a consecuencia de ello luego verá –ésta es la palabra con la que tropiezo-, un instante después, sus propios ojos, hinchados por un humor vítreo, en el suelo (...)” (p.176).



la repetición, para demostrar que la temporalidad está en falta- en que acude el saber del oráculo. En este punto recordamos las palabras del padre que *marcan* acaso el destino de la neurosis obsesiva del Hombre de las ratas: “Este chico será un gran hombre o un gran criminal”<sup>277</sup>.

### ***El “niño del abuso” y la transferencia analítica***

¿Cómo hablar del “niño del abuso” sin traicionar la sexualidad infantil, y sobre todo, sin traicionar lo que ese niño tiene que decir sobre *su* abuso? Se sabe que el psicoanálisis está en posición conflictiva con las teorías traumatológicas que homologan abuso y trauma, como si esta última quisiera decir que por sí sola la experiencia abusiva es traumática; errores como este se pagan caro en la clínica, y sobre todo lo paga caro el niño o el adulto que solicita nuestra ayuda, porque ahora pasa a ser víctima de un dispositivo de “tratamiento” más rectificatorio que orientado verdaderamente hacia una escucha de lo particular de cada quien. Es Ferenczi<sup>278</sup> quien reabre la cuestión de la perversidad de los adultos sobre la infancia no a partir del síntoma neurótico, sino del recuerdo traumático y de sus fracasos terapéuticos. El texto que nos vamos a centrar ahora fue escrito en 1932, “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” que, como lo subraya Guyomard<sup>279</sup>, no fue bien entendido por Freud hasta el punto de oponerse a su difusión en el Congreso psicoanalítico de Wiesbaden. Se trata para Ferenczi de distinguir qué tipo de lazo puede encontrar en adultos que tuvieron infancias donde primaban las violencias y los abusos, y que ahora el recuerdo y el recordar en la sesión no ayudaba a sus pacientes a aliviar una suerte de afectación traumática: “los pacientes comenzaban a quejarse de estados de angustia nocturna y sufrían incluso penosas pesadillas; la sesión de análisis solía degenerar en una crisis de angustia histérica. Esto, igual que la sintomatología que parecía alarmante, fue analizado de una forma concienzuda, lo cual convenció y tranquilizó aparentemente a los pacientes: el resultado, que se esperaba duradero, no lo era sin embargo y a la mañana siguiente el

---

<sup>277</sup> Freud, S. (1991). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. Volumen X.

<sup>278</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”.

<sup>279</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

enfermo volvía a quejarse de una noche terrible, siendo la sesión de análisis una nueva repetición del trauma” (p.1). Todo ocurre para Ferenczi como si hubiese un *clivaje* en la personalidad de sus pacientes –una suerte de *ruptura psíquica*–, algo habría ocurrido en la infancia, que tiene que ver con las violencias de los adultos, que impide que ese lado “clivado” se comprometa verdaderamente en el análisis por la vía de una *Verdrängung*: la puesta en práctica del trabajo asociativo parecía estéril. ¿Cómo podemos entender este *clivaje*? Según lo que apunta Guyomard, para nada pueden reducirse estas experiencias de violencias al recuerdo del trauma, se trata de análisis que están en un “callejón sin salida”: ocurre que los pacientes simplemente no pueden *confiar* ni en la palabra ni en la presencia del analista; la palabra analítica no pone en marcha el hilo asociativo que se espera en el trabajo rememorativo, esa palabra tiene más bien el valor de cuestionar la viabilidad del encuentro terapéutico como tal. En palabras de Guyomard: “Ferenczi fue uno de los primeros en usar ese término, el *trauma sexual*, tiene que ver con la confianza que puede tener el niño en el adulto, no es solamente el evento, es la *traición del adulto*. En el momento en que el adulto muestra otro rostro, otra violencia, una suerte de pasión sexual, es la cuestión esencial sobre la posibilidad de tener confianza, de entregarle la confianza a un adulto, en la palabra, eso es lo que es destruido, y esa destrucción de la confianza es un obstáculo mayor para la terapia”. Si este paciente logra hacer algún lazo con su analista, una parte de él, la que se ordena alrededor de esa *huella traumática* queda fuera, porque ese abuso o esa violencia no conocen otro destino que no sea repetición. Aquí, el analista es convocado más en su fiabilidad –la fiabilidad de su palabra es lo que importa– que en su lugar causa de deseo.

Lo fundamental para Ferenczi en este texto, coincide con su título, es el significante *confusión*<sup>280</sup>. Se trata de una confusión entre dos lenguajes, el de la “ternura”, propio del niño, y el de la “pasión”, propio del adulto. ¿En qué se diferencian? ¿Ferenczi ingenuamente quisiera volver a la supuesta inocencia infantil? ¿Habría sido esto lo que irritara a Freud? Ferenczi entiende este lenguaje de la “ternura” en la línea de la sexualidad perversa del niño, para apuntar lo que califica como “amor objetal” y todo lo que es del orden de la fantasía. Sin embargo, a veces este niño choca, por así decir, con

---

<sup>280</sup> Significante clave también de su propia transferencia con Freud, puesto que su motivo precipita la fractura entre ambos.

la “pasión” de los adultos, que no son ni más ni menos que las violencias o los excesos que pueden cometer los adultos. Es lo que ocurre en el encuentro de un niño con un adulto que lo lleva hacia un encuentro sexual. ¿Qué puede pasar a partir de ahí con ese niño entonces? Ferenczi es categórico: “Si el niño se recupera de la agresión, siente una confusión enorme; a decir verdad ya está dividido, es a la vez inocente y culpable, y se ha roto su confianza en el testimonio de sus propios sentidos”<sup>281</sup>.

Si la transferencia analítica en sí misma es seducción y coartada, como lo ilumina Lacan a partir del relato del “diablo enamorado” de Jacques Cazotte, cuya pregunta interpela al Otro, *¿Che wuoi?* {¿qué (me) quiere de mí?}<sup>282</sup>, entonces quiere decir que hay un punto enigmático de parte del analista que es su propio deseo, y que permite a su vez que el analizante trabaje en el horizonte de la demanda. El problema para el “niño del abuso” de ubicarse en la línea del deseo de la transferencia de amor<sup>283</sup>, es que la pregunta del *deseo del Otro* le llegaría menos como enigma que como traición, porque el perverso, por así decir, “le enseñó el truco”, que la transferencia no es sino mascarada que cubre la falta, en efecto, cuando Lacan escribe la transferencia como *sujeto supuesto saber*, apela a la estructura engañosa del Otro, que acude con un saber para restituir la cadena significativa. De este modo se cumple la intervención del trauma en la transferencia, que el sujeto ubica como ese momento de develamiento de las trampas del Otro de la seducción. En efecto, “Las seducciones incestuosas se producen habitualmente de este modo: un adulto y un niño se aman; el niño tiene fantasías lúdicas, como por ejemplo desempeñar un papel maternal respecto al adulto. Este juego puede tomar una forma

---

<sup>281</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”, p.5.

<sup>282</sup> Assoun (2004) trabaja esta figura en sus “Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz”, para decir sobre el efecto de acorralamiento angustiante sobre el sujeto, comparable al instante en que en el sueño del Hombre de los lobos la ventana se abre de par en par, “He aquí, presente ante el llamado, respuesta monstruosa a la invocación, que pregunta a quien lo ha invocado qué desea” (Pp.132-33).

<sup>283</sup> La transferencia como problema de amor y su manejo por el analista es trabajada por Freud en la compilación de sus artículos sobre técnica psicoanalítica, en particular en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (1915 [1914])”, donde se lee “Uno retiene la transferencia de amor, pero la trata como algo no real, como una situación por la que se atraviesa en la cura, que debe ser reorientada hacia sus orígenes inconcientes (...)”. (p.169).

erótica, pero permanece siempre a nivel de la ternura”<sup>284</sup>. Es en este sentido que la transferencia para el “niño del abuso” es en realidad un asunto más de trampa y de sometimiento que de amor.

### ***El sujeto de la vergüenza***

La confesión del abuso puede ser la alternativa más difícil para el niño. Una de las víctimas de Maciel, ya adulto, apenas se sostiene bajo la mirada del otro en su relato: “Lo peor es la vergüenza. ¿Usted conoce la vergüenza, ¿la verdadera humillación? ¿Aquella de haber participado, incluso a pesar de uno, en una cosa horrible que no se osaría hablarlo con nadie?”<sup>285</sup>.

La vergüenza es la vertiente social del superyó ligado al objeto *mirada*. Respecto de la vocación social de la vergüenza, podemos mencionar lo que Freud apunta en “De guerra y muerte...”<sup>286</sup>, para sostener la tesis que la conciencia moral –que reúne culpa y vergüenza- denota la incorporación de la crítica parental y luego la crítica de la sociedad. En cuanto a la vergüenza como mirada, hay que recordar la formalización que propone Lacan de este objeto como una de las formas que asume el objeto *a*, cuestión que sin embargo ya había sido apuntada por Freud con el estudio del par exhibicionismo/voyerismo y que llamaría “pulsión escópica”. En su seminario sobre “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”<sup>287</sup>, Lacan señala que la mirada es un lugar privilegiado para que se instale una suerte de *esquizia*: en su relación con lo real, es lo que llega siempre en mal momento, tal es, la escena primaria construida a partir de lo visto y lo oído por el Hombre de los lobos. La *esquizia* es ese momento de imposibilidad del sujeto por situar cuánto mira y cuánto es mirado por el Otro.

---

<sup>284</sup> Ferenczi, S. (1984). “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”, p.4.

<sup>285</sup> González, F. (2007). “De los secretos familiares a los institucionales”, p.26.

<sup>286</sup> Freud, S. (1991). “De guerra y muerte. Temas de actualidad (1915)”. Volumen XIV.

<sup>287</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”.

Lacan sigue a Sartre en “El ser y la nada” para decir que la vergüenza es aquél “*me veo verme*” (p.88), o sea, mi propia mirada que encuentra la mirada del otro para sorprenderme de mirón, arrojándome de la escena como objeto. La vergüenza se vive para el sujeto como un sentimiento de extrema intimidad –intimidación- con el deseo, a tal punto de padecer la potencia del Otro: en este sentido es angustia social. Assoun<sup>288</sup> enseña que la vergüenza es “esa señal de alarma frente a algo *desvergonzado* en el deseo del otro”, siendo su escena originaria el “sueño de confusión de desnudez”<sup>289</sup>, como falta de aseo. La vergüenza es la sensación de la falta que se impone como *defecto* de la imagen o “mancha” en la ropa que se exhibe ante el Otro social. Ante la sanción social, el sujeto cae como desecho ante la mirada del otro. La mirada vergonzosa en tanto develamiento del defecto propio puede ser el reverso de la voz que vehiculiza el sentimiento de culpa, ambos llegan como una *tyche* para perforar la pantalla fantasmática.

El exhibicionista “Al intentar trasladar al otro, el espectador, la vergüenza íntima de su desnudez, transmite en cierto modo el reverso del sentimiento social, en un gesto *desvergonzado*”<sup>290</sup>, avanza hacia el goce y sabe que la vergüenza es su camino más directo. Capturado en el pacto perverso, el niño avergonzado sabe que avanzó, por así decir, “de la mano” del perverso hacia la desnudez de la imagen fálica cuya barrera es el *pudor*<sup>291</sup>. Puede decirse que el pudor aparece cuando el sujeto está al borde de la confesión de su fantasma, o al menos está tentado por el impulso a hablar. El pudor designa, en último término, un cuestionamiento a la condición de alienación del fantasma, porque señala la intervención de la ley en tanto mirada cuyo efecto es la caída de los señuelos del semejante.

---

<sup>288</sup> Assoun, P.-L. (2004). “Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz”.

<sup>289</sup> Véase en Freud, S. (1991). “La interpretación de los sueños (1900 [1899])”, Pp.249-250. En éste sueño Freud comprueba que, según su contenido manifiesto, el “quedarse-clavado-en-el-escalón” y la inhibición ante la mirada de la sirvienta, es también un sueño de exhibición de evidente contenido sexual.

<sup>290</sup> Assoun, P.-L. (2004). “Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz”, p.168.

<sup>291</sup> Lacan (2005) había establecido la relación entre el pudor y el desnudamiento fálico en su artículo “La significación del falo”, *Escritos II*.

### ***Trauma, develación y credibilidad***

La propiedad del significante es que puede “mentir”, esto es descubierto por Freud en la estructura del síntoma histérico señalada como *Proton pseudos* y en sus primeras conceptualizaciones de la transferencia (síntoma *per se* del consultorio analítico) como “enlace falso” *{falsche Verknüpfung}*. Posición además reafirmada por Lacan, quien toma como ejemplo ese cuento judío que ya hemos visto, el cual concluye con el reproche del otro amigo: “¿Por qué me dices que vas a Cracovia si en verdad vas a Cracovia”, cuestión que indica la posibilidad del ser hablante para hacer *huellas falsas*. Por la palabra el sujeto puede mentir, engañar a la ley, cuyo parentesco con la angustia es, a decir de Lacan, lo que no engaña. Sin embargo, no toda representación tiene asegurado su retorno, y por ende la inscripción por su diferencia<sup>292</sup>. La pregunta que una lectura *hilflosigkeit* de lo traumático puede aportar al “oficio de la representación” es cómo puede sostenerse su inscripción en los sistemas psíquicos, dicho de otro modo, cómo el niño alcanza el campo del lenguaje y cuáles son sus avatares, sus “accidentes”.

La conquista del lenguaje por el niño coincide en Freud con la conquista del jugar. Hay que “saber jugar”, sobre todo, hay que saber descubrir la potencialidad creadora de la palabra<sup>293</sup>. El juego del *Fort-Da* ilustra bien lo que hace el niño para aferrarse a ese primer par significante. Se trata del niño y su madre, porque, como aprendimos con la figura del *nebensmensch*, “primer auxiliador”, el Otro es presentado por los padres: es la madre que puede desaparecer de la vista del niño, pero sabe cuándo tiene que volver,

---

<sup>292</sup> En su artículo “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas (1910)” Freud se adelanta a muchos lingüistas que vendrán después; descubre por el análisis de los sueños que las representaciones reprimidas siempre cuentan con su par opuesto en lo inconciente, es así como la representación “fuego” merece la interpretación de su hermana “agua”. El *retorno de lo reprimido* en este caso se cumple por su opuesto significante.

<sup>293</sup> Aludo directamente a la clase de Lacan del 16 de junio de 1954, titulada “Función creadora de la palabra”, que se encuentra en su *Seminario I*, titulado “Los escritos técnicos de Freud” (Lacan, J., 2006). Allí Lacan despliega su tesis: “El surgimiento del símbolo *crea*, literalmente, un orden de ser nuevo en las relaciones entre los hombres” (p.345).

como lo señala Guyomard<sup>294</sup>, “no basta con que una madre le diga a un niño de seis meses “vuelvo”, para que el bebé le crea”, porque “Un niño experimenta muy rápidamente en su vida que las palabras pueden ser cuestionadas, corrompidas, equivocadas (...)”. Lo que quiere decir que la representación de la presencia o de la ausencia, para poder afirmarse, necesita una coherencia entre lo que se “hace” y lo que se “dice”. ¿Quién no experimentaría algo así como instante de *vértigo* si yo digo “me voy”, cuando en realidad estoy de vuelta?

Es muy común haber oído en la sesión analítica del sufrimiento de un adulto que recuerda que, siendo niño, el adulto -puede ser su padre o su madre- puso en duda la credibilidad de la experiencia abusiva. Es un hecho de la clínica que da para pensar qué se juega en esa *negación* para ese niño que ahora son las huellas del adulto, una experiencia con el Otro que ha quedado como “clivada”. La función del Otro como lugar de lo simbólico en el sujeto es ejemplificada por Lacan muy temprano, en su primer seminario “Los escritos técnicos de Freud”<sup>295</sup>. Hace referencia al reporte de un caso clínico de Melanie Klein, se trata de un niño que a pesar de haberse ya adueñado del lenguaje, no habla, tampoco juega, “Cuando toma a veces el trencito, no juega, lo hace como si atravesase la atmósfera, como si fuese invisible, o más bien como si, en cierto modo, todo le fuese invisible” (p.136). ¿Qué hace Melanie Klein entonces? Simplemente *le habla al niño*, le dice “*Dick tren pequeñito, tren grande papá-tren*”, “entonces el niño se pone a jugar con su trencito y le dice la palabra *station* o sea estación” (ídem). Klein ha verbalizado con el niño el mito edípico, ha hecho surgir la palabra que tiene ecos de ley entre su cuerpo y el cuerpo del niño.

Aunque no es el niño autista, porque el “niño del abuso” interpela a Otro que se niega, de eso padece el que está en el lugar del *testigo*, la desmentida de la verdad de su palabra. ¿Qué efectos puede tener eso para alguien? Davoine y Gaudillière<sup>296</sup> exploran esta cuestión a partir de la psicosis y las fracturas psíquicas en las historias de guerra,

---

<sup>294</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

<sup>295</sup> Lacan, J. (2006). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”.

<sup>296</sup> Davoine, F. & Gaudillière, J.-M. (1998). “Psicosis y lazo social”.

holocaustos, etc. que padecieron esos sujetos, algo pasaba en ellos que un fragmento de esas historias aparecían en los delirios. Estos autores explican una suerte de *objetivación* (u “objetalización”): “cuando se le dice a alguien “tú no ves lo que estás viendo, “no, no sientes lo que estás sintiendo, “no, no escuchaste lo que escuchaste”, eso forma parte de la psicopatología de todos nosotros, pero hay veces en que esa negación toca puntos vitales en la existencia” (p.7). Y nos ponen frente al ejemplo de Descartes, que inventa esa figura filosófica del *genio maligno* “que lo hace dudar de todo, incluso de su propio cuerpo. Ese es su delirio” (ídem).

Se entiende bien que la palabra *introyectada* del mundo de los adultos constituye un campo simbólico que el niño aprehende tanto como su nombre propio –tiempo lógico del “estadio del espejo”-. El adulto que sostiene al niño frente al espejo, es una afirmación {*bejahung*} inaugural que viene del Otro al niño para sostener su primera identificación, en efecto, Lacan señala que: “Ejemplifiquémoslo con un gesto del niño ante el espejo, gesto que es bien conocido y que no es difícil observar. El niño que está en los brazos del adulto es confrontado expresamente con su imagen. El adulto lo comprenda o no, le divierte. Entonces hay que dar toda su importancia a este gesto de la cabeza del niño que, incluso después de haber quedado cautivado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, se vuelve hacia el adulto que lo sostiene, sin que se pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro desempeñará aquí su función esencial”<sup>297</sup>. Se trata del anuncio del *ideal del yo* en su función de ley normativizante que opera en el plano simbólico, más allá de la mera imagen especular que siempre se bate en una violencia con el semejante (el enfrentamiento a muerte del *yo o tú*). En este caso el estadio del espejo sitúa la función “ortopédica” del adulto que puede donar la palabra mediadora del campo del Otro, que cumple una función de pacificación. Es esta idea lo que tal vez había sido el anuncio “prematureo” de Lacan en la apertura de su primer seminario consagrado a los escritos técnicos de Freud; en ella apunta hacia el *Tú* no de la intersubjetividad sino de lo que media allí como tercer elemento: la palabra: “*Tú* no es una señal, sino una referencia al otro, es orden y amor”<sup>298</sup>.

---

<sup>297</sup> Lacan, J. (2006). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 8: La transferencia”, Pp.392-3.

<sup>298</sup> Lacan, J. (2006). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”, p.14.



## **5. Lectura del caso: Escansiones**

## 5.1. El caso en psicoanálisis

### *Acerca del trabajo de publicación*

La escritura de un caso no está en el mismo registro de transmisión que la supervisión o los controles, porque principalmente se trata del deseo del analista por publicar<sup>299</sup> los resultados de su propia elaboración. No por ser “un escrito” queda fijada esa producción a la manera de un síntoma, Freud lo demostró muchas veces, en particular en *Inhibición, síntoma y angustia*, cuando puede hacer otra lectura de sus casos más emblemáticos. Lacan también hizo su propio revisitaje de los casos freudianos, demostrando así una condición paradójal del caso que se publica, entre lo que tiene de más colectivo como ofrenda a la ciencia, a la vez de ser susceptible de apropiación en un trabajo de autor. Este rasgo de la clínica psicoanalítica habría que entenderlo en correspondencia con la cualidad epistemológica de su objeto, capaz de interesar al que investiga. Así revela Freud a Fliess la trasferencia con su objeto: “El paciente que principalmente me ocupa soy yo mismo”<sup>300</sup>. De allí el carácter *novelesco* de sus historiales clínicos, por incluirse él mismo en ellos -reconoce la incidencia de la trasferencia-, pero también por poder provocar la participación del lector. En esto último, basta recordar que el Hombre de las ratas consulta a Freud movido por el interés que le despertara la lectura de la *Psicopatología de la vida cotidiana*. La vocación de Freud investigador se trasluce en su deber con la ciencia, entregar de sus “manos” un saber inédito. Freud es frontal: “(...) yo opino que el médico no sólo ha contraído obligaciones hacia sus enfermos como individuos, sino hacia la ciencia. Y decir hacia la ciencia equivale, en el fondo, a decir hacia muchos otros enfermos que padecen de lo mismo o podrían sufrir en el futuro”<sup>301</sup>. Tanto es así, que Freud no duda en calificar de “cobardía” (ídem) la omisión de entregar a la ciencia las novedades que el médico ha podido hacer de las neurosis<sup>302</sup>: “La

---

<sup>299</sup> Distinguimos la primera oposición entre lo *público* de la publicación y la *intimidad* del trabajo en el consultorio del analista.

<sup>300</sup> Freud, S. (1991). “Fragmento de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”. Volumen I, p.301.

<sup>301</sup> Freud, S. (1991). “Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901])”. Volumen VII, p. 8.

<sup>302</sup> ¿Una alusión directa a Breuer? Freud nunca pudo entender por qué Breuer mantuvo guardado sus resultados del trabajo con Ana O., después pudo conjeturar que seguramente se debió a la trasferencia amorosa que se despertara... ¿entre ambos?

comunicación pública de lo que uno cree saber acerca de la causación y la ensambladura de la histeria se convierte en un deber, y es vituperable cobardía omitirla, siempre que pueda evitarse el daño personal directo al enfermo en cuestión. Creo haberlo hecho todo para impedir que mi paciente sufra ese daño. He escogido a una persona cuyas peripecias no tuvieron por escenario Viena, sino a una remota y pequeña ciudad de provincia (...)" (ídem).

Esta vocación de Freud como investigador y como analista confluyen en *La interpretación de los sueños*, que, como lo señala Porge<sup>303</sup>, se trata de la publicación de su propio caso. Sin embargo, Freud aconseja no escribir el caso mientras este no esté concluido, ya que la técnica del análisis se contrapone a la técnica de investigación: "Mientras el tratamiento de un caso no esté cerrado, no es bueno elaborarlo científicamente: componer su edificio, pretender colegir su marcha, establecer de tiempo en tiempo supuestos sobre su estado presente, como lo exigiría el interés científico"<sup>304</sup>. El mayor riesgo a los que se expone el analista cuando elabora el caso para su publicación mientras éste aún trabaja con su analizante, es el de su prisa por encontrar las piezas que restan para construir la publicación. Importante problema para la "atención parejamente flotante", regla de oro para el analista y único instrumento para poner en práctica una verdadera escucha del inconsciente.

### ***"El ejemplo es la cosa misma"***

"El ejemplo es la cosa misma" *{Beispiel est die Sache selbst}*, frase freudiana que se encuentra en el diario clínico del Hombre de las ratas y que revela, como subraya Assoun<sup>305</sup>, una verdadera racionalidad de la clínica psicoanalítica. El universal del obsesivo es el de hacer de su deseo un prohibido, una deuda impagable; el Hombre de las ratas lo dice a su modo, en el relato de Freud: "Él asocia a su deseo de ver jóvenes desnudas "un sentimiento de inquietante espanto, como si por pensar aquellas cosas

---

<sup>303</sup> Porge, E. (2007). "Transmitir la clínica psicoanalítica".

<sup>304</sup> Freud, S. (1991). "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912)". Volumen XII, p.114.

<sup>305</sup> Assoun, P.-L. (2002). "Introducción a la metapsicología freudiana".

tuviese que suceder algo...” (Pp.51-52), y, si ocurriera algo así, “*que mi padre muera*”. No se trata del ejemplo en psicoanálisis como un decir a medias de la cosa, al contrario, el ejemplo “es el reverso pensado de la experiencia clínica misma” (p.57). La problemática de la comprensión entre el *ejemplo* como singular y la *cosa* como universal se resolvería en lo que Assoun llama un “proceder reflectante”, que consiste en el “despliegue de una singularidad de la experiencia hasta determinado punto de un saber en el que cierto universal se hace legible” (p.60). El caso se hace comprensible por aquellos universales atrapados en los *conceptos*, los que, a decir de Lacan<sup>306</sup>, “poseen un orden original de realidad” (p.12). Puede pensarse que la singularidad del ejemplo en psicoanálisis quedaría “disecada” en un universal que la envuelve: lejos de eso y lejos de ser mera aplicación de la teoría, el ejemplo nunca encuentra su absoluto en el saber clínico, el cual siempre “llega tarde”. Es así como el trabajo clínico se caracteriza por presentar un real que sólo puede ser elaborado *a posteriori*. La garantía de su movimiento es que la elaboración es más bien un trabajo “por hacer” que un saber “momificado” que habría que exhumar.

### ***La temporalidad del caso***

En efecto, el análisis no podría ser un trabajo arqueológico en el sentido que los hechos puedan situarse sólo en algo así como una línea del tiempo. Dicha posición define una postura del psicoanálisis en relación con la historia, la que da cabida más a la *verdad* que a la exactitud de los hechos históricos. Lacan lo anticipa: “que el sujeto reviva, rememore, en el sentido intuitivo de la palabra, los acontecimientos formadores de su existencia, no es en sí tan importante. Lo que cuenta es lo que reconstruye de ellos”<sup>307</sup>. Así resuelve Freud el análisis de las “cosas últimas”, con el Hombre de los lobos, la escena primordial, irrememorable, es el punto de llegada –conclusión lógica- y origen histórico de la neurosis. Es así como se privilegia el registro *sincrónico* del relato, otra manera de decir que lo importante es la construcción fantasmática del sujeto. Ello no quiere decir que la perspectiva *diacrónica* o histórica no cuente, al contrario, prestaría los puntos de apoyo y las marcas donde el sujeto se reconoce. ¿Cómo influye el analista

---

<sup>306</sup> Lacan, J. (2006). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”.

<sup>307</sup> Ídem., p.28.

en la construcción del relato? Es una pregunta que hasta cierto punto puede decirse que “obsesionó” a Freud, en tanto siempre dialogó con un interlocutor escéptico que lo interrogaba sobre la legitimidad de la verdad de su trabajo ante el ojo crítico de la ciencia. Sin embargo, habría que decir, con Freud, que “no existe ningún medio que permita transmitir en el relato de un análisis la fuerza persuasiva que surge del análisis mismo. Para lograrlo, los informes literales completos de las sesiones de análisis no serían de ninguna ayuda”. Esa fuerza probatoria no podría ser otra cosa que la experiencia del análisis propio. De este modo, Freud apela a la “razón” del inconsciente del destinatario, al *sujeto inconsciente* como “destinatario de la verdad analítica”, como afirma Assoun<sup>308</sup>. El “sello” del analista seguramente se descubre en la sesión misma de análisis, en cuánto puede oír el anuncio de lo inconsciente de quien *le habla*<sup>309</sup> y en cuanto a la publicación en cómo decide ordenar temporalmente el caso.

## 5.2. Presentación del caso

### **& 1: *El recuerdo traumático***

“M.”, de veinticinco años, consulta por lo insoportable que se le ha vuelto un recuerdo infantil, que sitúa alrededor de los diez años. Cuenta que sufrió una “*violación*” sexual a esa edad y que últimamente han empezado a aparecer imágenes, detalles de ese hecho, hasta “*perder el control*”. Mientras relata esto, habla con dificultad, le tiemblan las piernas, se nota muy inquieta. Aunque es un recuerdo que ella nunca ha podido olvidar, cuenta que estas “imágenes” se desencadenaron con mucho más intensidad a raíz de una clase de “psicología del desarrollo”, donde se hablaba de “*cómo tienen que ser los padres con los hijos*”, pensar en esto le da mucha rabia: “*ya es tiempo de destapar la olla*”, en alusión a que esto que le habría ocurrido nunca lo ha contado a nadie, hasta ahora. Dice que este hombre era un auxiliar del colegio, con el cual mantenía una relación amistosa, en el sentido de que, por ejemplo, él le cuidaba el puesto en la fila del casino, le guardaba la mochila, hasta le ofrecía darle otro plato de comida si no le

---

<sup>308</sup> Assoun, P.-L. (2002). “Introducción a la metapsicología freudiana”, p.38.

<sup>309</sup> Con ello de ningún modo quisiéramos excluir la dimensión de acto que tiene su intervención en la conducción de la cura.

gustaba el menú del día. Esa tarde no quedaba nadie en el casino del colegio, salvo ella y su plato de comida que no quería comer, “*él se notaba nervioso, como que algo iba a pasar*”. Él la llevó a otro lugar, una pieza en la parte de atrás del casino, “*ahí me violó (...) no sé cuánto tiempo pasó, tal vez media hora, fue como si estuviera soñando*”. Concluido este acto, le da veinticinco pesos “*harta plata en esa época*”, con ese dinero compra unas láminas de un álbum que coleccionaba, pero camino a su casa las va desparramando mientras llora desconsoladamente. A la par que “M.” cuenta esta historia, apenas puede hablar, porque llora con mucha aflicción. Al día siguiente de esta “*violación*” se recuerda “*debajo de una escalera del colegio*”, con mucho miedo y vergüenza. Por sesos días, a la madre sólo le contó que alguien del colegio le había “*tocado en la pierna*”, no sabe por qué no pudo decirle más. La madre entonces la lleva al colegio para aclarar lo ocurrido, ella se recuerda frente al Director, el auxiliar también presente, menos aún pudo corroborar lo que había pasado. Desde ahí “*que he guardado un secreto con esta persona, como un pacto*”. Dice que lo más terrible de este recuerdo es el hecho de “*no haber podido defenderse*”, porque tenía la sensación que si gritaba –y ella se imaginaba en la escena gritando-, para decir que “*esta persona podía haberme matado*”. Cuenta que todo el tiempo que duró esta escena, que en realidad para ella fue “*como un sueño*”, estuvo atenta a la puerta, que permanecía cerrada, “*y nadie la abría*”. Se queja de los padres, que “*no estuvieron para ayudarme*”. El mismo día de esta “*violación*”, apenas había llegado a su casa lo primero que hace es lavarse, aunque la sensación “*de sentirme sucia, manchada*” todavía persiste. Durante mucho tiempo tenía la idea que él la había “*orinado adentro*”. Ahora dice que “*él tuvo la culpa, porque hizo algo malo*”, sin embargo, no puede desprenderse de la evocación de la escena, que tiene un efecto de realidad muy vívido, sobre todo, cuando tiene la imagen cuando él se acercó por atrás, la toca “*me susurra al oído y me pregunta si me gusta*”.

Este “recordar traumático” seguramente encuentra una de sus expresiones en un sueño que cuenta en la sesión, que “M.” lo presenta como una “*pesadilla*”: “*yo dormía en mi cama cuando, por la ventana (que está en su cabecera) se mete un hombre (ella tiene la sensación de que es alguien conocido). Una vez dentro, se inclina hacia ella y en tono irónico –porque yo no podía moverme-, me da a entender que irá donde mi hermana chica y le hará daño*”.

## **& 2: El padre**

Dice que sus padres “*son frágiles*”, en particular el padre que se deprime, y entonces “*nos deprimimos juntos*”. De él agrega que “*es alcohólico*”, los fines de semana se emborracha, entonces cuando era niña tenía que ir a buscarlo al bar de la esquina. A los doce años fue para ella muy impactante ver que una vez su padre, borracho, “*cayó al piso*”, había entonces que “*recogerlo*”. Para sustraer a este padre de su “*depresión*”, “*M.*” le habla de cosas que lo animan, por ejemplo, de fútbol, hasta llega a decir en broma que “*yo conozco a mi papá mejor que mi mamá*”. Recuerda con verdadero terror cuando el padre se enoja “*yo me veo pequeñita, él es de manos fuertes, voz fuerte, poderosa*” y de las cosas “*terribles*” que puede llegar a decir; una vez había sugerido al padre consultar al médico por su diabetes, éste le replica “*la que está enferma eres tú*”. Recuerda con pesar no haber sido favorecida entre las hermanas para cursar estudios universitarios, porque no alcanzaba el dinero en la casa; también, cuando su padre no asiste a su graduación de enseñanza media “*prefirió juntarse con un amigo*”. En esa oportunidad, su padre le preguntaba qué regalo quería, ella le responde “*nada*”, y efectivamente el padre no le regala nada (ella se ríe cuando cuenta esto). En todo caso, se trata siempre de “*probar*” al padre en su interés, por ejemplo, cuenta que recientemente ella estudiaba en el living de la casa y necesitaba “*privacidad*”, pero el padre le responde “*mejor te vas tú*”, ella le reprocha “*no te interesa nada*”. Después de su hermana mayor, el padre siempre había querido tener un hijo varón -“*tuvieron hijos hasta que por fin salió el varón*” (lo dice no sin ironía)-, esto hace que ella, intuitivamente y desde muy pequeña, para ganarse el aprecio de él, “*jugaba a cosas de hombres, acompañaba al padre a su trabajo, etc.,*”; “*no jugaba con muñecas, encontraba una estupidez que mi mamá quisiera ponerme chapes*”. Cuando él está borracho, es más fácil pedirle plata, aunque a veces “*tengo que hacer algo más*”, un cariño, por ejemplo. Otras veces, es él quien en realidad “*manipula con la plata, cuenta plata delante de mí*”, cuando relata esto se inquieta durante la sesión y me pregunta, “*¿ya estamos en la hora?*”

### **& 3: La madre**

La madre aparece como alguien más bien denigrada o rebajada *“sólo es una buena dueña de casa”*. Le reprocha no haberla defendido cuando una amiguita de la infancia le había pegado o molestado jugando fuera de casa, la mamá, que estaba dentro sólo le dice *“ha sí, lo escuché todo desde acá”*. Dice que siempre fue así, *“cocinaba y recibía la plata de mi papá, nunca decía nada, no reclamaba por nada”*. Cuando tenía alrededor de cinco años, nace su otra hermana y fue difícil, porque *“yo ya no era la más chica”*. Ese mismo año pasó la primera noche sin su mamá. Dice recordar un capítulo de su primerísimo infancia *“cuando mamaba de su pecho, recuerdo sus manos, sus cabellos...”*. Aunque varias veces ésta le habría pegado brutalmente: *“la cara se me movía de un lado a otro por las cachetadas”*, entonces *“la dibujaba y le cortaba el cuello con un cuchillo”*. Nombra alguna vez la relación entre sus padres como *“abusiva”*, donde la madre sería abusada por el padre, por su abnegación en la casa: *“detesto a la gente muy amable”*.

Cuanta que en la familia por línea materna hay algo así como un *“matriarcado”*: Además de sentir *“admiración”* por la abuela, *“son las mujeres las que mueven las cosas por debajo, los hombres siempre han sido débiles”*. A pesar de esto, en las reuniones familiares *“los hombres comen en el comedor y las mujeres en la cocina”*, diferencia que es vivida por ella con mucha rabia.

### **& 4: El “enredo” con los primos**

Hay dos primos que se habían quedado en su casa, uno de ellos, *“alcohólico”*, es recibido para el cuidado de ella: *“soy su tutora”*. Al poco andar dice, *“no vayas a pensar que tengo algo con él”*. Si embargo, comienza una historia de coquetería con ambos, salen juntos a la piscina, etc., hasta que un día uno de ellos le confiesa que se siente atraído por ella, *“¿qué hago ahora?”*, se dirige a mí para preguntarme con aflicción. El otro primo también *“me enrostró lo provocadora que yo había sido”*, ambos terminan yéndose de la casa y la escena concluye con un padre molesto por haberse puesto



“celoso” dice ella. Un día ella se las arregla para visitar la casa de uno de los dos (se ofrece para ir a dejar un recado de otra amiga), pasan la tarde juntos, hasta que llega el momento de besarse, después de un jugueteo donde ambos se habían excitado, pero ella se rehúsa y entonces este primo le replica, “¿A qué vienes entonces?, ¿Qué es lo que quieres?”, después le reprocha, “hay mujeres que por cinco mil pesos le dan a uno mucho más que un beso”; a lo que ella comenta en la sesión que “en ese momento no supe qué responder”. Definitivamente ella dice de este “juego” que se trata de una “venganza” a los hombres, aunque luego se desdice “no, no quise decir eso”.

### **& 5: La transferencia**

La transferencia está marcada con alusiones a la disimetría de la relación analítica, por ejemplo, en el contexto de la espera entre una sesión y otra dice “no tolero sentirme dependiente, estoy demasiado expuesta (...) necesito esto y no lo puedo dejar, me siento sometida”, Incluso “Me encantaría verte sufrir, como yo he sufrido (...) los hombres siempre piensan en lo sexual”. Justifica esta confesión por lo que significó para ella la “violación”, por la rabia de “haberme sentido nada”; “él no me trató como persona”; “ese hombre marcó a todos los demás... ¡ese maldito!”. “El fue demasiado amable, me fue envolviendo...”. El recuerdo se hace más vívido para teñirse de horror, “él estaba ahí sujetándome las manos”; “sus manos eran ásperas, grandes”.

Había intentado tener una relación amorosa con un hombre, pero explica que “él se aburrió de mí porque siempre se hacía lo que yo quería, si no quería salir con él no salíamos, etc., gozaba en saber que yo tenía el control sobre él (...) le quité la dignidad”. El reproche recae sobre ella misma brutalmente “soy una mierda, una maldita mierda”. “Disfruto como él (se refiere al hombre de la violación), después me siento culpable, aplastada”. Dirigiéndose a mí, replica: “¿Por qué te tengo que contar esto, son intimidaciones...”. Como decepcionada de sí misma, agrega “no sé si podré volver a confiar en los hombres”. Sabe que él, su “pretendiente” está enamorada de ella, cuando él se aleja, “le miento, lo hago creer que estoy celosa de él, para que vuelva a interesarse en mí”, sólo saber que puede “manipularlo” de esta manera la hace sentirse muy culpable, llora y se angustia.

Otras veces tiene miedo a ser engañada por mí, por la terapia, “¿si esto no funcionara, tú me lo dirías?”. Hubo que hacer un cambio de consulta, ella llega indignada una de las sesiones y me reprocha “me engañaste, me dijiste que el cambio sólo sería por un tiempo...”. A cambio confiesa su temor de que yo pueda dejarla “no vayas a perder la paciencia conmigo”. Otras veces, “a veces pienso que soy una más entre tus cosas, que soy cualquier persona”.

Finalmente, venir a sesión es encontrarse “con el oráculo, con el saber”, es lo que ella viene a buscar, una significación, por ejemplo, una vez pregunta: “¿De qué se tratan mis sueños?”. Para dar un salto hasta su ironía, “Señor Leonardo...”.

#### **& 6: La justicia**

“No hay justicia”, “yo no recibí de él un trato justo, no me trató como persona, yo sólo era una niña”; “Quiero encontrarlo y matarlo”; “lo mío es un pedido de justicia al aire”. No obstante, cuando recibe esas monedas después del acto abusivo, piensa ahora que “era lo justo, yo sentía que merecía esas monedas”; “esas monedas que él puso en mi mano significabas la confianza que yo había puesto en él”. Hacer justicia es “algo pendiente que no me deja descansar”; “¿Por qué me escogió a mí?”; ¿Por qué ese hecho me afectó tanto?

La “justicia” es un tema que también se traslada a la relación con los padres, en particular es un reproche al padre: “siempre fui la del medio de la familia, la cola”; “toda la vida he buscado aceptación, reconocimiento de mi papá”. Contra la madre el reproche también llega fuerte “nunca quiso averiguar nada (se refiere a la violación), es una cobarde, sólo le importan sus plantas”; “no estuvo ahí para ayudarme”. A la pregunta de por qué no pudo contar a sus padres lo que le había pasado en ese colegio, dice de ellos que “son muy frágiles”. En otro momento, hablando de esto, escucho un lapsus que a ella le causa alguna gracia, ella quería decir que estaba chica, en cambio dice “mis papás estaban chicos”.

## **& 7: La angustia, el miedo, los cortes**

“M.” recuerda que siendo muy niña, tenía mucho miedo en la noche, de pisar el suelo porque *“una mano podía aparecer por debajo del cama”*, esto la obligaba a tener que saltar *“de cama en cama”* si quería salir de su cuarto. A los doce años, en la noche solía llamar a gritos a su mamá, *“quería tomar su mano”*, era su papá quien le respondía, *“quería saber que alguien estaba allí”*. A veces veía la sombra de un hombre en la puerta, esto le provocaba un intenso terror. Cuenta también sobre los cortes que se hacía *“en mis manos, en la muñecas”*, desde los quince años. Se corta cada vez que su papá se emborracha, *“miedo de que mi papá muera”*. Otras veces estas *“autoagresiones”* tienen una motivación, por así decir, más vaga, se manifiestan como rasguños, quemaduras de cigarrillo en la espalda, *“me rasco y me saco las costras”*. Esta serie culmina con un sueño: *“Mi papá estaba ebrio y le pide a mi hermano que le traiga más trago, yo digo ¡No! Y me despierto con el grito”*.

Reconoce una violencia del padre desde muy niña, *“tenía cuatro o cinco años, me recuerdo yo sentada en una silla, mi papá me gritaba, me decía que yo era tonta”, yo empequeñecía, no podía decirle nada*. Cuando cuenta esto, llora y vuelve la angustia en la sesión. Resurge con fuerza este clima angustioso cuando recibió una carta de la institución donde estudia, diciendo que estaba *“suspendida”* porque no le había ido bien en el semestre, *“¿cómo se lo digo a mi papá?... él no va a entender”*. Otro día, saliendo de la casa, su papá le queda mirando y le asevera, *¿para qué estudiaste si no sirvió de nada?* La angustia de esa escena con el padre la señala como *“el mundo se me escapaba por entre los dedos de la mano”*, junto con las ganas de morir, desaparecer, *“la dulzura de tirarse al metro, dejarse caer”*. ¿Por qué es tan angustiante para ella ese lugar donde estudiaba? *“Es la puerta, que me vayan a ver, tener que hablar con la directora”*; *“vergüenza, por todas las tonteras que hice”*. Se refiere a que en esa época había pedido licencias y no había podido responder o que, durante las pruebas, recuerda que la angustia la hacía temblar, tener que salir de la sala de clases. Añade, *¿Cómo se puede olvidar (la escena de la violación), es algo sucio, vergonzoso, quisiera quemar este lugar con nosotros dentro para que nadie más sepa”*.

El análisis transcurre sin efectos sobre lo traumático del recuerdo de la violación y de lo que se pone en marcha en la transferencia. Reclama que ya no se preocupa por ella “*mi cuarto está desordenado, sucio*”, tiene temor a salir de la casa, últimamente sólo sale de su casa para venir a verme una vez a la semana. “*En mi casa me reclaman que soy el epicentro, que me hago la víctima y que no estoy enferma*”; “*ellos se hacen los lesos*”. Ella comienza a llorar, con angustia, con desesperación, en ese momento mi intervención invoca la ley: le señalo que lo que le ocurrió cuando pequeña estuvo mal porque ese hombre tendría que haber sabido que lo que él forzó era un delito, más todavía, pensando que ella era muy niña. “M.” ahora llora con más intensidad, pero su llanto ya no es de angustia como antes, parece en realidad desahogarse. Y recuerda que aún antes que todo esto haya pasado, a la edad de ocho años más o menos, escuchó que su papá presionaba a su mamá para tener relaciones sexuales, “*seguramente estaba ebrio*”. ¿Qué le hace pensar que este recuerdo podía ubicarse a esa edad?, “*porque cuando ocurrió ese hecho (la “violación”) supe que había estado mal lo de mi papá*”.

#### **& 8: “Las palabras ya no son suficientes”**

Una sesión llega para decir “*las palabras ya no son suficientes, estoy cansada de hablar (...) tengo que recuperar la confianza en mí misma*”. La cuestión es que no se atreve a ir a su lugar de estudios para conversar su situación académica, le da terror enfrentar a la directora: “*que nadie me escuche, que sea lo mismo que esa vez que yo gritaba (...) quiero poder decirle a la directora que no fue mi culpa*”. Un poco más allá, y de nuevo es el terror a “*defraudar*”. Durante la semana había tomado un libro que cuenta una historia del holocausto nazi, “*de una madre que es arrojada con su hija a una fosa y llega el padre para desenterrarlas, la hija estaba viva*”. Es una manera como puede “*recuperar el sentido de las cosas, de la vida*”. En la sesión juega con un cojín que bautizó como “*Wilson*”, en alusión a la pelota del naufrago –única manera que él encontró para seguir hablando-, película que protagoniza Tom Hanks. Se despide de la sesión para decirme “*te dejo a Wilson*”. Los “*cortes*” pueden movilizarse desde los cortes en las manos (incluso las “*muñecas*”) a “*cortar*” la relación con sus amistades. Pero un corte es también un modo de escritura, dice ella: “*una manera de dejar huella,*

*para no olvidar (...) hay escritores que escriben cuando sienten angustia, como Neruda...”.*

En una sesión intuyo que hay cabida para una interpretación que hago coincidir con el cierre de la sesión. Durante la sesión había desplegado su “*pasividad*” en el contexto de las fiestas con sus amigos “*caribeños*”, para decir que “*yo solamente miro*”, le pregunto, “*¿Usted solamente mira?*”, dice, bueno, el otro día se embriagó con ellos, “*pero sólo para desinhibirme*”. Mira una planta que hay en la sala de la consulta, y habla de su mamá, “*está todo el día pendiente de las plantas, las riega, les conversa, etc.,*”. Le pregunto si no conversa también con ella, dice en cambio, “*en realidad no, lo que hace es criticarme todo el día, por cualquier cosa, que no tome eso, que no es mío, que mire cómo estoy vestida...*”. Decido decirle: “*es que usted no es una planta...*”, ella se ríe, se despidió con una pregunta, “*¿Qué quisiste decir con eso?*”.

### ***& 9: Construcción del fantasma***

Cuando el recuerdo de la violación puede “olvidarse” en la sesión, “M.” puede hablar de su fantasmática sin esa angustia que la hunde, que la hace sentirse “*nada*”. Es así como llega una sesión para decir que quiere contar lo que le pasa, pero no sabe si hacerlo, porque no lo entiende. La animo de todos modos, aunque no comprenda, y ella dice que le provoca “*una mezcla de placer y vergüenza*”. Se trata de un pensamiento que se anuda a la relación que mantiene con su pareja actual: “*es el subyugamiento a un hombre con poder, incluso hay placer...*”. Cuenta que le da terror abrir sus antiguos cuadernos, retomar sus estudios: “*miro el mundo por una cerradura*”; “*soy más observadora que participadora*”. Le digo entonces: “Tal vez usted participa observando”. Es una intervención que *a posteriori* puede tener efectos. Su pareja actual tiende a descontrolarse, pelea con otras personas en plena calle “*es lo mismo de siempre, yo empequeñezco, no tengo recursos...*”. No obstante, él le suplica, le dice: “*eres lo único que tengo*”. Le pregunto, “*¿Y usted está segura de ser la única...?*”

## **6. Discusión del caso y reflexiones finales**

### *Sobre el estatuto del recuerdo traumático*

La intervención analítica siempre estará sujeta a la lectura que el propio analista pueda hacer del caso. Lo había mostrado Lacan cuando sigue insistentemente la pista de Freud en su análisis del caso Dora, donde hace notar que equivoca el rumbo de la interpretación: el verdadero objeto del deseo de Dora es la señora K., en efecto, es ella la que puede responder mejor a su pregunta por la feminidad. Hasta el punto de decir Lacan, que hay un “pecado original del análisis (...) el deseo del propio Freud, o sea, el hecho de que algo, en Freud, nunca fue analizado”<sup>310</sup>. Esto para decir que, el análisis de nuestra paciente “M.” tendría que ir a la par con la comprensión que yo mismo pudiera alcanzar: por eso la estructura de la tesis es un “*work in progress*”, quiero decir, que sólo podría alcanzar a ceñir mejor lo que hace trauma en un abuso sexual no sólo como relato, sino sobretodo como trasferencia que a veces invade la sesión y pone en jaque las posibilidades de la cura, cuando he dado el rodeo por lo que puede enseñarme la histórica de su fantasía inconciente, hasta agotar esa hipótesis. Pero esta es una discusión ineludible, aún más cuando se presenta el caso en la fidelidad de la riqueza que le da su singularidad, de tal modo que se cumpliría la enseñanza de Charcot a Freud, “a examinar de nuevo las mismas cosas tantas veces como fuera necesario para que ellas por sí mismas empezaran a decir algo”<sup>311</sup>. Y entonces la pregunta general no se hace esperar, ¿de qué manera se presenta lo traumático en el caso mismo? Por último, me parece que para comentar el caso hay que tener en cuenta la premisa de que un análisis siempre será fragmentario, lo que no quiere decir que no deba aspirar a alcanzar un grado de *verdad* en sus conclusiones; en la pluma de Freud: “Es preciso decirse que de un solo caso no se puede aprender todo, que a raíz de él no es posible decirlo todo, y conformarse así con valorizarlo para lo que él muestra con mayor nitidez”<sup>312</sup>.

---

<sup>310</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, p.20.

<sup>311</sup> Freud, S. (1991). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. Volumen XIV, p.21.

<sup>312</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII, p.96.

Efectivamente es posible apreciar un primer efecto de simbolización en la estructura del recuerdo “traumático” que me es contado en la sesión, porque, aunque debemos reconocer que la escena abusiva nunca fue olvidada, ella retorna con efecto traumático a propósito de lo que escuchara de una clase de “psicología del desarrollo” sobre la relación de los padres con sus hijos. En esa temporalidad, es posible comprender que algo de lo reprimido hace retorno, lo que nos autorizaría para decir que se trata más del recuerdo que de la escena en sí. Y la propia manera de anunciar la confesión de un secreto celosamente guardado, también da pistas para tomar el significante y “seguirle el hilo”, pedir asociación: “*ya es tiempo de destapar la olla*”. Bueno, ¿De qué olla se trata? Pero el relato del recuerdo parece tener estragos subjetivos, se acompaña de un llanto inconsolable, a veces parece un abismo. ¿Tendría que ver este “abismo” -yo lo llamo así- con el encuentro más dramático con lo *real* del trauma? Cuando yo digo “abismo” es la sensación que me llega directamente de la sesión, cuando ella comienza a recordar este episodio en su historia se va hundiendo en una suerte de desesperación, hasta hacerse algo insoportable. Es verdad que hay un punto de detención de su palabra, donde ya sólo acuden lágrimas, pero tengo serias dudas para calificar aquello como punto de llegada de la rememoración, al modo como una fantasía originaria se antepone al recuerdo, para hacer de pantalla a lo real: en este caso habíamos examinado la importancia de la escena de seducción o la escena originaria. Aquí siempre se trata de la construcción fantasmática que puede hacer el sujeto precisamente donde faltó la *geschichte* (lo real acontecido). Tal vez la categoría de lo real sí encuentra relevancia en el caso cuando pensamos en el *despertar*, encuentro accidental al modo de una *tyche*, pero no en relación al recuerdo mismo, sino con la imposibilidad de su subjetivación.

Esta idea puede tener relación con este “*fue como un sueño*”, el momento de la escena de la violación como es relatada en la sesión, pero resulta que no es un sueño, no hay sujeto del inconciente a interpretar. Este “*fue como un sueño*”, ¿no es un intento de apropiarse subjetivamente de lo acontecido? Tendría que tener que ver con un fenómeno que describió Freud de su experiencia propia, nos remontamos a una breve carta que escribe a Romain Rolland<sup>313</sup> donde le cuenta su experiencia personal de su llegada por

---

<sup>313</sup> Freud, S. (1991). “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis) (1936)”. Volumen XXII.



vez primera a la Acrópolis de Atenas, un anhelo largamente deseado de niño. Freud se sorprende cuando finalmente está frente a ese coloso, no puede menos que expresar, tras vencer un sentimiento de incredulidad inicial “*¡Entonces todo esto existe efectivamente tal como lo aprendimos en la escuela!*” (p.214). Nos interesa subrayar este sentimiento de incredulidad que uno siente como algo ajeno {*frend*} que Freud llama “enajenaciones” {*Entfremdungsgefünhl*}, a saber: “*Lo que veo ahí no es efectivamente real*” (p.217) que Freud compara con su opuesto, aquellos fenómenos “en que cabe discernir, por así decirlo, sus contrapartidas positivas: la llamada “*fausse reconnaissance*”, lo “*déjà vu*”, “*déjà reconté*”, espejismos en que queremos suponer algo como perteneciente a nuestro yo, del mismo modo que en las enajenaciones nos empeñamos en excluir algo de nosotros” (p.218). No es un asunto de creer o no en la existencia efectiva de Atenas, habría que darlo por descontado, es este sentimiento de algo extranjero a los sentidos lo que llama la atención de Freud, a pesar de saber su existencia. El recuerdo de Freud, así como el recuerdo de “M.”, pondrían en evidencia una realidad que no puede significar otra cosa que la desgarradura del velo que es el deseo propiamente tal, representa, por así decir una obnubilación de una economía psíquica gobernada por el principio del placer, así pues, este “*fue como un sueño*” es el intento de volver a poner el objeto “a raya”. Menos que un olvido, este recuerdo debe haber sido sepultado en el interior del psiquismo al modo de una *cripta* –como se expresan Abraham y Torok<sup>314</sup>–, ¿efecto de una desmentida imposible de simbolizar? Me parece que en esa pista, Freud llama la atención sobre “el famoso romance-lamento de los moros españoles, *¡Ay de mi alambra!*, que refiere el modo en que el rey Boabdil tomó la noticia de la caída de esa ciudad. Vislumbra que esa pérdida significa el fin de su reinado. Pero no quiere “tenerlo por cierto” {*wahr haben*}, resuelve tratar la noticia como “*non arrivé*”. Los versos dicen:

“Cartas le fueron venidas  
de que Alambra era ganada.  
Las cartas echó en el fuego  
Y al mensajero matara.”<sup>315</sup>

<sup>314</sup> Abraham, N. & Torok, M. (2005). “La corteza y el núcleo”.

<sup>315</sup> Freud, S. (1991). “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis) (1936)”. Volumen XXII, p.219.

## *El problema del abuso*

Hemos discutido largamente la cuestión de la perversión y la especificidad del lazo social que impulsa. Serge André<sup>316</sup> compara la diferencia en cómo el neurótico y el perverso abordan el fantasma, si el primero “se calla en lo referente a su fantasma, y en la experiencia analítica sólo lo comunica a duras penas, como una confesión arrancada a la vergüenza, rodeada de toda clase de precauciones” (p.46), en el perverso, por el contrario, se advierte “una tendencia a exponer sus fantasmas, a menudo bajo la modalidad de la provocación. De hecho, a quien el perverso trata de culpabilizar, a quien trata de someter a la falta, es al Otro” (ídem), porque la estructura del fantasma “supone en su misma esencia una reducción del Otro al objeto causa del deseo” (ídem). En todo caso, hemos visto las dificultades para leer el recuerdo abusivo como una fantasía neurótica en que el sujeto pueda hacer su implicación subjetiva, antes bien, uno podría leer mejor que se trata de un recuerdo *clivado* al interior del yo, como enseña Ferenczi. En este sentido, el niño participó *engañado* {*Abuser*}<sup>317</sup> del fantasma perverso de un adulto. ¿Puede ese acontecimiento (*geschichte*, en el sentido freudiano) “prestar” su material para la formación de una fantasía inconciente? Uno podría responder afirmativamente, basta recordar la seducción que practicara la hermana del Hombre de los lobos<sup>318</sup>: “Fue en la primavera, en una época en que el padre estaba ausente; los niños jugaban en el suelo en una habitación, mientras la madre hacía labores en la vecina. La hermana le agarró {*greifen*} el miembro, jugó con este y tras eso dijo a modo de explicación unas cosas inconcebibles {*unbegreiflich*} sobre la ñaña. Que la ñaña hacía lo mismo con toda la gente, por ejemplo con el jardinero: lo ponía dado vuelta {*auf den Kopf stellen*} y luego le agarraba los genitales” (p.20); de esta temprana “seducción”, Freud afirma, “la seducción por la hermana no era ciertamente una fantasía. Su credibilidad se reforzaba en virtud de una comunicación que le habían hecho años después, cuando ya no era un niño, y que nunca olvidó” (Pp.20-21). No es trivial la distinción que hace Freud entre fantasía-recuerdo realmente vivido, porque la

---

<sup>316</sup> André, S. (1995). “La impostura perversa”.

<sup>317</sup> Como subraya André (1995), “*Abuser*” significa tanto “abusar de alguien” –especialmente en el sentido sexual- como “engañarlo”.

<sup>318</sup> Freud, S. (1991). “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. Volumen XVII.

seducción por la hermana marca el tiempo donde posteriormente se reordenarán los posteriores sucesos psíquicos infantiles, la seducción con la ñaña, la conducta díscola, el apego al padre, para concluir con el sueño de angustia que entregara pistas para plantear una “escena primordial”. Es vano intentar explicar aquí todo el destino accidentado del Hombre de los lobos respecto del problema de cómo resuelve la castración (recordemos que Lacan llega a plantear una *Verworfen*) a partir de esta experiencia primera de seducción, pero sí, podemos señalar que la cosa es más compleja que simplemente decir, como Freud al comienzo de este historial asevera, que habría esforzado al niño a un “papel pasivo dándole una meta sexual pasiva” (p.26), conjuntamente que marca el comienzo de una intensa actividad sexual perversa polimorfa, en el sentido freudiano del término. La discusión “etiológica” entre el peso relativo fantasía/realidad que da como resultado la neurosis es realmente muy vigorosa dentro del pensamiento de Freud, y probablemente es un debate que sostuvo con el propio Ferenczi. Siendo de este modo, aventura su posición en las 23<sup>o</sup> Conferencias de Introducción al psicoanálisis<sup>319</sup>, -que seguramente, cuando escribiera “Construcciones en el análisis”, tendría que haberla replanteado, ya vamos a ver por qué-. Entonces, sobre las fantasías de seducción, como fantasías originarias, aclara lo siguiente: “pertenecen al patrimonio indispensable de la neurosis: si están contenidos en la realidad, muy bien; si ella no los ha concedido, se los establece a partir de indicios y se los completa mediante la fantasía. *El resultado es el mismo*<sup>320</sup>, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponda mayor participación a la fantasía o a la realidad”. (Pp.337-8).

### ***¿Por qué el silencio?***

En el caso que examinamos, nos llama la atención un sueño que se repite, es siempre el mismo guión del abuso: un hombre que entra por la ventana para acercarse a la cama de su hermana con intención de hacerle daño. Nos parece que esta repetición del abuso en los sueños indica el problema de la subjetivación del acontecimiento, nuestro estudio sobre los sueños en las neurosis de guerra nos mostraban cómo. Pero la misma palabra

---

<sup>319</sup> Freud, S. (1991). “Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)”. Volumen XVI.

<sup>320</sup> El subrayado es mío.

que ella escoge para nombrar el abuso, “*violación*”, indica lo que es: la intromisión sin el consentimiento en el espacio íntimo del otro. En realidad es el recuerdo de una violencia infantil que nunca pudo ser olvidada, ella guardó en *secreto* este acontecimiento funesto que en realidad es el recuerdo de haber sido cómplice *sin pedirlo* de un acto que marcaba una transgresión. Ferenczi escribe sobre un “deber de callar”<sup>321</sup>, como siendo “el sentimiento de responsabilidad de niños pequeños por pecados de adultos (...) promesa muda de no decir nada (de lo contrario, la familia se disuelve en particular la posición de la madre, su amor, la vida toda)”<sup>322</sup> (p.172). Recordemos lo que explicaban Abraham y Torok<sup>323</sup> sobre este “*Se mettre à table*” {“Sentarse a la mesa”}, que en francés es un modo de decir que llegó el momento de hacer la confesión o de “lavar nuestros pecados”<sup>324</sup>. Cuestión que arroja luz sobre la relación entre el acontecimiento y la ley: lo insostenible es aceptar que esto haya ocurrido. Ferenczi es muy lúcido para expresar esa intuición clínica: nos ofrece el relato de una de sus pacientes que recorre varios lugares de su “Diario clínico”<sup>325</sup>, se trata de “B.”, para decir que: “Lo que ella esperaba de mí es 1) creencia en la realidad del episodio, 2) tranquilidad de que la considero inocente, 3) e inocente aunque se averiguara que con ocasión del ataque obtuvo una satisfacción enorme y entregó a su padre su admiración. 4) La seguridad de que yo no me dejaría jamás arrastrar a una pasión semejante”.

### ***Se desgarran el velo del deseo***

Antes de la violación, sorprende saber que “M.” había iniciado una relación “amistosa” con este hombre, siempre repite que él “*se mostraba muy amable*”. En esta

---

<sup>321</sup> Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”.

<sup>322</sup> Este problema clínico ameritó que en su oportunidad yo pudiera preguntar a mi paciente: ¿Y qué hay de la responsabilidad que le cupo a ese hombre en lo que a usted le pasó?

<sup>323</sup> Abraham, N. & Torok, M. (2005). “La corteza y el núcleo”.

<sup>324</sup> Las representaciones religiosas juegan aquí un soberano papel para decirnos de la importancia del lazo entre el sujeto y la cultura. En esta “confesión” el sujeto se debate con la mirada implacable del padre, que puede intervenir para negar o para donar su palabra mediadora para distinguir o sancionar los lugares, el del niño y el del agresor.

<sup>325</sup> Ferenczi, S., ídem, p.258.

escenografía, nos parece que lo que circula es el juego del deseo tan particular en la histeria: poner el objeto del deseo detrás del velo, pero al alcance de la mirada del otro. ¿No es el padre el destinatario de toda esa escenografía? Hay luces que confirman esa hipótesis, por la demanda reivindicativa de lo femenino: se trata de exigirle un atributo fálico, diríamos, que en este caso, pasa por identificarse con el objeto del deseo. Pero, este acontecimiento desdichado, la violación, desgarró esta interrogación femenina, se “traumatiza” si nos está permitido decirlo así. Después de esta “violación”, “M.” se recuerda sentada, reducida, bajo una escalera, llena de remordimientos, tal vez por sentirse “accidentalmente” involucrada en la modalidad de un fantasma perverso, “prematuramente” introducida a una sexualidad alcanzada vía transgresión. Roland Chemama<sup>326</sup>, atento a este problema, se pregunta, “¿qué es lo indudablemente más importante, en lo que designamos como traumatismo sexual, sobre todo cuando se trata de incesto? Las enseñanzas de la cura aquí son muy claras. Lo que resulta más insoportable es el momento en que el padre, el abuelo, el tío, deja de ser aquel en quien se depositaba la confianza. Más que ser quien introduce una sexualidad asquerosa, es aquel que, en lo sucesivo, ya no está en condiciones de constituir una protección, allí precisamente donde la jovencita habría podido aprovechar la oportunidad de cuestionar el deseo y el sentido de lo sexual”. La sexualidad resulta traumatizada, apelativos hacia ella misma y la sexualidad como algo “*sucio*” dan cuenta, acaso, de la caída del símbolo fálico como atributo para interrogar la sexualidad. Sin embargo, lo que Chemama muestra, es que lo que realmente resulta traumatizado es la posibilidad de la “protección” que puede brindar la sexualidad que pasa por el síntoma del adulto para efectivamente interrogar al deseo en el espacio topológico resguardado por la fantasía inconciente.

### ***Camino a casa...***

Podríamos pensar que ese ir desparramando las láminas del álbum camino a casa es un recurso simbólico para sobreponerse a la condición de objeto a la que había quedado reducida en el abuso. Por así decir, es el *acto* que lleva su firma, primero, comprar las láminas con unas monedas que ella no pidió, y segundo, para reconocer esta verdad,

---

<sup>326</sup> Chemama, R. (2007). “Depresión. La gran neurosis contemporánea”, Pp.208-9.

arrojarlas lejos de sí, pero bajo la lógica de trazar un camino: ubicar una suerte de plano cartográfico mínimo para no perderse, significa erigir un referente simbólico donde no lo hay, por eso es creacionista y merece llamarse acto significante. Hay que recordar nuestras reflexiones sobre la significatividad del juego del *Fort-Da* para el niño pequeño; efectivamente, ¿de qué se trata si no de la apropiación por parte del niño de la funesta separación de la madre? En este punto, es el lenguaje –de nuevo, su apropiación- lo que humaniza el acontecimiento que hace violencia. Habíamos visto cómo el niño al comienzo del juego dice “o-o-o-o”: señal para que intervenga la madre para donar el “*Fort*”, enseñar al niño a jugar con las palabras, que ellas mismas pueden significar, esa es su utilidad. Pero tiene que haber una madre –digamos, alguien que hable desde el lugar del Otro- que legitime esa señal, lo mismo para “M.”, ¿Esas huellas, láminas, van dirigidas a quién, quién puede devolverle una palabra a cambio de ese acto, que es un esfuerzo de subjetivación?

### ***Alguien tiene que pagar***

Es el reconocimiento de que este hombre le hiciera un gran daño en su infancia, a partir de ahí, ya nada será igual para ella. Pide justicia, y a veces la única manera de hacer algo subjetivamente con el abuso, es deleitarse cuando descubre que un hombre puede sufrir por el amor que ella le rehúsa, cuando puede verlo humillado. La relación con los hombres se sellará con el rasgo de la “*venganza*”, cuestión que también, por supuesto, se actualiza en la transferencia. Es una actualización vívida de la escena abusiva, y en este sentido, me parece, tiene menos que ver con una demanda reivindicativa bajo la lógica fálica que el discurso de la histeria quiere hacer notar. ¿Cómo “pagar” este acontecimiento para poder “olvidarlo”? Coincide con una sesión donde ella cuenta las quejas en su casa por aparecer como “*víctima*” todo el tiempo. Aunque nadie le pregunta por qué ella a veces se hace aparecer como víctima. Pues bien, cuando vuelve a contar lo que le pasó de niña, invoco la ley para zanjar lugares: alguien tenía que hacer un reconocimiento que ese hecho existió en el cual ella había sido víctima de la “*maldad*” o la “*locura*” –para ocupar un término ferencziano- de un adulto. A la larga, uno no tiene certezas de cuánto hay de reconstruido en ese recuerdo, pero lo importante no es eso, había que darle primero una *existencia psíquica*. Ello tiene el mismo efecto

que una construcción, el del convencimiento de su existencia real, dice Freud: “El analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que interesa; su tarea no puede ser recordar algo. ¿En qué consiste, pues, su tarea? Tiene que colegir lo olvidado desde los indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que *construirlo*. Cómo habrá él de comunicar sus construcciones al analizado, cuándo lo hará y con qué elucidaciones, he ahí lo que establece la conexión entre ambas piezas del trabajo analítico, entre su participación y la del analizado”<sup>327</sup>. Lo que viene después de mi comunicación, es a su vez una comunicación de ella que confirmaría el acierto de esa intervención. Acto seguido, se acuerda que había escuchado a su padre que forzaba a su madre para tener relaciones sexuales. Es un “sí” metafórico, no literal, que, como explica Freud, una construcción “sólo posee valor cuando es seguido por corroboraciones indirectas; cuando el paciente produce, acoplados inmediatamente a su “Sí”, recuerdos nuevos que complementan y amplían la construcción” (ídem, p.264). Esta pieza de recuerdo, me parece, es de vital importancia para la cura, por cuanto es la posibilidad de elaborar la experiencia abusiva infantil: se trata de fijar otro origen a lo que antes aparecía como inamovible del recuerdo de la violación. De este modo, sirviéndose ahora del efecto retroactivo de otra temporalidad, es posible sostener una identificación en el lugar de una madre abusada por el padre; no importa que esa intelección jamás llegue a plantearse en una sesión, lo relevante para el progreso del análisis es que ella comenzará a ubicar su posición subjetiva en un fantasma a (por) construir.

Desde este mismo ángulo, me parece que el caso aborda la cuestión de la *Verneinung*<sup>328</sup> freudiana, lo que trabajó en el texto “La negación”<sup>329</sup> que llamó “juicio de existencia”: se trata de que el yo tiene que hacer su primer reconocimiento de la realidad, para ello la condición es trabajar con el nivel de la representación, donde *a posteriori* sea factible un trabajo de pérdida. Si se lee el texto al detalle, uno encuentra la fuente que inspirara a Freud: “La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia

---

<sup>327</sup> Freud, S. (1991). “Construcciones en el análisis (1937)”. Volumen XXIII, Pp.260-61.

<sup>328</sup> Que Assoun (2003) en su artículo “El vocabulario de Freud” traduce literalmente como “desmentida” o “desaprobación”.

<sup>329</sup> Freud, S. (1991). “La negación (1925)”. Volumen XIX.

de una representación en la realidad” (p.254). Así se comporta la negación, mientras que el inconsciente puede decir “sí” a lo reprimido, la función del juicio que depende del examen de realidad dice “no”, que se convierte en la marca de la represión, el “certificado de origen”, como se expresa Freud. Y tal vez lo más importante: “originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado. La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo. Sólo se establece porque el pensar posee la capacidad de volver a hacer presente, reproduciéndolo en la representación, algo que una vez fue percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí afuera. El fin primero y más inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por tanto, hallar en la percepción objetiva *{real}* un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse de que todavía está ahí” (ídem, p.255), y más adelante, “discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva *{real}*” (ídem, p.256). Esta reflexión se inscribe en lo que Lacan llama los orígenes de la simbolización: “En el origen hay pues *Bejahung*, a saber, afirmación de lo que es, o *Verwerfung*”<sup>330</sup>. La pregunta capital que inspira la *Verdrängung* es cómo un acontecimiento puede simbolizarse, en otras palabras, cómo pasa por el lenguaje. Un poco antes, en su primer seminario<sup>331</sup>, Lacan entrega una pista que ilumina en parte el problema: consiste en elevar el tiempo lógico del reconocimiento especular como tiempo de afirmación del yo: “Freud se refiere a este nivel en *Die Verneinung* cuando habla de los juicios de existencia: o bien es o bien no es. Aquí es donde la imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que el permite ubicar lo que es y lo que no es del yo” (p.128).

Aquí, el analista trabajará en el horizonte de la *Bejahung* (del *eros*, “sustituto de la unión”<sup>332</sup> (p.256), agrega Freud en su texto “La negación”) de la afirmación de lo simbólico pero en un sentido diferente al trabajo con el síntoma y al reconocimiento de

---

<sup>330</sup> Lacan, J. (2007). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis”, p.120.

<sup>331</sup> Lacan, J. (2006). “El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”.

<sup>332</sup> La *negación* *{Verneinung}* se opone a la afirmación *{Bejahung}*, ya que Freud la considera equivalente al par expulsión/introyección, oposición mayor entre *eros* y *thánatos*.



lo reprimido. Este trabajo se opone a la operación psíquica que propone el discurso del agresor, o los “culpables”, como se expresa Charles Melman, que *niegan* siempre: “¿Por qué niegan siempre? Porque lo que sucedió no puede ser simbolizado. Lo que sucedió no puede salir a la luz del mundo de las representaciones. Lo que sucedió ocurrió en otro espacio que el de las representaciones o del diálogo y la interlocución”<sup>333</sup>. Habría que preguntarse si lo que Melman señala como “negación” no sería en realidad una denegación *{Verleignung}*, ya que la negación, como Freud enseña, lleva la marca de la represión. Aquí se trata de que la respuesta que entrega el agresor o el adulto que no cree es más bien una desestimación del acontecimiento en cuanto a su realidad. Lo cierto es que al niño esta incredulidad le llega como una desautorización de la representación. Hay que recordarse la importancia que entrega Lacan al lugar del adulto en tanto Otro que sostiene al niño frente al espejo para la asunción del nombre propio. Hay una paciente que decía: “*no puedo soportar la idea que me crean mentirosa, mi mamá lo hacía siempre, me preguntaba, ¿dónde anduviste metida?, ahora se repite lo mismo...*”. Esa palabra de los otros llega como una experiencia nefasta, catastrófica: “*no mientas, y si te ocurrió, a lo mejor tú te lo buscaste*”.

### ***Sobrevivir al trauma: el padre***

No es mera casualidad que una sesión ella cuente la historia de un relato de sobrevivencia al holocausto nazi, para identificarse con la niña que es rescatada por el padre de una fosa donde había sido arrojada. Y justamente es el padre quien puede rescatarla, pero no cualquier padre, no es el padre ebrio que una vez vio caer, que hay que sostener –para eso hay que saber ser la esposa que no puede ser la madre–, se trata del padre edípico donde ella puede hacer su lazo de amor, pero inscrito en la demanda de la serie objetal, en otras palabras, la ley del padre muerto que simboliza el tránsito del objeto de goce al objeto del deseo del Otro: una parte del goce debe perderse. Esto está bien documentado en Freud, “Tótem y tabú”<sup>334</sup> representa el acto inaugural de la cultura, de nuevo se trata para Freud de fijar un origen remoto, primer tiempo inaugural

---

<sup>333</sup> Melman, C. (2009). “A propósito del incesto”. En C. Melman, “Para introducir al psicoanálisis”, p.330.

<sup>334</sup> Freud, S. (1991). “Tótem y tabú (1913 [1912-13])”. Volumen XIII, Pp.143-44.

de la ley. Desde el presente se exige construir un pasado histórico: “Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna (...) el violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la decoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión”. En efecto, Freud explica que de ese primer asesinato se origina el sentimiento de culpa, puesto que “lo que antes él [el padre totémico] había impedido con su existencia, ellos mismos [los hermanos] se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la “obediencia de efecto retardado “*nachträglich*” que tan familiar nos resulta por los psicoanálisis” (ídem, p.145). La problemática de la culpa y de la vergüenza es capital, aquí, la culpa actúa para impedir cualquier intento de subjetivación, puesto que condena –objetaliza, diría yo- cualquier posibilidad de pensar, actuar o fantasear. Esta es la manera cómo participa la dimensión incestuosa en el caso: anula el ser y vuelve todo desear como prohibitivo. Es el edipo más de la tragedia que del complejo (parental), puesto que el que ha sido “violado” ha “violado” también la barrera que hace posible el lazo social, para condenarse al exilio y pagar con el precio de la prohibición a desear. El problema clínico que se nos plantea, es en sujetos donde esta “sensación” de transgresión está demasiado “viva”, cuando no calza exactamente con las autodenigraciones del melancólico, ni con las autoacusaciones del obsesivo, sino cuando se presenta, por así decir, “encerrado” en el recuerdo de un acto que fue impulsado por otro, tal como generalmente hemos dicho, que viene del discurso de la perversión. Aquí, es el ser el que resulta “ensuciado” en la transgresión del tabú. Prueba de que el padre edípico, añoranza de lo simbólico, no acude a la cita. El abuso representaría ese fragmento de *realidad histórica o material* indispensable de donde se asienta la *realidad psíquica*, que es la que privilegia Freud con razón, pues le sigue la pista al síntoma neurótico, con la salvedad, que, precisamente acá se trata de las dificultades de ese tránsito. Freud arroja alguna luz en este mismo texto, vira su atención a la realidad histórica –está abordando la cuestión del sentimiento de culpa en la neurosis obsesiva- para decir que “en su infancia esos hombres tuvieron esos mismos

malos impulsos, y en la medida en que se los permitió la impotencia del niño, traspusieron esos impulsos en acciones. Cada uno de estos hiperbuenos tuvo en la niñez su época mala, una fase perversa como precursora y premisa de la fase posterior hipermoral” (ídem, p.162). Esta cita, en todo caso, hay que tomarla con las precauciones que ya hemos dicho: el “niño de la sexualidad perversa polimorfa” no es el “niño del abuso”.

### ***Más allá del trauma: la mirada como objeto pulsional***

“*Mirar el mundo a través de una cerradura*” es la frase que inaugura la posibilidad de ubicar una posición subjetiva en el fantasma, una vez que ha podido ser atravesado el nudo traumático. El trayecto se cumple desde el “niño abusado” al “niño del síntoma”. Muestra de que el trabajo rememorativo es posible cuando se ensancha el espacio psíquico del deseo, cuando también, puede atravesarse la barrera e la vergüenza, de ese “*me veo verme*” –como apunta Lacan en el texto de Sartre- que hunde al sujeto “desnudo” en la vergüenza de la mirada social. Guyomard nos recuerda que hay miradas que nos reducen al objeto, con un efecto de sometimiento: “Lacan interpreta como sigue el sueño del hombre de los lobos. Su punto traumático, su ombligo, es la mirada de los lobos en el árbol. Esa mirada representa la pérdida del sujeto”<sup>335</sup>.

¿Y de cuál *cerradura* ella ve? El tránsito de posición subjetiva se cumple aquí entre el ser mirado a poder uno mismo mirar, una vez que el estatuto de significante en las palabras puede alcanzarse...

---

<sup>335</sup> Guyomard, P. (1985). “El tiempo de la acción”, p.138. En Mannoni, M. “Un saber que no se sabe”.

## **7. Conclusiones y aperturas**

1. La clínica enseña que no todo abuso sexual comparte el mismo carácter traumático para todos, incluso sorprende a muchos constatar que no toda experiencia de abuso sexual, sea infantil o no, se hace traumática. Guyomard<sup>336</sup> es categórico en esto: “El niño traumatado no es simplemente el niño abusado, eso constituiría una regresión dentro de nuestro campo (...)”. Esta “curiosidad” de la práctica impele al “clínico” a buscar en las vicisitudes históricas y/o subjetivas de su analizante por lo que hace de cada trauma un singular, y al mismo tiempo compele al “metapsicólogo” a buscar referentes teóricos pertinentes –en este caso, en el trabajo de los conceptos psicoanalíticos- para la construcción *a posteriori* de un saber, siempre a medias, con aspiración de universal. Universal que es vuelto a ser recusado por el real clínico, en una dialéctica que no encuentra su punto de capitonato definitivo.
2. Existen elementos clínico-teóricos que permiten argumentar que el abuso sexual infantil puede constituirse en un *problema clínico* relevante para el psicoanálisis: el particular estatuto metapsicológico del recuerdo de la escena abusiva, la especificidad del lazo social que impulsara el “agresor” y las consecuencias subjetivas que ello puede deparar en el sujeto, especialmente en la relación trasferencial y en relación con la problemática del deseo y de la ley.
3. El abuso sexual como problema clínico justifica una lectura desde lo traumático, pero distinta al sentido que Freud le dio en la época de los “Estudios”<sup>337</sup>, donde aquí el trauma ya depende de la lógica del retorno de lo reprimido accesible al trabajo rememorativo. Así mismo, la referencia a la *fantasía inconciente* tampoco parece pertinente, dado que en los recuerdos de abuso sexual (específicamente en el caso estudiado en esta tesis) no se cumpliría el “*desde dónde*” freudiano que conjuga el sentido *{sinn}* del síntoma. Ahora bien, las “fantasías de violación” que Freud discernió en el ataque histérico sí puede

---

<sup>336</sup> Guyomard, P. (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita.

<sup>337</sup> Freud, S. (1991). “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.

interpretarse en los términos de la sexualidad inconciente, para hablar al sujeto con la *verdad*: de la distribución poco “natural” de las parejas masculino/femenino y activo/pasivo. En efecto, siendo la fantasía escenificación que responde “satisfactoriamente” al problema de la castración, tiene efectos sobre el goce. Aquí, el trabajo clínico consistiría en circunscribir el objeto del deseo para construir un saber. La consecuencia de la distinción neta entre recuerdo del abuso y la fantasía inconciente, es que habría que repensar la utilidad de interrogar el discurso en el neurótico para responder al problema del trauma en el abuso sexual. Una segunda consecuencia –pero de orden clínico-, resulta del extravío derivado de la pregunta por la *significación* del abuso: ello supone tomar la pista de la lógica de lo reprimido, de lo que ya existe en lo psíquico como efecto *nachträglich*.

4. Parece más pertinente la referencia a un modo de recordar del lado de una “compulsión de repetición”, ya que entrega pistas sobre un trabajo psíquico que se esfuerza por alcanzar el estatuto sintomático. La noción freudiana de “elaboración” puede encontrar aquí un sentido renovado, al hacérselo pasar por la grilla de los traumatismos de guerra. Este trabajo elaborativo solidariza en su dimensión clínica con la noción de “construcción”, ya que representa el pensar de Freud de cómo puede dársele *existencia psíquica* a un acontecimiento o a su ausencia. Aquí, se trata menos de recordar que de construir en conjunto con el analizante un origen histórico a perder, con el fin de que la temporalidad *nachträglich* tenga lugar desde el futuro.
5. A la relación entre el trauma en el abuso sexual y lo *real* lacaniano, tendría que dársele un sentido restringido al problema clínico que aquí interesa, ya que la referencia a lo real en psicoanálisis admite su valor en la terapéutica cuando se hipotetiza un límite al trabajo rememorativo en el campo de lo simbólico, tal es el caso de la función que cumpliría, por ejemplo, la escena de seducción o el sueño del Hombre de los lobos, ambas elevadas más tarde por Freud al estatuto de fantasías originarias.

6. La experiencia clínica más bien enseña pensar en el estatuto metapsicológico del recuerdo del abuso como *secreto* –a propósito de lo que pudieron trabajar especialmente Ferenczi y autores como Abraham y Torok<sup>338</sup>–, dado que estos recuerdos infantiles se mantienen celosamente protegidos de la mirada social. A la convicción del analizante de que hubo un acto que tuvo relación con una transgresión de la barrera de lo prohibido, los recuerdos de abuso sexual tendrían que distinguirse netamente de lo que puede colegirse en la fantasía, así sea conciente. En este sentido, los recuerdos de abuso sexual cuestionan la posibilidad del sujeto de hacer su ficcionario sobre el deseo y el goce. De lo anterior se desprenden las marcas propias del recuerdo abusivo para confundirse con el *ser*: el niño abusado carga con el *estigma* social (esa “marca” que no deja de oírse desde la clínica) de un acto realizado tomado del discurso de la perversión.
  
7. La perversión es una referencia importante no tanto en el sentido que Freud quiso darle cuando propone el modelo de la sexualidad perversa polimorfa que fundamenta el concepto de *pulsión*, sino como posición subjetiva frente a la realidad de la castración, es decir, como *Verleugnung*; sobre todo cuando se trata de pedofilia, pero, en términos más amplios, en la instauración de un lazo que intenta ponerse al margen de la ley, ya que podemos admitir que el discurso de la perversión se consagra a desmentir la existencia de la *falta*. La tesis de una sexualidad perversa polimorfa del lado del “agresor” adquiere peso tal vez cuando el acto abusivo lleva una impronta sádica destinada a la destrucción de la “inocencia infantil”, o en todo caso, para demostrar la falsedad de dicha tesis porque es una construcción del adulto, aunque aquí se trataría más de una pulsión sádica del lado de *thánatos* –como Freud pudo trabajar en “El malestar en la cultura”– que verdaderamente de sadismo, que siempre supone la colaboración contractual *consentida* con su *partenaire* que tiene bajo su mira el goce.

---

<sup>338</sup> Abraham, N. & Torok, M. (2005). “La corteza y el núcleo”.

8. En cuanto al “niño abusado”, la noción de *clivaje* (en Ferenczi) o de *escisión* {*Spaltung*} (en Freud) es útil para pensar en el abuso como problema clínico. En la transferencia este problema se muestra con nitidez, principalmente en la dificultad del analizante para poder *confiar* en la palabra del analista, ya que se mantiene a veces demasiado “viva” la experiencia del engaño: detrás de su “careta” de amabilidad, el analista en cualquier momento puede cambiar las reglas del contrato según las conveniencias de su propio goce. En este sentido, puede ceñirse una *discursividad del abuso* que se repite en la transferencia, que habla de cómo el adulto supo ganarse la confianza del niño para después cometer un atentado contra la intimidad de la sexualidad. Esta discursividad tendría que distinguirse del de la histeria –que se esfuerza por demostrar al Otro que el deseo, para que exista, debe ser insatisfecho-, no para erigirse en una nueva posición subjetiva, sino para relevar el problema de lo traumático que se posiciona como un desafío clínico particular. En síntesis, si la cuestión de la confianza es la dimensión terapéutica del problema del abuso sexual, su anverso, la “situación insoportable” o “ruptura psíquica” de la cual hablaba Ferenczi, correspondería a su dimensión metapsicológica fundamental.
9. Así, de entre las “figuras” del “niño inocente” (que Guyomard<sup>339</sup> precisa como el que es “rehén de la mentira de los adultos”, adultos que a su vez que no quieren saber nada de la sexualidad infantil), del “niño de la sexualidad perversa polimorfa” (que se consagra con “fe” a una búsqueda errática del objeto de la pulsión) y del “niño del síntoma” (que no quiere saber de la verdad del fracaso de esa investigación sexual infantil), se distingue la figura del “niño del abuso” (rehén de la puesta en acto de una sexualidad que subvirtió la ley) no para congelar al sujeto en un papel de víctima que nunca le queda bien –ello sería reenviarlo de nuevo a una condición de objeto-, sino para sancionar el reconocimiento del abuso sexual en su valor de *realidad*. Se trataría de un trabajo clínico orientado en la noción ferencziana de *confusión*. Estas cuatro “figuras” no se excluyen, antes bien, se organizarían en discursividades que

---

<sup>339</sup> Guyomard, P., ídem.



asumen *tempos* en la marcha de una cura. Aquí, el trabajo del analista tiene su incidencia propia para saber reconocer *quién habla*...

10. Si este “niño del síntoma” se ubica entre el “niño inocente” y el “niño de la sexualidad perversa polimorfa”, el “niño del abuso” comparte tribuna con este último; ambos traerían una verdad escandalosa para el adulto, el primero como figura mítica que retorna en el síntoma neurótico para decir que la sexualidad del psicoanálisis supera la frontera de la “normalidad”, nunca se acomoda a un objeto vulgar; mientras que el “niño del abuso” es silenciado cuando se enjuicia que el abuso sexual es una fantasía<sup>340</sup>. Ambos, a su manera, son rehenes de la mentira de los adultos. Este “niño del abuso” tal vez enrostra al adulto la corporización del horror del crimen edípico realizado, hay que recordar que en aquél, son los propios ojos de Edipo que lo miran desde el suelo por haber querido saber y haber *sabido demasiado*, en efecto, ¿cómo es posible creer en la existencia de semejante atrocidad?
  
11. La *incredulidad* o *negación* de los adultos cuando el niño se atreve a develar la situación abusiva, tiene el efecto de otra desmentida: cuando el niño rompe el silencio y se dirige a los padres para apelar a la ley, lo que pide verdaderamente –como enseña Serge André<sup>341</sup>– es que se restituya el lazo social que pasa por el síntoma, y por ende, por la *Verdrängung*. La desacreditación de la *realidad* del abuso devuelve al niño a la clandestinidad y al anonimato del acto criminal para

---

<sup>340</sup> Sobra decir que no compartimos la crítica mal fundada de un autor como Rush (citado por Finkelhor, D. (1980). “Abuso sexual al menor”), cuando sostiene que “Freud abandonó su teoría original porque no estaba dispuesto a afrontar sus implicaciones: que los actos depredadores de sus propios semejantes y colegas de la sociedad vienesa (y aun posiblemente de su propio padre) yacían detrás de las dificultades de sus pacientes” (p.19). El error de esta aseveración es manifiesto: tomar como hecho real una fantasía de rememoración. Que Freud no haya querido reconocer la novedad que Ferenczi quiso mostrarle sobre las dificultades de su trabajo clínico en casos de trauma *real*, no significa que los recuerdos traumáticos de sus primeras curas –la escena de seducción– se le tenga que otorgar el mismo estatuto. Esa actitud volvería a convertir al niño, como “niño inocente”, en rehén de la *mentira* de los adultos, para volver a traicionar al sujeto.

<sup>341</sup> André, S. (1999). “La significación de la pedofilia”.

reducirlo de nuevo a la condición de objeto. La culpa y la vergüenza, las dos caras de la vertiente social del superyó, muestran aquí su lado más “mortífero”, para impedir la *subjetivación*<sup>342</sup> del abuso. En efecto, esta conclusión prácticamente puede escribirla Ferenczi: “A la confusión traumática sólo se llega, las más de las veces, cuando ataque y respuesta son desmentidos por el adulto cargado de culpa, y se los trata como si fueran algo punible”<sup>343</sup>. Con ello, la hipótesis ferencziana se alza como un verdadero gesto *fáustico*, tiene las llaves que abrirían el camino hacia las Madres<sup>344</sup>, pero Freud las deja caer como antes se lo había reprochado a Breuer...

12. Aquí, la credibilidad no es cuestión de *neutralidad* o abstinencia analítica<sup>345</sup>, es un asunto de *Bejahung*, las condiciones psíquicas mínimas de donde lo simbólico puede afirmarse, de ahí que cobre sentido la aseveración que sostiene Roberto Aceituno a propósito del trabajo elaborativo de los traumas históricos, cuando señala que ellos “requieren ser juzgados en su existencia y “realidad”<sup>346</sup>. Esta “acción” del analista no es una cuestión de *técnica* sino de *ética* que se deriva finalmente de *pensar* su práctica. Es una manera de guardar fidelidad a la

---

<sup>342</sup> La *subjetivación* es un asunto de temporalidad: “Hablar de subjetivación –y no sólo de *identidad* o de subjetividad- subraya precisamente que el sujeto no debe ser entendido, desde la perspectiva psicoanalítica, como un estado o como una disposición psíquica completamente estable, sino que se produce en los tiempos de su historia” (en Aceituno, R. (2006). “Los retornos de Freud”. Pp.69-70).

<sup>343</sup> Ferenczi, S. (1985). “Sin simpatía no hay curación”, p.241.

<sup>344</sup> En alusión al *Segundo Fausto* de Goethe. Las *Madres* representan los principios matriciales de las cosas. Assoun (2005) comenta el pasaje donde Freud critica la actitud de Breuer sirviéndose de la metáfora de las Madres.

<sup>345</sup> Respecto de este punto, podemos referirnos al pensamiento de Guyomard (1986): “El analista no actúa, pero el análisis está rodeado por el acto, del que no quedan excluidos ni la palabra ni el juicio. La forclusión misma es efecto de un acto. La cuestión es: ¿un acto de quién? La neutralidad también es un acto; no actuar puede ser la respuesta de Pilato. A la verdad que habla, le responde: ¿qué es la verdad? Y se lava las manos. Esta asepsia no se adecúa a los analistas (...)” (p.140).

<sup>346</sup> Aceituno, R. (2006). “Los retornos de Freud”, p.80. En ese punto se vuelve relevante la intersección del trabajo con el trauma y lo que enseña un autor como Primo Levi, que sobreviviera al holocausto nazi, para hacer eco de una *ética testimonial*: el reconocimiento social de las atrocidades vividas en los Campos.

verdad que se le aparece, para responder “éticamente” a ella... el cómo hace uno con esa verdad, eso es ya una cuestión de *estilo*: “El estilo del analista refleja la relación de éste con su práctica y, por ende, con el inconsciente”<sup>347</sup>.

13. La última reflexión abre la pregunta más amplia por las condiciones de la subjetivación del abuso sexual, y en las posibilidades del *trabajo bajo transferencia* como lugar privilegiado para la elaboración de lo traumático. Interrogación a la posición del analista y sus referencias “clásicas” que lo orientan (y que a veces lo des-orientan también) en la conducción de la cura. Interrogación aún más amplia sobre el actuar de las instituciones (jurídicas, “psicosociales”, etc.) que asumen la función de lo que hoy día se hace llamar “reparación”.

---

<sup>347</sup> Guyomard, P., ídem., p.118.

## Bibliografía

(\*) Todas las referencias de los textos de Sigmund Freud corresponden a las *Obras completas* (compuesta de 25 volúmenes) de la editorial Amorrortu de Buenos Aires.

ABRAHAM, N. & TOROK, M. (2005). *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu.

ACEITUNO, R. (2002). *Trasferencia, perversión y servidumbre*. Artículo no publicado, leído en una intervención en la Sociedad Chilena de Psicoanálisis.

----- (2006). *Los retornos de Freud*. Santiago de Chile: Palinodia.

----- (2008). Clase del 27 de junio de 2008 dedicada a la temática del superyó en la perversión, correspondiente al Programa de Magíster Psicología Clínica de Adultos, Universidad de Chile.

ANDRÉ, S. (1995). *La impostura perversa*. Barcelona: Paidós.

----- (1999). *La significación de la pedofilia*. Conferencia pronunciada en Lausanne. Artículo extraído de <http://www.vivilibros.com/excesos/03-a-06.htm>

----- (2002). *¿Qué quiere una mujer?* España: Siglo XXI.

ASSOUN, P.-L. (1998). *Lecciones psicoanalíticas sobre cuerpo y síntoma*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2002). *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2003). *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2003). *El vocabulario de Freud*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2004). *Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2005). *Fundamentos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

----- (2006). *Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- CHAMORRO, J. (2005). *Las entrevistas preliminares y la clínica diferencial*. CID  
Lima: Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis.
- CHEMAMA, R. (2007). *Depresión. La gran neurosis contemporánea*. Buenos Aires:  
Nueva Visión.
- (2008). *El goce. Contextos y paradojas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DAVOINE, F. & GAUDILLIÈRE, J.-M. (1998). *Psicosis y lazo social*. Curso de  
actualización docente en psicoanálisis. Facultad de Psicología.  
Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- DELEUZE, G. (1988). *Diferencia y repetición*. Madrid: Ediciones Júcar.
- DE LA FABIÁN, R. (1996). *Tiempo y origen. Acerca del trauma en la obra de  
Sigmund Freud y Jacques Lacan*. Tesis para optar al grado de  
Psicólogo, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.
- FERENCZI, S. (1984). *Confusión de lengua entre los adultos y el niño*. Formato  
electrónico. En “Obras Completas”. Tomo IV, Cap. IX. Madrid:  
Espasa-Calpe.
- (1985). *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos  
Aires: Amorrortu.
- (2001). *Teoría y clínica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen  
Editorial.
- FERENCZI, S. & FREUD, S. (2001). *Correspondencia completa. (1908-1911). Vol.  
I.I*. Madrid: Editorial Síntesis.
- FINKELHOR, D. (1980). *Abuso sexual al menor*. México: Editorial Pax.
- FREUD, S. (1986). *Cartas a Wilhelm Fliess 1907-1904*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1991). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])”  
(Pp.211-322). Volumen I.
- “Proyecto de psicología (1950[1895])”. (Pp.323-446). Volumen I.
- “Estudios sobre la histeria (1893-95)”. Volumen II.
- “La etiología de la histeria (1896)”. (Pp.185-250). Volumen III.
- “Sobre los recuerdos encubridores (1899)”. (Pp.291-315). Volumen  
III.
- “La interpretación de los sueños (1900-01)”. Volúmenes IV y V.
- “Psicopatología de la vida cotidiana (1901)”. Volumen VI.

- “Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901])”. (Pp.1-107). Volumen VII.
- “Tres ensayos de teoría sexual (1905)”. (Pp.109-224). Volumen VII.
- “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis (1906 [1905])”. (Pp.259-271). Volumen VII.
- “Escritos breves (1906-09)” (Pp.221-231). Volumen IX.
- “El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst) (1907)”. (Pp.111-121). Volumen IX.
- “El creador literario y el fantaseo (1908 [1907])”. (Pp.123-136). Volumen IX.
- “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908)”. (Pp.137-147). Volumen IX.
- “Sobre las teorías sexuales infantiles (1908)”. (Pp.183-201). Volumen IX.
- “La novela familiar de los neuróticos (1909 [1908])”. (Pp.213-220). Volumen IX.
- “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)”. (Pp.1-118). Volumen X.
- “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)”. (Pp.119-174). Volumen X.
- “Cinco conferencias sobre psicoanálisis (1910 [1909])”. (Pp.1-52). Volumen XI.
- “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)”. (Pp.53-127). Volumen XI.
- “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas (1910)”. (Pp.143-154). Volumen XI.
- “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912)”. (Pp.107-120). Volumen XII.
- “Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I) (1913)”. (Pp.121-144). Volumen XII.

- “Recordar, repetir, reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II) (1914)”. (Pp.145-158). Volumen XII.
- “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III) (1915 [1914])”. (Pp.159-174). Volumen XII.
- “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico (1911)”. (Pp.217-232). Volumen XII.
- “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (1911 [1910])”. (Pp.1-76). Volumen XII.
- “Tótem y tabú (1913 [1912-13])”. (Pp.1-162). Volumen XIII.
- “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)”. (Pp.1-64). Volumen XIV.
- “La represión (1915)”. (Pp.135-152). Volumen XIV.
- “Lo inconciente (1915)”. (Pp.153-214). Volumen XIV.
- “Pulsiones y destinos de pulsión (1915)”. (Pp.105-134). Volumen XIV.
- “De guerra y muerte. Temas de actualidad (1915)”. (Pp.273-304). Volumen XIV.
- “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II) (1915-16)”. Volumen XV.
- “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1915-16)”. Volumen XVI.
- “De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])”. (Pp.1-112). Volumen XVII.
- “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)”. (Pp.173-200). Volumen XVII.
- “Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* (1919)”. (Pp.201-208). Volumen XVII.
- “Lo ominoso (1919)”. (Pp.215-252). Volumen XVII.
- “Más allá del principio de placer (1920)”. (Pp.1-62). Volumen XVIII.

- “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis (1924)”. (Pp.189-198). Volumen XIX.
- “La negación (1925)”. (Pp.249-258). Volumen XIX.
- “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925)”. (Pp.259-276). Volumen XIX.
- “Presentación autobiográfica (1925 [1924])”. (Pp.1-66). Volumen XX.
- “Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])”. (Pp.71-161). Volumen XX.
- “El malestar en la cultura (1930 [1929])”. (Pp.57-140). Volumen XXI.
- “Fetichismo (1927)”. (Pp.141-152). Volumen XXI.
- “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis) (1936)”. (Pp.209-221). Volumen XXII.
- “Construcciones en análisis (1937)”. (Pp.255-270). Volumen XXIII.
- “La escisión del yo en el proceso defensivo (1940 [1938])”. (Pp.271-278). Volumen XXIII.
- GONZÁLEZ, F. (2007). *De los secretos familiares a los institucionales*. Texto extraído de <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num2/gonzalez.htm>
- GRANOFF, W. (2004). *Lacan, Ferenczi y Freud*. México: Editorial Psicoanalítica de la Letra.
- GUYOMARD, P. (1985). “El tiempo de la acción”. En Mannoni, M. *Un saber que no se sabe*. (Pp.111-150). Barcelona: Gedisa.
- (2008). “Seminario: Clínica del superyó y de la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”. Conferencia inédita, pronunciada los días 1,2 y 3 de septiembre de 2008 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- HARARI, R. (1988). *La repetición del fracaso*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1993). *El seminario “La angustia” de Lacan: Una introducción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- JULIEN, F. (2002). *Psicosis, perversión, neurosis*. Buenos Aires: Amorrortu.



- LACAN, J. (2005). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma. En Lacan, J. *Escritos I*. (Pp. 187-203). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Lacan, J. *Escritos I*. (Pp.227-310). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En Lacan, J. *Escritos I*. (Pp.473-509). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). La significación del falo. En Lacan, J. *Escritos II*. (Pp.665-675). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). Kant con Sade. En Lacan, J. *Escritos II*. (Pp.744-770). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2005). Posición del inconsciente. En Lacan, J. *Escritos II*. (Pp.808-829). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2005). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (2005). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 16: De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- LAPLANCHE, J. (1987). *El inconsciente y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1992). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

- LAPLANCHE, J. & PONTALIS, J.-B. (1969). Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía. En Green, A., Laplanche, J., Leclaire, S. & Pontalis, J.-B. *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*. (Pp.103-143). Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LOMBARDI, G. (1993). *La clínica del psicoanálisis 2*. Buenos Aires: Atuel.
- MASOTTA, O. (2000). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- MELMAN, C. (2009). “A propósito del incesto”. En C. Melman, *Para introducir al psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- MILLER, J.-A. (2003). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- (2004). *Los usos del lapso*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Manantial.
- PORGE, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RABINOVICH, N. (2004). *El inconsciente lacaniano*. Publicación de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA).
- SÓFOCLES (1994). *Las siete tragedias*. México: Editorial Porrúa.
- SOLER, C. (2004). *La repetición en la experiencia analítica*. Buenos Aires: Manantial.
- TARRAB, M. (2009). *Seminario: Del inconsciente al síntoma*. Seminario inédito dictado en la Asociación Lacaniana de Psicoanálisis de Chile, el 26 de septiembre del 2009.